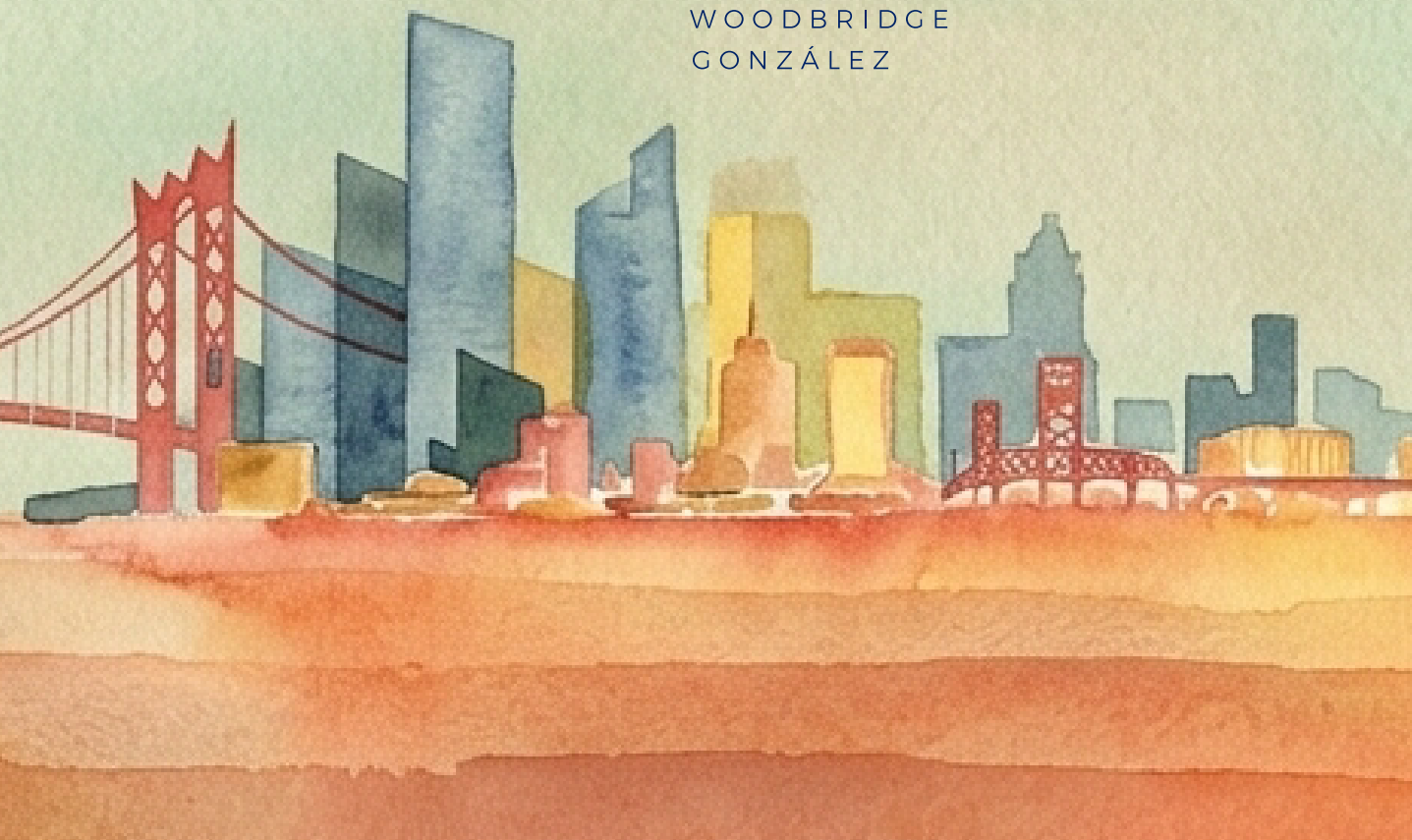
EL RETO DE LA CONFIANZA:

LA INFRAESTRUCTURA INVISIBLE DE COSTA RICA

JORGE WOODBRIDGE GONZÁLEZ





Woodbridge González, Jorge.
El Reto de la Confianza:
La Infraestructura Invisible de Costa Rica
1a Edición. Colección Costa Rica: Reto Siglo 21
Alajuela, Costa Rica. 2026
148 pp. Ediciones JWG.

Libro de conversaciones - Programa Reto Siglo 21.
Autor: Jorge Woodbridge González

Agradecimiento especial a Studio Hotel, Santa Ana

Diseño, diagramación y concepto editorial:
Juan Diego Otalvaro Ortega - jd@theroversquest.org
theroversquest.org

Grabación y Filmación de Entrevistas:
Amanda Agüero - framefilmscr@gmail.com

Prohibida la reproducción total o parcial del contenido de esta obra sin la autorización del autor.

Reservados todos los derechos. Se autoriza la reproducción y difusión de los contenidos de este libro para fines educativos u otros no comerciales, siempre que se reconozcan los créditos de la obra en las citas y referencias.


TQRCG

El Reto de la Confianza: La Infraestructura Invisible de Costa Rica

Por: Jorge Woodbridge González

NOTA EDITORIAL

La obra que el lector tiene en sus manos, El Reto de Confiar: La infraestructura invisible de Costa Rica, constituye la más reciente entrega de la colección humanista Costa Rica: Reto Siglo 21. Sin embargo, sería un error leer este libro como el postulado solitario de un único autor.

Jorge Woodbridge ha sido enfático en señalar que las páginas de esta colección no nacen de la reflexión aislada, sino del diálogo constante. Las ideas, diagnósticos y esperanzas que estructuran este texto son el resultado directo de las conversaciones sostenidas en el programa de Reto Siglo 21. A lo largo de los años, este espacio se ha convertido en una plaza pública por la que han transitado más de mil costarricenses de los más diversos orígenes, profesiones y corrientes de pensamiento.

Es precisamente gracias al apoyo, la franqueza y la profundidad de estos más de mil invitados que ha sido posible articular este libro. Al escucharlos, se hace evidente una verdad que a menudo queda sepultada bajo el ruido de la coyuntura: existe una inmensa cantidad de ciudadanos profundamente comprometidos con Costa Rica. Personas que, desde sus empresas, comunidades, aulas o cargos públicos, trabajan a diario para reparar las grietas de nuestro tejido social.

En este sentido, el papel de Woodbridge en esta obra es el de un curador de inquietudes nacionales. Su labor ha consistido en hilar las voces de esos costarricenses que se niegan a ceder ante el pesimismo, organizando sus perspectivas en un mapa claro que nos permita entender dónde estamos y hacia dónde debemos caminar.

El Reto de Confiar no es, por tanto, una lección unidireccional. Es el eco de mil voces ciudadanas. Es un ejercicio de escucha colectiva que hoy se traslada al papel con un único fin: invitarlo a usted, como lector, a sumarse a esta conversación urgente para renovar el pacto de convivencia que sostendrá a Costa Rica en las próximas décadas.


CIUDADANOS COMPROMETIDOS
RETO
SIGLO
21
CON COSTA RICA

ÍNDICE GENERAL

6
Nota Editorial

12
Presentación

16
Capítulo 1:
EL ADN DE NUESTRA CONVIVENCIA

30
Capítulo 2:
EL PACTO CIUDADANO Y SOLIDARIO

44
Capítulo 3:
EL TEJIDO HUMANO

58
Capítulo 4:
LA EXCLUSIÓN Y LA VIOLENCIA

70
Capítulo 5:
LA NUEVA PLAZA PÚBLICA

84
Capítulo 6:
EL DÉFICIT
DE CREDIBILIDAD

98
Capítulo 7:
LOS MOTORES
DEL PROGRESO

112
Capítulo 8:
LA ÉTICA
EN ACCIÓN

128
Capítulo 9:
EL PACTO
INTERGENERACIONAL

140
Capítulo 10:
EL NUEVO
PUENTE

Este libro nace de una profunda preocupación y, al mismo tiempo, de una esperanza inquebrantable. La preocupación surge al ver que nuestra Costa Rica atraviesa transformaciones complejas que ponen a prueba los valores que durante décadas sostuvieron nuestra convivencia pacífica: el respeto, la solidaridad, la educación, la honestidad, el trabajo, el diálogo y la confianza institucional. La esperanza, por su parte, brota de la certeza de que nuestro país conserva un capital humano, democrático y comunitario excepcional, nutrido por miles de ciudadanos que todos los días eligen jugárselela por su patria.

PRESENTACIÓN

Las raíces y el horizonte de nuestro destino común.

No pretendemos idealizar el pasado. La Costa Rica de otras épocas también conoció la pobreza, las exclusiones, las desigualdades y los desencuentros. El propósito de estas páginas no es mirar hacia atrás con nostalgia estéril, sino identificar aquellos principios que nos permitieron construir acuerdos históricos, ampliar oportunidades y resolver las diferencias por vías civiles. Hoy nos toca hacernos la pregunta fundamental: ¿cómo actualizamos esos valores en una sociedad urbana, digital, diversa, envejecida y expuesta a nuevas formas de violencia y polarización?

Es aquí donde toma forma El Reto de Confiar: La infraestructura invisible de Costa Rica. Los valores sociales no son un adorno del desarrollo ni un discurso vacío para los días festivos; son la infraestructura invisible sobre la cual se levanta toda la nación. Una economía necesita confianza para prosperar; una democracia necesita tolerancia para subsistir; la seguridad ciudadana exige cooperación; la educación requiere disciplina

y esperanza; la justicia demanda independencia; la solidaridad exige corresponsabilidad.

Nuestro país guarda fortalezas extraordinarias que jamás debemos dar por garantizadas: una sólida tradición de paz, una democracia electoral respetada, un Estado social protector, una rica cultura educativa, el dinamismo del cooperativismo y el solidarismo, y una profunda identidad ambiental. Sin embargo, el diagnóstico actual nos obliga a abrir los ojos ante señales claras de deterioro: la desconfianza ciudadana, la polarización que divide, el lenguaje público agresivo, la crisis educativa que acumulamos y la sombra de una violencia que golpea nuestras comunidades.

El porvenir no está predeterminado. Diez valores fundamentales —la dignidad humana, la libertad, el respeto, la responsabilidad, la honestidad, la solidaridad, el trabajo, el diálogo, la paz y el bien común— deben servirnos de brújula para orientar una renovación nacional.

Este libro combina historia, diagnóstico y propuesta. Su objetivo supremo no es que todos pensemos exactamente igual, sino que conservemos la capacidad de seguir viviendo juntos y construyendo un destino común. Más que un ensayo académico, estas páginas pretenden ser un abrazo en forma de letras para un país que se detiene a reflexionar, reconociendo que la Costa Rica de las próximas décadas dependerá enteramente de las decisiones éticas y los compromisos que asumamos hoy desde nuestras familias, escuelas, empresas y comunidades.





“Un país no se sostiene únicamente sobre el asfalto de sus carreteras o el balance de su economía, sino sobre la palabra empeñada de su gente. El reto de confiar es un acto cotidiano de fe en el prójimo; es la decisión firme de seguir construyendo juntos, con paciencia y cercanía, la casa grande que continuaremos heredando a las próximas generaciones.”

Jorge Woodbridge González

Capítulo 1

EL ADN DE NUESTRA CONVIVENCIA

"Nuestra paz no es una casualidad geográfica, sino una decisión histórica. El verdadero carácter de Costa Rica se forjó el día que comprendimos que la convivencia requiere más valentía que la fuerza."

— Jorge Woodbridge González

Con frecuencia se corre el riesgo de mirar el pasado de Costa Rica a través de un lente edulcorado, como si la paz, la estabilidad democrática y la vocación civilista hubieran brotado espontáneamente de nuestra tierra, protegidas por una geografía privilegiada entre dos océanos. Sin embargo, la historia profunda de nuestra nación nos enseña algo muy distinto: el carácter social costarricense no es un regalo de la naturaleza, sino el fruto maduro de decisiones humanas, de luchas cívicas, de debates intensos y de una apuesta deliberada por resolver las diferencias a través de la palabra y el acuerdo antes que de las armas.



MÁS ALLÁ DEL MITO GEOGRÁFICO

Los valores que hoy definen nuestra identidad no aparecen de la nada ni se heredan en automático de generación en generación. Se transmiten y se sostienen mediante relatos familiares, experiencias escolares, normas institucionales y, sobre todo, mediante el ejemplo vivo en la plaza pública, en el barrio y en la comunidad. Cuando analizamos la formación de nuestra sociedad, descubrimos que la continuidad democrática y la ampliación de los servicios de bienestar crearon en los costarricenses una expectativa profunda de trato digno, de movilidad social y de pertenencia a un mismo proyecto colectivo.

Como bien nos recuerda el administrador Mauricio Solís al reflexionar sobre nuestras libertades:

"Somos privilegiadas y privilegiados en un país como este de tener un espacio de libertad, una libertad que no gozan otros países, una libertad que no ha construido malas historias."

Ese privilegio histórico no significa que hayamos sido una sociedad perfecta o exenta de conflictos. La Costa Rica de otras épocas también conoció la pobreza severa, las exclusiones sociales, las desigualdades marcadas y los desencuentros políticos. Desconocer esas sombras históricas sería caer en una nostalgia estéril. El propósito de revisar nuestros cimientos no es idealizar el pasado, sino identificar con claridad cuáles fueron los principios rectores que permitieron construir acuerdos amplios, integrar a las mayorías y procesar los desacuerdos por vías civiles.

En el corazón de la identidad costarricense se encuentra una larga tradición de vida comunitaria y cercanía. Durante los primeros siglos de nuestra vida independiente, la escasez relativa de grandes haciendas coloniales en comparación con otras regiones del continente fomentó un tejido social más horizontal, donde el trabajo de la tierra y la subsistencia

cotidiana exigían la cooperación mutua entre vecinos. Esa cercanía generó un capital social invaluable: la confianza básica en el prójimo.

Al reflexionar sobre la comunidad y la cercanía, es fundamental evitar dos extremos igual de peligrosos para el debate nacional: suponer que todo tiempo pasado fue mejor y que hoy ya no hay salvación, o bien aceptar con resignación que el deterioro de nuestros vínculos es inevitable. Los cambios sociales inevitables de la modernización traen consigo tanto pérdidas como nuevas oportunidades. El verdadero reto consiste en identificar con lucidez qué prácticas de nuestra tradición comunitaria merecen ser conservadas con fervor, cuáles deben ser corregidas ante las demandas del presente, y qué nuevas capacidades ciudadanas exige una sociedad que hoy se mueve a otro ritmo.

En Costa Rica, esto se traduce en la urgencia de combinar nuestra histórica disposición a la cooperación con una exigencia mucho mayor de resultados, transparencia y participación activa. Los valores compartidos no pueden quedarse en consignas abstractas; deben servir como una brújula práctica para orientar las decisiones de todos los días, especialmente cuando los intereses legítimos de distintos sectores entran en conflicto. Una política de valores no puede descansar únicamente en el peso de las sanciones punitivas —aunque estas sean necesarias frente a conductas delictivas o abusos—; la convivencia armónica se sostiene fundamentalmente sobre incentivos positivos, sobre el reconocimiento social al esfuerzo honesto y sobre experiencias concretas de cooperación.

INSTITUCIONES QUE EDUCAN Y HÁBITOS QUE PERDURAN

Los valores se convierten en verdaderos cimientos cuando dejan de ser discursos ceremoniales y se transforman en conductas repetidas. Como señala el administrador Rolando Castro al reflexionar sobre la esencia moral del ser humano:

"Los valores son importantes porque vienen desde nuestra esencia... nacemos con ellos, independientemente de dónde nacimos o cómo somos."

Esa dimensión esencial del ser humano encuentra en el entorno institucional y social el terreno fértil para germinar o, por el contrario, para atrofiarse. A lo largo del siglo XIX y buena parte del siglo XX, la expansión gradual de la educación pública y la consolidación de un Estado con vocación social ayudaron a transformar la ciudadanía en una experiencia viva, mucho más amplia que el simple aislamiento de la pertenencia local.

Las instituciones públicas de nuestra historia republicana cumplieron un rol pedagógico fundamental: educaban incluso cuando no se lo proponían de manera consciente. Un trámite administrativo transparente enseñaba el valor de la igualdad ante la ley; una resolución judicial fundamentada enseñaba el respeto por las reglas del juego; una escuela pública limpia y ordenada transmitía responsabilidad y disciplina; una empresa que cumplía con sus obligaciones laborales enseñaba el valor de la legalidad. Esa profunda coherencia entre el discurso oficial y la práctica cotidiana constituyó durante décadas una de las fuentes más poderosas de legitimidad para nuestra democracia.

Sin embargo, cuando la conducta contraria a los valores comienza a recibir recompensas sistemáticas en la vida nacional, el tejido social entra en peligro de erosión. Si la agresión verbal genera atención desmedida, si el incumplimiento de las normas resulta rentable, si la corrupción queda impune o si el esfuerzo honrado no encuentra puertas abiertas para progresar, el cinismo empieza a ganar terreno. El problema nunca es puramente individual; los incentivos que construimos como sociedad educan para bien o para mal.

LA PAZ COMO DECISIÓN HISTÓRICA Y PATRIMONIO CÍVICO

La paz es, sin lugar a duda, el valor simbólico que profundamente está más reconocido y celebrado de Costa Rica tanto dentro como fuera de nuestras fronteras. Sin

embargo, la tentación de ver este patrimonio como un don estático nos hace olvidar que la paz requiere de un cultivo diario. La abolición del ejército no fue únicamente un acto jurídico de gran audacia política; se convirtió, con el paso de los años, en un poderoso mensaje educativo transmitido de generación en generación. Al renunciar a las armas como instrumento para dirimir los asuntos del Estado, el país adoptó una premisa civilizatoria fundamental: la fuerza militar no hace más segura a una nación; la verdadera seguridad brota de la justicia social, de la educación pública y de la fortaleza de las instituciones democráticas.

A lo largo de nuestra historia, esta decisión institucional cimentó una cultura de resolución civil de los conflictos. El costarricense creció bajo el convencimiento cultural de que las diferencias ideológicas, políticas o económicas debían encontrar su cauce en la mesa de negociación, en el sufragio universal o en los tribunales de justicia, antes que en la confrontación violenta. Esta tradición se convirtió en una parte fundamental del ADN de nuestra convivencia.

No obstante, en las próximas décadas enfrentamos el reto crucial de comprender que la paz no se reduce exclusivamente a la ausencia de guerras formales o de conflictos armados. Una verdadera cultura de paz exige mucho más: abarca la seguridad cotidiana en los barrios, el respeto irrestricto en el seno de los hogares, la protección de los más vulnerables y la capacidad madura de tramitar las discrepancias de todos los días sin recurrir a la humillación o a la agresión verbal.

LA EROSIÓN DE LA SEGURIDAD COTIDIANA Y LA DEFENSA DE LA CONVIVENCIA

Cuando la violencia comienza a ganar espacios en nuestras comunidades, se pone a prueba la verdadera solidez de nuestro patrimonio pacífico. Los valores sociales no se sostienen solo con discursos oficiales; se erosionan profundamente cuando la conducta contraria recibe incentivos o cuando el miedo paraliza el tejido comunitario. Si la agresión se normaliza como forma de llamar la atención, si el incumplimiento de las normas resulta más rentable que el esfuerzo

honrado o si la impunidad debilita la confianza en la justicia, el cinismo empieza a desplazar a la solidaridad.

Frente a esta realidad, la defensa de la paz nacional exige una estrategia integral que combine una acción policial profesional y una justicia eficaz con una profunda prevención social. Las instituciones públicas y las organizaciones de la sociedad civil tienen el deber de educar a través del ejemplo constante.

Un trámite transparente enseña igualdad; una resolución fundada enseña respeto por la ley; una escuela ordenada enseña responsabilidad y autocontrol; una empresa que cumple con sus compromisos éticos enseña legalidad.

La coherencia entre lo que se predica en los grandes foros nacionales y lo que se practica en la administración diaria constituye la fuente más poderosa de legitimidad para cualquier sociedad que aspire a vivir en armonía. La familia y la comunidad siguen siendo los espacios primarios donde se aprenden estos límites y este respeto mutuo. Sin embargo, no podemos exigirles a los hogares que carguen en solitario con el peso de problemáticas complejas como la precariedad laboral, la inseguridad territorial o las presiones del entorno digital. Las políticas públicas deben fortalecer las capacidades familiares y comunitarias sin invadir ni sustituir su autonomía esencial.

EDUCACIÓN, COMPETENCIAS CÍVICAS Y EL ROL DE LA JUVENTUD

La formación del carácter social costarricense no puede entenderse al margen del sistema educativo. Durante los siglos XIX y XX, la escuela pública se convirtió en el gran igualador social de la nación, un espacio donde los hijos de familias campesinas, artesanas y profesionales compartían las mismas aulas y aprendían los rudimentos de la vida democrática. Sin embargo, en el escenario actual, la educación debe ir mucho más allá de la transmisión tradicional de conocimientos técnicos o memorísticos.

La juventud de las próximas décadas enfrenta un entorno radicalmente distinto al de sus abuelos: un mundo hiperconectado, bombardeado por

flujos constantes de información digital, algoritmos de polarización y nuevas formas de precariedad. Por esta razón, la educación debe asumir con valentía la tarea de formar tanto competencias profesionales como un sólido carácter cívico. El pensamiento crítico, la capacidad de leer con profundidad, el hábito de argumentar con evidencias, el trabajo en equipo y una alfabetización digital rigurosa son hoy herramientas indispensables para la convivencia pacífica.

Una juventud que posee las herramientas necesarias para discernir la veracidad de la información, que sabe sopesar argumentos y que participa de forma constructiva en su comunidad está mucho mejor preparada para resistir las tentaciones de la manipulación ideológica, el extremismo y la violencia cotidiana. Los jóvenes no deben ser percibidos pasivamente como meros receptores de valores heredados, sino como actores protagónicos capaces de renovar las instituciones y revitalizar el tejido social de la patria.

LA ECONOMÍA, LAS OPORTUNIDADES Y LA ÉTICA DEL ESFUERZO

Existe una relación indisoluble entre las condiciones materiales de vida y la vigencia de los valores sociales. Pretender exigir una ética intachable de la legalidad y del esfuerzo en medio de estructuras económicas cerradas, de desempleo crónico o de informalidad generalizada es ignorar la realidad humana básica. La economía influye profundamente sobre la cultura.

Cuando en una sociedad existen oportunidades reales de progreso gracias al mérito, al estudio y al trabajo honrado, resulta mucho más natural y sostenible mantener una ética del esfuerzo y del cumplimiento de la ley. Por el contrario, cuando amplios sectores de la población perciben que las puertas del sistema están cerradas, que el esfuerzo individual no rinde frutos o que los privilegios de unos pocos están por encima del mérito colectivo, se desata un caldo de cultivo perfecto para la frustración, la economía informal y la desconfianza sistémica.

Por ello, la productividad económica y la inclusión social no son asuntos meramente financieros o tecnocráticos; son pilares fundamentales de la cohesión nacional. Un modelo económico que genera riqueza pero destruye los lazos comunitarios o deja rezagados a territorios enteros erosiona silenciosamente los cimientos de la convivencia. La prosperidad auténtica requiere que el crecimiento económico camine de la mano con la justicia distributiva y el respeto absoluto por las reglas del mercado formal.

LA CONVERSACIÓN PÚBLICA Y LA DEFENSA DEL PLURALISMO

Otro de los frentes donde se juega el carácter social de Costa Rica es la calidad de su conversación pública. El relato histórico de una nación pacífica e igualitaria ha servido tradicionalmente como un valioso horizonte moral, aunque en la práctica cotidiana debamos reconocer nuestras limitaciones y deudas pendientes. En los últimos años, el lenguaje empleado en la política, en los medios de comunicación y de manera muy intensa en las redes sociales digitales ha transformado los límites de lo aceptable.

La crítica firme, aguda y fundamentada es un componente indispensable de cualquier democracia vibrante; sin embargo, cuando esa crítica cruza la línea hacia la deshumanización sistemática del opositor, los costos sociales son devastadores. Una sociedad madura tiene la capacidad absoluta de debatir con gran intensidad sobre sus rumbos económicos, institucionales o políticos sin necesidad de convertir la diferencia de criterios en una enemistad irreconciliable.

Recuperar la distinción entre el adversario legítimo —con quien se discuten ideas y propuestas— y el enemigo existencial —a quien se busca destruir moralmente— es una tarea urgente para preservar el pluralismo en las próximas décadas. La democracia no exige uniformidad de pensamiento; por el contrario, se alimenta de la diversidad, pero exige como requisito un mínimo de respeto mutuo y de aceptación de las reglas del juego democrático.

HACIA UNA ARQUITECTURA DE LA CONFIANZA COMPARTIDA

El ADN de la convivencia costarricense no es un fósil que deba guardarse en una vitrina de museo, sino un organismo vivo que demanda atención permanente, cuidado institucional y participación ciudadana. Fortalecer los valores que nos sostienen requiere de objetivos claros, de un liderazgo político y social sostenido, y de una cooperación genuina y constante entre el Estado, las familias, las empresas, las universidades, las organizaciones comunitarias y los medios de comunicación.

Ningún actor social, por sí solo, tiene la capacidad de reconstruir la confianza extraviada, pero cualquiera de ellos posee el poder destructivo de deteriorarla con rapidez si actúa con irresponsabilidad o cinismo. Entender de dónde venimos, reconocer nuestras fortalezas históricas sin caer en chauvinismos vacíos y mirar con franqueza las debilidades del presente son los pasos indispensables para asegurar que el carácter social de Costa Rica siga siendo el faro que guíe a las próximas generaciones hacia un destino común de paz, libertad y dignidad.

LA ARQUITECTURA DE LA MEMORIA:

Para comprender con rigor el carácter social de Costa Rica, es indispensable desmontar las simplificaciones nostálgicas que reducen nuestra historia a un idilio rural permanente. Durante décadas, el relato oficial nacional construyó la imagen de una Costa Rica colonial caracterizada por una supuesta democracia de pequeños propietarios campesinos, donde la pobreza era compartida pero la igualdad y la concordia reinaban de manera casi natural. Si bien esta narrativa cumplió un papel cohesionador fundamental en la construcción de la identidad patria durante el siglo XIX y gran parte del siglo XX, hoy la historiografía y el análisis sociológico nos exigen una mirada mucho más madura, compleja y exenta de chauvinismos.

La Costa Rica de los siglos coloniales fue, en realidad, una provincia periférica, aislada, marcada por severas estrecheces económicas, por dificultades crónicas de comunicación y por formas de exclusión social que afectaban a los sectores indígenas, a los afrodescendientes y a los campesinos sin tierra. No éramos una excepción providencial; éramos una sociedad en tensión, expuesta a las mismas pasiones, ambiciones y conflictos que el resto del continente, aunque con particularidades geográficas e institucionales que condicionaron nuestro devenir histórico.

El verdadero mérito de nuestra evolución social no radica en haber nacido libres de contradicciones, sino en la capacidad sistemática que demostraron las generaciones pasadas para procesar esas contradicciones por vías institucionales y civiles. Cuando los fundadores de nuestra república debatían sobre la educación pública, la separación de poderes o la abolición de privilegios coloniales, no estaban ejecutando un guión preestablecido por la naturaleza; estaban librando batallas políticas e ideológicas complejas.

Como bien lo apunta el análisis sobre las raíces esenciales del ser humano, los valores cívicos no flotan en el aire ni se sostienen por inercia; se arraigan en la conciencia colectiva cuando una sociedad decide, de forma consciente, establecer límites claros a la arbitrariedad y apostar por la dignidad de cada persona. En este sentido, la memoria histórica no debe servir para adormecer a la ciudadanía con mitos reconfortantes, sino para recordarnos que cada derecho del que hoy disfrutamos fue conquistado mediante el esfuerzo, la discusión pública y, en muchas ocasiones, el sacrificio de quienes nos precedieron.

Uno de los momentos estelares en la forja de nuestro carácter nacional ocurrió cuando la dirigencia política y social del país comprendió que la modernización no podía edificarse sobre la lógica de la fuerza militar. A lo largo del siglo XIX, América Latina se desangró en guerras intestinas, dictaduras pretorianas y caudillismos armados que fracturaron de manera permanente la cohesión social de numerosas naciones hermanas. Costa Rica no estuvo completamente al margen de estas tensiones —conoció cuartelazos, exilios y disputas armadas de menor escala—, pero supo

construir un dique de contención institucional único.

La decisión de suprimir el ejército a mediados del siglo XX no fue un hecho aislado en el vacío; constituyó la cúspide de una larga tradición civilista que venía madurando desde décadas atrás. Cuando se consolidaron hitos fundamentales como la reforma educativa liberal de finales del siglo XIX —impulsada por figuras como Mauro Fernández—, el país tomó una decisión de trascendencia histórica incalculable: desviar los recursos destinados a la manutención de cuarteles y ejércitos hacia la construcción de aulas, bibliotecas y centros de formación docente. Se transformó radicalmente el presupuesto moral de la nación. En lugar de formar soldados obedientes a la jerarquía de las armas, la República optó por formar ciudadanos críticos, alfabetizados y conscientes de sus derechos y deberes.

Este giro civilista impregnó profundamente la psicología colectiva. El costarricense comenzó a valorar el prestigio de la tiza por encima de la espada; reconoció en el maestro, en el juez y en el médico a los verdaderos pilares del prestigio nacional. Esta transformación cultural generó una expectativa de trato igualitario que, aunque frecuentemente vulnerada en la práctica, se convirtió en el estándar ético con el que la ciudadanía juzga el desempeño de sus gobernantes.
Sin embargo, en las próximas décadas enfrentamos el riesgo latente de dar por sentadas estas conquistas. Cuando el sistema educativo flaquea, cuando la autoridad del maestro se debilita y cuando la formación cívica cede su espacio al pragmatismo tecnocrático o a la polarización digital, los cimientos de ese civilismo histórico comienzan a temblar. Recuperar el espíritu de aquella apuesta fundacional exige comprender que la paz institucional no se defiende con discursos conmemorativos, sino revitalizando permanentemente los espacios de educación pública, de diálogo respetuoso y de movilidad social.

El carácter social costarricense también ha encontrado su hábitat más genuino en la vida comunitaria y en las redes de cooperación local. Tradicionalmente, ante la ausencia de grandes estructuras estatales asistenciales en los primeros tiempos de la vida independiente,

las comunidades debieron organizarse de manera autónoma para resolver problemas comunes: la construcción de caminos vecinales, el levantamiento de escuelas rurales, la organización de turnos parroquiales y el auxilio mutuo en tiempos de cosechas difíciles o emergencias sanitarias.

Este tejido comunitario generó un capital social de incalculable valor: la confianza interpersonal. En una comunidad donde las familias se conocen, donde la palabra empeñada tiene validez jurídica moral y donde el vecino es reconocido en su dignidad humana, los costos de transacción de la vida social se reducen drásticamente. No se necesitan contratos complejos ni vigilancia policial constante para mantener el orden básico, porque existe un marco compartido de honorabilidad y respeto mutuo.

No obstante, los procesos de urbanización acelerada, el crecimiento demográfico desordenado, la especulación inmobiliaria y el aislamiento digital propio de las metrópolis contemporáneas han erosionado severamente este tejido tradicional. Hoy es perfectamente posible vivir durante años en un mismo edificio de apartamentos o en un residencial urbano sin conocer el nombre de la persona que vive al lado. Este anonimato urbano, combinado con la inseguridad ciudadana y la desconfianza generalizada, propicia el surgimiento de una cultura del encierro, donde cada núcleo familiar se repliega sobre sí mismo, fortificando rejas y cámaras de vigilancia, mientras el espacio público se degrada y pierde su sentido de ágora compartida.

Reconstruir la comunidad en las próximas décadas no significa retornar artificialmente a la vida rural del siglo XIX, sino diseñar nuevas formas de asociatividad urbana y local. El rescate de los parques municipales, la creación de centros culturales y deportivos accesibles para la juventud, el impulso al voluntariado organizado y la reactivación de las asociaciones de desarrollo comunal son tareas inaplazables. Como se ha señalado a lo largo de estas páginas, la infraestructura invisible de una nación se desmorona si dejamos marchitar los espacios cotidianos donde aprendemos a mirarnos a los ojos, a tender la mano y a experimentar que el bienestar del prójimo está intrínsecamente ligado al nuestro propio.

Capítulo 2

EL PACTO CIUDADANO Y SOLIDARIO

"La participación debe de salir desde la gratitud, la gratitud de tener un país donde la democracia es posible, la democracia es sostenible y la democracia depende de nosotros."

— Mauricio Solís, Psicólogo

Hay un instante particular, casi sagrado en su sencillez, que define con precisión quirúrgica el pulso moral de Costa Rica. Ocurre cada cuatro años, un domingo cualquiera de febrero. Las calles amanecen con una quietud distinta, envueltas en un silencio que no es de ausencia, sino de expectación respetuosa. En las esquinas de los barrios, en las escuelas rurales con olor a madera vieja y cera, en los centros de votación urbanos, las banderas de colores diversos flamean juntas al mismo viento, sostenidas por manos vecinas que horas antes discutían con pasión sobre el rumbo de la patria.



LA ARQUITECTURA INVISIBLE DE LA LIBERTAD

Ese día, el costarricense camina hacia las urnas con una naturalidad que a menudo nos frena la capacidad de asombro. Entramos a un recinto custodiado por ciudadanos comunes y corrientes —la maestra de la esquina, el comerciante del barrio, el estudiante universitario—, marcamos en secreto una papeleta y depositamos nuestro voto con la certeza íntima de que ese sobre de papel vale exactamente lo mismo que el de cualquier otro, sin importar apellidos, influencias o cuentas bancarias. Y lo que es aún más extraordinario: al caer la tarde, cuando los resultados se anuncian bajo el escrutinio implacable de un sistema electoral que es orgullo internacional, el perdedor reconoce la derrota con hidalguía y el ganador asume el triunfo con sobriedad.

Ese ritual pacífico no es un accidente de la historia ni un favor de la fortuna. Es el resultado vivo de un pacto ciudadano que costó décadas forjar, un acuerdo tácito y profundo que decidió unir de manera indisoluble las libertades civiles con un compromiso radical hacia el bienestar colectivo. Sin embargo, el peligro más grave que hoy acecha a nuestra democracia no es la invasión extranjera ni el colapso repentino de las instituciones, sino la polilla silenciosa del cinismo. Es esa costumbre tan contemporánea de darlo todo por sentado, de caminar sobre un suelo pavimentado por el esfuerzo de nuestros abuelos mientras nos quejamos de que las baldosas no brillan lo suficiente.

Cuando el cinismo se apodera del alma nacional, la participación política se reduce a una queja estéril frente a la pantalla de un teléfono celular. Olvidamos que, como nos recuerda Mauricio Solís con tanta lucidez, el motor más genuino de la vida cívica debe nacer de la gratitud. No una gratitud pasiva o conformista que aplaude los errores, sino una gratitud activa, consciente y exigente, que reconoce el privilegio de habitar una tierra donde la convivencia pacífica sigue siendo una posibilidad real, y donde el porvenir de la república no se decide en los cuarteles, sino en la conciencia y en el voto de cada habitante.

Una democracia verdadera no se sostiene únicamente sobre la euforia de las elecciones ni sobre la retórica encendida de los discursos de plaza pública. Su verdadera salud se mide en algo mucho menos vistoso pero infinitamente más difícil de construir: el respeto cotidiano a las reglas del juego.

Durante generaciones, el costarricense educó su sentido cívico bajo la premisa de que las normas institucionales existen para proteger al débil frente a la arbitrariedad del poderoso. La ley no era vista originariamente como un instrumento de opresión burocrática, sino como el dique de contención que impedía que la ley del más fuerte imperara en las relaciones sociales. Cuando un país decide que las normas son negociables según la conveniencia del momento, o que la ley se aplica para los adversarios pero se suspende para los amigos, el pacto ciudadano comienza a desmoronarse desde sus cimientos.

Pensar en la democracia y en el respeto a las reglas exige que volvamos la mirada hacia nuestra historia institucional. La creación de contrapesos republicanos eficaces, la independencia de los poderes del Estado y la existencia de árbitros electorales y judiciales blindados frente a las presiones coyunturales constituyeron una coraza protectora para la convivencia nacional. En el corazón de esta estructura se encuentra el principio de que ningún gobernante, por mayor respaldo popular que ostente, posee un cheque en blanco para pisotear el orden constitucional. La legitimidad del poder democrático se agota en el momento exacto en que este olvida que su mandato es temporal, limitado y estrictamente subordinado al bien común.

Sin embargo, en las últimas décadas hemos asistido a una peligrosa banalización de la legalidad. Se ha instalado en ciertos sectores la falsa creencia de que la eficacia justifica la transgresión de los procedimientos, o que la insatisfacción con los resultados económicos de un gobierno legitima la demolición de los frenos y contrapesos institucionales. Este cortoplacismo erosiona la confianza pública. Las reglas del juego son como las vigas maestras de una casa: si alguien decide cortarlas porque le estorban para remodelar una habitación a su antojo, tarde o temprano el techo entero se vendrá abajo sobre los ocupantes.

Defender las reglas del juego en las próximas décadas no es un acto de conservadurismo rígido; es la única garantía de que nuestras libertades civiles no se conviertan en letra mojada. Una sociedad libre es aquella donde el ciudadano sabe a qué atenerse, donde los contratos morales y legales se respetan, y donde la justicia no depende del humor del gobernante de turno ni de la fuerza del dinero.

Pero las libertades civiles, por sí solas, resultan insuficientes para sostener la dignidad humana si estas se desarrollan en medio del hambre, la enfermedad evitable y la exclusión radical. Los fundadores de la gran transformación social que vivió Costa Rica a mediados del siglo XX comprendieron una verdad fundamental que hoy nos urge rescatar del olvido: la libertad política es una quimera para quien tiene el estómago vacío, carece de acceso a la salud y no encuentra oportunidades para educar a sus hijos.

Fue así como nuestro país tejió, con valentía y visión de futuro, una síntesis histórica extraordinaria: unió la tradición liberal de las libertades públicas con la audacia social de un Estado protector. La promulgación de las Garantías Sociales, la fundación de la Caja Costarricense de Seguro Social y la universalización de la educación primaria no fueron concesiones graciosas otorgadas desde arriba, sino conquistas civilizatorias que transformaron de tajo la naturaleza de nuestra convivencia.

Este modelo de Estado social no nació para fomentar el parasitismo ni para diluir la responsabilidad personal, tal como a veces pretenden simplificar algunos críticos contemporáneos. Nació de una intuición moral profundamente cristiana y humanista: la convicción de que la salud, la educación y el amparo en la vejez no pueden ser privilegios exclusivos de quienes tienen la capacidad de pagarlos en el mercado, sino derechos inalienables inherentes a la condición de persona humana. El hospital público, la clínica comunitaria y la escuela rural se convirtieron en las catedrales laicas de nuestra solidaridad institucionalizada.

En estos espacios de encuentro obligatorio, el hijo del cafetalero y el hijo del peón agrícola compartían las bancas de la escuela o recibían la misma

atención médica en el EBAIS del pueblo. Ese roce cotidiano disolvió barreras de clase que en otras naciones de América Latina terminaron por fracturar permanentemente el tejido social. La solidaridad dejó de ser una mera caridad ocasional para convertirse en estructura de Estado, en un compromiso presupuestario y ético donde todos contribuíamos según nuestras posibilidades y recibíamos según nuestras necesidades.

No obstante, el éxito histórico de nuestro Estado social generó, con el pasar de las décadas, un efecto colateral imprevisto: la cómoda ilusión de que la solidaridad era una tarea exclusiva y excluyente del gobierno central. Crecimos bajo la creencia de que bastaba con pagar impuestos —o ni siquiera eso, en economías fuertemente informales— para delegar en las instituciones públicas la obligación de cuidar a los vulnerables, educar a las nuevas generaciones y mantener cohesionada a la sociedad.

Esa delegación absoluta ha entrado en una crisis profunda. Hoy sabemos con certeza que el Estado, por más robusto que aspire a ser, jamás tendrá la cercanía, la agilidad ni la sensibilidad necesarias para resolver por sí solo todos los dilemas morales y humanos de una comunidad. Las instituciones públicas administran presupuestos y ejecutan leyes, pero no pueden abrazar a un niño solitario, no pueden acompañar el dolor de un anciano abandonado en un barrio urbano ni pueden infundir esperanza en un joven tentado por las redes del narcotráfico. Es allí, en el territorio de lo humano, donde la solidaridad institucional debe retroalimentarse obligatoriamente con la corresponsabilidad ciudadana.

Como nos recuerda con tanta fuerza Maris Stella Fernández desde su experiencia transformadora en las comunidades más vulnerables:

"No podemos dejar la tarea de la función social solo a los políticos o a las instituciones públicas... nosotros, la ciudadanía, nos regimos por el principio de la autonomía, de la libertad, por eso podemos llegar a tantos lugares."

Esta reflexión toca el núcleo mismo de nuestro desafío actual. La libertad ciudadana no se agota en el derecho a elegir y ser electos; se corona y se justifica en la capacidad

de asumir un protagonismo activo en la solución de los problemas que nos rodean. Cuando un grupo de vecinos se organiza para rescatar un espacio público, cuando una red de voluntarios acompaña a los estudiantes rezagados en lectura, o cuando las familias recuperan el hábito de cuidar a sus mayores no como un estorbo sino como una fuente viva de sabiduría, la democracia deja de ser una fría maquinaria electoral para convertirse en una hermandad activa.

El pacto solidario de las próximas décadas exige que rompamos con la tentación del aislamiento y con la indiferencia ante el dolor ajeno. Un país no se quiebra únicamente cuando sus indicadores macroeconómicos flaquean; se quiebra irremediablemente el día en que sus habitantes deciden que la suerte del prójimo ya no es asunto suyo. Renovar nuestro pacto ciudadano significa comprender que cada derecho conquistado lleva implícito un deber de servicio, y que la libertad más alta a la que puede aspirar un costarricense es aquella que se pone generosamente al servicio del bien común.

LA METAMORFOSIS DEL ESTADO SOCIAL

Para que el abrazo solidario que mencionamos siga siendo vigoroso en el futuro, es indispensable mirar de frente la realidad administrativa de nuestro Estado. A mediados del siglo XX, las instituciones que creamos fueron la respuesta perfecta para una sociedad predominantemente rural, con una población pequeña y una economía agrícola que comenzaba a diversificarse. Sin embargo, ese mismo Estado, diseñado con nobleza y visión de largo plazo, ha enfrentado en los últimos años el desgaste natural del tiempo, la burocratización excesiva y, en no pocas ocasiones, el secuestro por parte de intereses corporativos y visiones de corto plazo.

El costarricense contemporáneo sigue creyendo profundamente en el Estado social de derecho, pero también experimenta una frustración creciente cuando choca contra la lentitud de los trámites, las listas de espera en los hospitales públicos o las deficiencias estructurales en las aulas. Defender la solidaridad institucional no significa aplaudir la ineficiencia. Por el contrario, la mayor amenaza contra nuestras instituciones públicas

no proviene de quienes exigen mejores resultados, sino de quienes toleran el desperdicio de los recursos colectivos como si fueran un mal inevitable.

La eficiencia en el manejo de lo público dejó de ser un simple asunto contable para convertirse en un imperativo ético de primer orden. Cuando un recurso del Estado se malgasta por falta de planificación, o se desvía por actos de corrupción, no estamos perdiendo simplemente una cifra en un balance presupuestario; estamos arrebatando de manera directa las oportunidades de estudio a un niño, estamos retrasando el tratamiento médico a una persona vulnerable y estamos fracturando el tejido de confianza que sostiene a la República.

El pacto ciudadano del mañana exige instituciones públicas ágiles, transparentes y orientadas radicalmente hacia el servicio del ciudadano. La corresponsabilidad que mencionábamos antes también aplica para el servidor público. Quien elige la carrera pública no elige un privilegio laboral; elige el sacerdocio cívico de administrar los recursos que con enorme esfuerzo aportan los ciudadanos a través de sus impuestos. Devolverle el prestigio y la dignidad al servicio público es una tarea que requiere liderazgo, pero también un escrutinio ciudadano firme y constructivo.

A menudo, los debates sobre los impuestos y el gasto público se limitan a la frialdad de los números macroeconómicos, perdiendo de vista la dimensión humana que encierran. El pacto solidario que forjó nuestra identidad tiene un componente material ineludible: se financia con el sudor, el trabajo y los impuestos de todos. En este sentido, la responsabilidad fiscal no es una consigna de economistas fríos, sino un acto de profunda solidaridad intergeneracional.

Cuando una sociedad gasta sistemáticamente más de lo que produce y recurre al endeudamiento desmedido para financiar sus operaciones corrientes, está tomando una decisión moralmente cuestionable: está financiando su comodidad presente con el bienestar de las generaciones que aún no han nacido, e incluso de aquellas que aún no tienen edad para votar. Endosarles a nuestros hijos y nietos una factura impagable

para sostener ineficiencias o privilegios del presente rompe el contrato intergeneracional sobre el que se asienta cualquier nación próspera.

Al mismo tiempo, la solidaridad exige un sistema tributario que sea percibido como justo y equitativo. El pago de impuestos no debe entenderse como un castigo al éxito ni como un lastre para el emprendimiento, sino como la contribución ciudadana indispensable para sostener el techo común que nos cobija a todos. Quien evade sus responsabilidades tributarias, escudándose en la informalidad o en maniobras elusivas, le está dando la espalda al pacto social. Y de manera recíproca, el Estado que recauda esos fondos asume la obligación indelegable de invertirlos con transparencia absoluta y máximo rigor, demostrando a cada instante que el sacrificio ciudadano vale la pena.

La verdadera cohesión de Costa Rica en las próximas décadas se medirá por nuestra capacidad de encontrar el equilibrio sabio entre la responsabilidad financiera que garantiza la estabilidad del país y la inversión social estratégica que protege a los más vulnerables. Ambos pilares son esenciales; pretender sostener uno a costa de derribar el otro es una receta segura para el colapso.

A pesar de contar con este entramado institucional y social, hoy enfrentamos un enemigo silencioso que amenaza con paralizar nuestra democracia: la apatía. Un sector creciente de la población, en especial entre las nuevas generaciones, observa la política y los asuntos públicos con una mezcla de hastío, desilusión y distancia emocional. Y no carecen de razones. Cuando la discusión pública se enrarece, cuando el debate de ideas es sustituido por el ataque personal, el insulto y el espectáculo mediático vacío, lo natural es que el ciudadano honesto y trabajador prefiera retirarse al refugio seguro de su esfera privada.

Sin embargo, el abandono de la plaza pública tiene un costo altísimo. Cuando los ciudadanos decentes dejan de participar en las decisiones colectivas por miedo a ser ensuciados por la toxicidad del debate, el vacío que dejan es rápidamente ocupado por los extremismos, por los oportunistas y por los intereses de corto plazo. La democracia no sobrevive

en el silencio de los buenos; se marchita cuando dejamos de escuchar la voz de quienes construyen el país todos los días desde el silencio del trabajo honesto.
El antídoto contra la apatía no es el optimismo ciego, sino el compromiso activo. Rescatar la plaza pública en las próximas décadas significa volver a dignificar la política, entendiéndola no como una guerra de trincheras, sino como la herramienta más noble que tiene una sociedad para gestionar sus diferencias y buscar acuerdos que nos permitan avanzar juntos. Significa también devolverle la voz a las comunidades y a los liderazgos locales, que a menudo entienden mucho mejor las verdaderas urgencias del pueblo que los centros de poder alejados de la realidad territorial.

Finalmente, este pacto ciudadano no estaría completo si no reconocemos la inmensa fuerza transformadora del voluntariado y de las redes de apoyo ciudadano. La Costa Rica solidaria no solo se expresa en los pasillos de un hospital público o en las aulas de una universidad estatal; late con fuerza en los comedores comunitarios, en las organizaciones de protección animal, en los grupos de rescate de parques, en las asociaciones de desarrollo integral y en las miles de iniciativas locales que surgen de la entraña misma de nuestros barrios.

Estas expresiones de solidaridad no gubernamental son el oxígeno que mantiene vivo el tejido social. Quien dona su tiempo, su talento o sus recursos para ayudar a un tercero, sin esperar retribución económica ni aplauso público, está realizando el acto cívico por excelencia. Está demostrando que el bienestar de su prójimo le importa tanto como el suyo propio, y que está dispuesto a sacrificar su comodidad personal para construir una sociedad un poco más justa, un poco más cálida y mucho más humana.

El Estado debe aprender a reconocer, valorar y potenciar este capital social inmenso. Lejos de intentar monopolizar o asfixiar estas iniciativas con exceso de burocracia, las políticas públicas deben convertirse en facilitadoras del esfuerzo ciudadano. Cuando el Estado y la sociedad civil trabajan de la mano, con respeto mutuo y objetivos compartidos, se desata una energía transformadora capaz de superar los retos más formidables.

El pacto ciudadano y solidario que ha sostenido a Costa Rica no es un contrato firmado en papel de seguridad que pueda archivarse en una caja fuerte. Es un organismo vivo, frágil y hermoso, que debemos alimentar todos los días. Exige la audacia de mirar de frente nuestros errores, la humildad para corregir el rumbo cuando nos hemos equivocado y, por encima de todo, la convicción profunda de que esta tierra nos pertenece a todos, y de que solo juntos podremos mantener encendida la luz de la esperanza para las generaciones venideras.

EL RESPETO A LA LIBERTAD INDIVIDUAL

A lo largo de estas páginas hemos enfatizado con insistencia la importancia capital de la comunidad, de la responsabilidad fiscal compartida y de un Estado que sepa abrazar a los más vulnerables. Sin embargo, este pacto solidario que define a Costa Rica estaría incompleto —e incluso correría el riesgo de volverse asfixiante— si no reconocemos y defendemos con igual vehemencia el valor de la libertad individual. Nuestro país no se forjó bajo el molde de los colectivismos autoritarios que obligan al individuo a diluirse en la masa y a sacrificar sus sueños personales en el altar de una ideología de Estado. Por el contrario, la genialidad de nuestro acuerdo social histórico consistió precisamente en comprender que una sociedad solo puede ser auténticamente próspera y equitativa cuando cada persona, desde su rincón y con sus propios talentos, encuentra el espacio, las herramientas y la protección necesarias para trazar su propio proyecto de vida.

La verdadera democracia no busca imponer una única forma de pensar, de vivir o de creer; su grandeza radica en garantizar que todas esas visiones diversas puedan coexistir en paz bajo el resguardo absoluto de la ley. La libertad individual no es un permiso para la irresponsabilidad ni una licencia para aplastar al prójimo. Es, en su dimensión más noble, la facultad que tiene cada costarricense para decidir en qué quiere trabajar, qué ideas quiere defender en la plaza pública, qué valores quiere enseñar a sus hijos en la mesa de su hogar y cómo desea contribuir al engrandecimiento del país. Cuando las instituciones públicas pierden de vista esta frontera esencial y comienzan a invadir excesivamente la

esfera privada, se marchita el emprendimiento, se ahoga la creatividad ciudadana y el pacto solidario se deforma hasta convertirse en una camisa de fuerza burocrática.

Es imperativo entender que el motor más potente para el progreso nacional no reside en los despachos gubernamentales, sino en la chispa creadora del ciudadano común. Es el pequeño agricultor que se levanta de madrugada para innovar en sus cultivos, es el estudiante que desafía las estadísticas para graduarse con honores, es la emprendedora que arriesga sus ahorros para abrir un negocio y generar empleo formal en su barrio. Proteger la libertad individual significa crear un entorno institucional que no estorbe al que quiere avanzar con esfuerzo propio; significa simplificar las reglas del juego para que el trabajo honesto sea siempre más fácil y más rentable que la informalidad o la trampa. El Estado no debe sustituir la voluntad del individuo, sino actuar como un trampolín que iguale las oportunidades desde la base, asegurando que el origen humilde de una persona no determine fatalmente el horizonte de su destino.

Hoy, sin embargo, nuestra vocación histórica por la libertad y la solidaridad enfrenta un adversario formidable que no viste uniforme militar, sino que se camufla en las pantallas de nuestros teléfonos y en las tertulias cotidianas: la polarización extrema. Hemos entrado en una época donde el desacuerdo legítimo y natural en cualquier sociedad libre está siendo suplantado por la indignación permanente y el deseo de aniquilar moralmente al que piensa distinto. Cuando el debate público abandona el terreno fértil de las ideas para hundirse en el lodo de la descalificación personal, la convivencia nacional sufre heridas profundas que tardan mucho tiempo en sanar. La polarización nos roba la capacidad de escuchar, nos encierra en burbujas de resentimiento y nos convence de la mentira más destructiva de todas: la idea de que la mitad de nuestros compatriotas son el enemigo.

Para combatir esta marea tóxica, necesitamos cultivar con urgencia lo que podríamos llamar una “empatía activa”. La empatía no significa renunciar a nuestras convicciones, ni ceder en la defensa apasionada de nuestros principios; significa, sencillamente, tener la estatura moral para reconocer

que detrás de cada opinión contraria a la nuestra hay un ser humano con una historia, con miedos, con necesidades y con un anhelo tan válido como el nuestro por ver prosperar al país. Significa entender que el otro no opina diferente porque carezca de inteligencia o de patriotismo, sino porque su experiencia vital lo ha llevado a interpretar la realidad desde otra orilla. Cuando logramos cruzar ese puente imaginario y hacer el esfuerzo honesto por comprender las razones del adversario, el diálogo deja de ser un choque de trenes para convertirse en un taller donde se forjan los verdaderos acuerdos nacionales.

La empatía activa nos obliga también a mirar más allá de nuestro entorno inmediato y a conectar con las realidades que frecuentemente quedan ocultas por los promedios estadísticos nacionales. No podemos hablar de un pacto solidario completo si ignoramos las profundas asimetrías que fracturan nuestro territorio. La Costa Rica del Valle Central, con su dinamismo tecnológico y sus anillos de servicios modernos, a menudo contrasta dolorosamente con las realidades de nuestras costas, de nuestras zonas fronterizas y de nuestros barrios urbano-marginales, donde el desempleo, la falta de oportunidades y el acecho del crimen organizado golpean con dureza a miles de familias. Un pacto ciudadano genuino no permite que haya costarricenses de primera y de segunda categoría; exige que la promesa de desarrollo, de seguridad y de movilidad social alcance hasta el último rincón de nuestra geografía.

Al cerrar este capítulo sobre el pacto ciudadano y solidario, debemos abrazar una verdad ineludible: la Costa Rica que heredamos no es un monumento de piedra que podamos contemplar de lejos; es una casa viva, que respira, que sufre y que necesita mantenimiento diario. Las generaciones que nos precedieron hicieron su parte con valentía: abolieron un ejército para fundar escuelas, crearon hospitales públicos en tiempos de enorme escasez y blindaron nuestras libertades con instituciones republicanas que hoy son la envidia de muchas latitudes. Ahora, en el umbral de las próximas décadas, el turno de velar por esta herencia nos corresponde enteramente a nosotros.

La renovación de nuestro compromiso patriótico no demanda actos heroicos inalcanzables ni discursos altisonantes. Nos pide algo mucho más difícil y profundo: coherencia en nuestras acciones de todos los días. Nos pide que seamos ciudadanos de tiempo completo, que ejerzamos nuestra libertad con responsabilidad absoluta y que no permitamos que la llama de la solidaridad se apague frente al viento helado del individualismo egoísta. Nos exige comprender que cada vez que pagamos nuestros impuestos con honestidad, cada vez que respetamos una señal de tránsito, cada vez que dialogamos con respeto y cada vez que extendemos la mano para levantar al que ha caído, estamos construyendo patria de la forma más pura y duradera posible.

El reto de confiar es, en el fondo, una declaración de amor profundo por Costa Rica. Es la decisión rebelde y esperanzadora de apostar por el otro, de creer en la fuerza de nuestras instituciones y de trabajar sin descanso para que este pedazo de tierra siga siendo un refugio de paz, de dignidad y de progreso compartido. Porque al final de nuestros días, la historia no nos juzgará por el tamaño de nuestras riquezas materiales ni por el ruido de nuestras disputas, sino por la firmeza del abrazo solidario con el que supimos sostenernos los unos a los otros en los tiempos de mayor dificultad.

Capítulo 3

EL TEJIDO HUMANO

"La familia tiene tres funciones estratégicas: la primera es el relevo generacional, entregar ciudadanos al mundo; otra función es el cuidado de los frágiles y débiles; y la transmisión de la educación y, por ende, de la cultura."

— Elena María Fonseca, Empresaria

Cuando pensamos en la palabra "confianza", es frecuente que nuestra mente viaje de inmediato hacia las grandes instituciones, hacia los bancos, hacia las promesas electorales o hacia los fríos indicadores macroeconómicos que llenan los noticieros. Sin embargo, la verdadera confianza, esa que sostiene el peso de nuestras vidas cotidianas y nos permite dormir en paz, no nace en los despachos gubernamentales ni se decreta por ley en las asambleas legislativas. La confianza germina en la intimidad de nuestros hogares, en la mirada atenta de una madre después de un día difícil, en el consejo pausado de un abuelo en el corredor de la casa, en el plato de sopa compartido y en el saludo sincero del vecino que nos topamos en la acera cada mañana mientras vamos al trabajo. Es allí, en el tejido humano más cercano, primario y entrañable, donde el costarricense aprende por primera vez qué significa ser respetado, qué significa pertenecer a algo más grande que sí mismo y, sobre todo, qué significa la dignidad inalienable de cada persona humana.



EL ABRAZO QUE NOS HACE COMUNIDAD

La dignidad no es un concepto filosófico abstracto reservado para los intelectuales o para los tratados internacionales; es el punto de partida absoluto, el cimiento de piedra sobre el cual se levanta cualquier sistema de valores que pretenda ser verdaderamente compatible con una democracia sana. Sin el reconocimiento profundo, casi instintivo, de que cada persona que camina a nuestro lado posee un valor infinito por el simple hecho de existir, cualquier intento de construir un pacto social está condenado al más absoluto de los fracasos. Este reconocimiento primigenio no lo aprendemos leyendo manuales de civismo ni memorizando leyes, sino experimentando el amor incondicional, el cuidado, los límites y la pertenencia en el seno de nuestras familias, que continúan siendo el taller insustituible donde se forjan, a fuego lento, los hábitos del corazón costarricense.

Nuestra familia, con toda su belleza y sus imperfecciones, cumple funciones vitales que el Estado jamás podrá reemplazar de manera artificial. Como nos recuerda con tanta agudeza Elena María Fonseca en la apertura de este capítulo, el hogar nos entrega al mundo, cuida de nuestras fragilidades y nos transmite la antorcha encendida de nuestra cultura. Pero su impacto va mucho más allá de la mera supervivencia biológica o económica. Es en la mesa del comedor, compartiendo el pan, el café chorreado y las angustias de la jornada, donde el ser humano recibe sus primeras y más importantes lecciones de convivencia ciudadana. Es en ese espacio íntimo donde aprendemos que no somos el centro exclusivo del universo, que nuestros hermanos y hermanas también tienen necesidades que atender, que debemos esperar nuestro turno para hablar y que nuestras acciones tienen consecuencias directas sobre el bienestar emocional y material de quienes nos rodean.

En este sentido profundo, el hogar es nuestra verdadera y primera escuela de ciudadanía. Es el santuario donde la palabra “solidaridad” deja de ser un adorno de diccionario para convertirse en el acto heroico y silencioso de cuidar a la abuela enferma, de sentarse en la noche a ayudar al hermano

menor con las tareas de la escuela, o de levantarse más temprano para aliviar la carga de quien llega a casa con el cuerpo roto por el cansancio del trabajo. Precisamente por ello, Elena María Fonseca acierta de manera profunda cuando señala que "las competencias de liderazgo como la capacidad de trabajo, la capacidad de organización, el sentido de responsabilidad y compromiso no se aprenden tanto en el trabajo, sino en la familia". El verdadero liderazgo, aquel que el país clama a gritos para las próximas décadas, no es el que grita órdenes desde una tarima buscando aplausos fáciles, sino el que aprendió desde la primera infancia el valor incalculable del servicio humilde, la disciplina del esfuerzo diario y la nobleza irrenunciable de cumplir con la palabra empeñada ante los suyos.

No obstante, al hablar del hogar costarricense, debemos hacerlo con los pies bien puestos sobre la tierra, abrazando nuestra realidad y alejándonos de cualquier idealización romántica que ignore las profundas presiones estructurales que hoy atraviesan nuestras familias. La sociedad contemporánea es más urbana, más acelerada, más diversa y está sometida a exigencias económicas que a menudo fracturan el tiempo disponible para la convivencia pacífica. No podemos cerrar los ojos ante el hecho de que muchas de nuestras familias están encabezadas por madres solas, verdaderas heroínas anónimas que deben hacer milagros cotidianos para estirar el presupuesto, multiplicándose entre largas jornadas laborales, el transporte público y el cuido de sus hijos. Otros hogares enfrentan el desafío paralizante del desempleo, la angustia asfixiante de las deudas o el desgaste silencioso que produce un costo de la vida que no da tregua.

A esta complejidad material debemos sumar la irrupción avasalladora de las pantallas y la transformación tecnológica, que si bien nos conecta de manera fascinante con el mundo entero, con alarmante frecuencia nos aísla emocionalmente de quienes tenemos sentados a menos de un metro en la misma sala de nuestra casa. Estas inmensas presiones amenazan con debilitar ese tejido humano primario, corriendo el riesgo de convertir a los hogares en simples hoteles de paso donde las personas cohabitan bajo un mismo techo pero han dejado de conversar, de mirarse a los ojos, de abrazarse y de acompañarse genuinamente en sus dolores

y esperanzas. La familia, por más resiliente que sea, no puede cargar en solitario con el peso abrumador de estas problemáticas nacionales. Exigirle a un hogar que forme ciudadanos ejemplares, empáticos y responsables mientras sobrevive en la precariedad económica, rodeado de inseguridad territorial o bajo el estrés tóxico de jornadas extenuantes, es una tremenda injusticia social. Por ello, las políticas públicas del Estado deben orientarse de manera decidida a fortalecer las capacidades de estas familias, brindándoles redes de cuido, parques seguros y oportunidades dignas de progreso, pero siempre con el cuidado exquisito de respetar su autonomía y sin la soberbia de pretender sustituir ese vínculo sagrado que solo el amor filial es capaz de sostener en el tiempo.

Cuando la familia logra, a pesar de las adversidades, sembrar esa semilla inquebrantable de la dignidad, el resultado florece en la sociedad bajo la forma de una verdadera cultura del encuentro cotidiano. El respeto a la dignidad humana, repetimos, no se demuestra únicamente en las constituciones o en las grandes declaraciones políticas, sino en las conductas más pequeñas, ordinarias y constantes que tejen nuestra rutina diaria. Respeto es tener la disposición genuina y paciente de escuchar a quien piensa distinto sin interrumpirle con desdén; es cumplir la promesa que le hicimos a un compañero de trabajo o a un vecino; es tratar con cortesía, amabilidad y gratitud a la persona que nos atiende en la pulpería, a quien barre nuestras calles bajo el sol o a quien nos recibe con cansancio en una ventanilla pública. Respeto es también tener la madurez emocional para reconocer nuestros propios límites, pedir perdón con sinceridad cuando nos equivocamos y negarnos rotundamente a utilizar la vulnerabilidad, la necesidad económica o el dolor ajeno como un instrumento vil para obtener ventajas personales o políticas.

Este aprendizaje íntimo que comienza al calor del hogar y se refleja en el respeto de la acera y la plaza, nos lleva inevitablemente a una reflexión mucho más amplia sobre la forma en que habitamos y compartimos el país. En los tiempos que corren, se ha popularizado una visión profundamente egoísta de la existencia, una especie de espejismo moderno que nos invita a pensar que cada ser humano es una isla absoluta, desconectada por completo de las mareas, las alegrías y las tragedias que afectan a

sus vecinos. Bajo esta óptica equivocada, se promueve la idea de que la libertad consiste únicamente en la satisfacción sin límites de los deseos personales, ignorando de manera conveniente el impacto que nuestras decisiones privadas tienen sobre el entorno compartido.

Sin embargo, si miramos con atención la historia de nuestra formación como pueblo pacífico, descubriremos que esa narrativa individualista choca frontalmente con la verdadera esencia de nuestra identidad costarricense. Como nos advierte el administrador Rolando Castro con una claridad que sacude nuestra conciencia:

"Aquellas cosas que uno dice 'yo puedo hacer lo que quiero siempre y cuando no lastime a otro' tenemos que re-pensarlas, porque nosotros no somos seres independientes aislados que vivimos en una cueva en la montaña, vivimos en comunidades."

Esta advertencia es vital si queremos que Costa Rica siga siendo viable en las próximas décadas. El individualismo exacerbado debilita los cimientos de nuestra convivencia porque nos vuelve ciegos, sordos y mudos ante el sufrimiento que ocurre al otro lado de nuestra propia tapia. Nos hace olvidar una máxima ineludible de la sociología humana: el bienestar no puede ser jamás un proyecto exclusivamente personal; si mi casa es un palacio pero está rodeada de miseria, inseguridad y desesperanza, mi supuesta prosperidad es tan frágil como un castillo de naipes a punto de caer. Pertenecer a una comunidad, sentir la patria en las venas, significa aceptar voluntariamente que estamos entrelazados, que la suerte, la educación y la salud del hijo del vecino terminarán, de una u otra forma, afectando el mundo en el que crecerán mis propios hijos. Por lo tanto, la verdadera libertad ciudadana no es aquella que se desentiende del otro y se encierra bajo siete llaves, sino aquella que asume con valentía y alegría su cuota de responsabilidad en la construcción del bien común, sabiendo que los vínculos interpersonales primarios son, en última instancia, el único salvavidas real que tenemos cuando nos alcanzan las tormentas inevitables de la vida.

EL INVIERNO DEMOGRÁFICO Y LA SABIDURÍA SILENCIADA

A medida que avanzamos en la comprensión de este tejido humano que nos sostiene, es imposible ignorar una realidad que está transformando silenciosamente el rostro de nuestra patria. Costa Rica, que durante décadas fue un país caracterizado por la efervescencia de una población mayoritariamente joven, transita hoy hacia un innegable envejecimiento demográfico. Nuestras calles, nuestras familias y nuestras instituciones ven cada día más cabellos de plata. Esta transición ineludible convierte a la solidaridad intergeneracional no en una simple opción moral, sino en uno de los desafíos centrales y más urgentes para la viabilidad de Costa Rica en las próximas décadas. Sin embargo, la forma en que como sociedad elegimos mirar y tratar a nuestros adultos mayores revela, con una crudeza absoluta, la verdadera calidad de nuestros valores.

Detengámonos un momento a pensar en quiénes son estos hombres y mujeres. Son la generación que, con las manos agrietadas por el trabajo duro y el corazón lleno de ilusiones, levantó los cimientos de las instituciones que hoy nos cobijan. Son los abuelos que sembraron la tierra, que abrieron caminos de lastre donde solo había montaña, que construyeron con contribuciones vecinales las escuelas rurales donde aprendimos a leer, y que defendieron, con un estoicismo admirable, la paz y la democracia en los momentos de mayor turbulencia histórica. A ellos les debemos el país que transitamos. Y, sin embargo, con una frecuencia que debería avergonzarnos profundamente, la sociedad contemporánea —obsesionada con la velocidad, la productividad inmediata y el brillo de lo novedoso— tiende a invisibilizarlos, empujándolos hacia los márgenes de la vida comunitaria como si su utilidad hubiera expirado.

Esta marginación engendra una de las enfermedades más dolorosas y destructivas de nuestro tiempo: la epidemia de la soledad. La soledad y el aislamiento de nuestros mayores son riesgos sociales gravísimos que casi nunca aparecen reflejados en las estadísticas económicas del país, ni en los informes de crecimiento del producto interno bruto, pero que debilitan desde la raíz nuestra convivencia nacional. Una nación que mide

su éxito exclusivamente en números y olvida el bienestar emocional de sus fundadores es una nación que ha perdido su brújula ética. La soledad no es simplemente la ausencia de compañía física; es la sensación desgarradora de sentir que uno ha dejado de importarle al resto del mundo, que sus historias ya no interesan, que su voz se ha vuelto un eco vacío en una casa silenciosa.

Combatir esta soledad exige un rearme moral de la ciudadanía. La verdadera solidaridad intergeneracional no se agota con el pago puntual de una pensión de invalidez, vejez o muerte, por más indispensable que esta sea para la supervivencia material. La pensión alivia el hambre del cuerpo, pero no cura el hambre del alma. Lo que nuestros adultos mayores necesitan con desesperación es presencia, es tiempo, es paciencia y es escucha. Necesitan que los integremos de nuevo en la mesa de las decisiones familiares, que valoremos su sabiduría acumulada y que comprendamos que su lentitud al caminar o al hablar no es un defecto que debamos tolerar con prisa, sino el ritmo sagrado de quien ya ha recorrido los caminos que nosotros apenas estamos comenzando a descubrir. Un país que abraza a sus ancianos, que los respeta y los mantiene activos dentro del tejido comunitario, es un país que se respeta a sí mismo y que asegura, mediante el ejemplo, que las futuras generaciones también nos cuidarán cuando el invierno de la vida llame a nuestra propia puerta.

Si la familia es el refugio primario y el núcleo donde se siembra la dignidad, el barrio es el primer escenario público donde esos valores se ponen a prueba. Las familias, como hemos advertido, no pueden vivir aisladas en burbujas impermeables ni pueden cargar solas con el peso aplastante de los problemas producidos por la inseguridad, la precariedad laboral o el entorno digital. Necesitan desesperadamente de un ecosistema que las apoye, que comparta la carga y que ofrezca un entorno seguro para el desarrollo humano. Es aquí donde los barrios y las comunidades emergen con una fuerza vital inmensa, pues tienen la capacidad única de complementar a la familia creando redes auténticas de confianza, de deporte, de cultura y de apoyo mutuo.

Hagamos memoria de la Costa Rica barrial de antaño, aquella que

muchos tuvimos el privilegio de vivir. El barrio no era simplemente un conglomerado de casas agrupadas por el azar de la geografía urbana; era una verdadera extensión de la sala de nuestra casa. Las puertas solían estar abiertas, los chiquillos jugaban en las aceras hasta que caía la noche sin mayor temor, y la pulpería de la esquina funcionaba como el gran centro de inteligencia comunitaria, donde se compartían las alegrías por un nacimiento, las preocupaciones por una enfermedad y las noticias del día. En ese entorno, si un niño tropezaba y caía en la calle, cualquier vecino que pasara por ahí lo levantaba, le sacudía el polvo y lo acompañaba a su casa. Existía una autoridad moral compartida y una red de protección invisible pero invulnerable: todos nos cuidábamos entre todos.

Hoy, lamentablemente, el miedo ha secuestrado gran parte de esa experiencia comunitaria. El avance implacable de la violencia criminal, sumado a un urbanismo que muchas veces prioriza el encierro sobre el encuentro, ha provocado que nos atrincheremos detrás de muros altos, alambres de púas y sistemas de alarma. Hemos cedido el espacio público —los parques, las aceras, las plazas de deportes— a las sombras de la delincuencia o al abandono institucional. Al retirarnos hacia el encierro privado, perdimos la mirada vigilante y protectora del vecino. Y al perder esa mirada, el tejido humano se rasgó, dejándonos a merced de una vulnerabilidad mucho mayor: la de enfrentar los problemas de la vida en la más absoluta y aterradora soledad comunitaria.

Recuperar nuestros barrios no es un ejercicio de nostalgia arquitectónica; es un imperativo de supervivencia social. Cuando una comunidad se organiza valientemente para rescatar un parque que había sido tomado por la venta de drogas, cuando los vecinos se unen para pintar un mural, para organizar un torneo de fútbol de salón o para crear una pequeña biblioteca comunitaria, están haciendo mucho más que embellecer el entorno. Están enviando un mensaje político y moral de proporciones titánicas: están reclamando su derecho a vivir sin miedo y están reconstruyendo, ladrillo a ladrillo, la infraestructura invisible de la confianza. La verdadera seguridad ciudadana no se logra únicamente llenando las calles de policías, aunque su labor sea indispensable; la seguridad más sólida es la que florece cuando la gente buena vuelve a ocupar masivamente el

espacio público, cuando los vecinos se conocen por su nombre y cuando el delincuente comprende que en ese barrio nadie está solo.

En esta colosal tarea de devolverle la vida y el alma a nuestras comunidades, el Estado tiene un papel fundamental que jugar, pero debe hacerlo desde la humildad y la inteligencia táctica. Las políticas públicas deben estar diseñadas, ante todo, para fortalecer las capacidades de las familias y de las comunidades, brindando los recursos, la iluminación, la seguridad y la infraestructura necesaria, pero sin pretender jamás sustituir la autonomía vital de las organizaciones vecinales. Un gobierno central no puede decretar por ley que los vecinos se quieran o se confíen mutuamente; lo que sí puede y debe hacer es crear el terreno fértil para que esa confianza germine de forma natural.

Esto significa desatar los nudos burocráticos que a menudo asfixian a las Asociaciones de Desarrollo Integral, apoyar con recursos reales a los comités de deportes y respaldar a los líderes comunales que, con un esfuerzo casi heroico y sin recibir salario alguno, dedican sus horas de descanso a pelear por mejoras para su pedacito de patria. La comunidad organizada es el puente indispensable entre la soledad del individuo y la inmensidad del Estado. Cuando ese puente es fuerte, las crisis económicas se soportan mejor, porque siempre habrá un vecino dispuesto a compartir un plato de comida. Cuando ese puente es fuerte, las emergencias naturales no nos destruyen, porque la comunidad es la primera en salir con palas y mecates a rescatar a los suyos antes de que lleguen los cuerpos de socorro.

El tejido humano de Costa Rica, ese que nos ha sostenido en los momentos más oscuros de nuestra historia, está compuesto precisamente por estos hilos invisibles de afecto, de respeto y de solidaridad barrial. No podemos darnos el lujo de permitir que el cinismo, el miedo o el individualismo exacerbado corten esos hilos. Volver a confiar en el otro exige el coraje de salir de nuestras casas, de cruzar la calle, de tender la mano y de atrevernos a construir patria desde la acera de enfrente. Porque al final de la jornada, la calidad de nuestra vida no se medirá por el grosor de los muros que construimos para aislarnos, sino por la calidez y la amplitud de los puentes que supimos tender para encontrarnos con nuestros semejantes.

LA CULTURA DEL ENCUENTRO

En el corazón de toda esta reflexión sobre la familia, sobre nuestros adultos mayores y sobre el rescate urgente de nuestros barrios, late un concepto que debe convertirse en la piedra angular de la Costa Rica de las próximas décadas: la cultura del encuentro. A simple vista, "encontrarse" podría parecer un acto pasivo, una mera coincidencia geográfica en la que dos personas se cruzan en la calle o coinciden en la fila del supermercado. Pero en el sentido profundo y humanista que requiere nuestro país, el encuentro es una decisión radical, un acto de voluntad cívica que nos exige derribar las trincheras invisibles desde las cuales nos hemos acostumbrado a juzgar al mundo. La cultura del encuentro es la negación absoluta de la cultura del descarte, esa triste tendencia moderna que nos empuja a clasificar a las personas según su utilidad inmediata, su estatus económico o su coincidencia con nuestras propias opiniones políticas.

Restaurar esta cultura significa volver a mirar al otro —al desconocido, al que piensa distinto, al que habita en una realidad socioeconómica diferente a la nuestra— no como una amenaza que debemos neutralizar, sino como un legítimo compañero de viaje en la construcción de la patria. Una sociedad verdaderamente diversa, como la que hoy conformamos, necesita aprender con urgencia a convivir armónicamente con diferencias culturales, religiosas, generacionales y de pensamiento. Sin embargo, la convivencia no se decreta por ley; se teje en el día a día, en la capacidad de sentarnos a la mesa con quien no comparte nuestras banderas, dispuestos no a ganar un debate para alimentar el ego, sino a buscar ese punto medio donde la razón del otro ilumina nuestras propias zonas ciegas.

> Este es el verdadero tejido humano del que estamos hechos: una red de vulnerabilidades compartidas que solo encuentra su fortaleza cuando decidimos amarrarnos los unos a los otros con los hilos del respeto absoluto.

Para que este encuentro sea auténtico, necesitamos cultivar lo que podríamos llamar una "empatía radical". A menudo confundimos la empatía con la simpatía o con la obligación de darle la razón a nuestro interlocutor, lo cual genera rechazo en tiempos de alta polarización. Pero

la empatía no exige, bajo ninguna circunstancia, estar de acuerdo en todo; lo que exige es comprender, con una profunda honestidad intelectual y emocional, que detrás de cada posición existe una persona con una historia única, con heridas invisibles, con miedos legítimos y con circunstancias que moldearon su forma de ver el mundo. Cuando hacemos el esfuerzo consciente de cruzar el puente hacia la realidad del otro, descubrimos que el agricultor que bloquea una calle no es un enemigo del progreso, sino un padre asfixiado por las deudas que busca alimentar a los suyos; entendemos que el joven que marcha con indignación no es un agitador sin causa, sino una mente brillante que siente que las puertas del futuro se le han cerrado en la cara. La empatía radical nos desarma, nos quita la armadura del prejuicio y nos permite dialogar desde nuestra humanidad compartida.

Esta profunda necesidad de empatía choca violentamente contra los vientos de polarización que hoy azotan no solo a Costa Rica, sino al mundo entero. Vivimos tiempos donde la descalificación rápida y el insulto se han normalizado, facilitados por la distancia esterilizada que proporcionan las pantallas y las redes sociales. El lenguaje que utilizamos en la arena política, en el periodismo y en las plataformas digitales no es inocente; configura los límites de lo que consideramos aceptable en nuestra convivencia diaria. Cuando el debate público se degrada, cuando permitimos que la burla sistemática y la destrucción de la reputación ajena sustituyan a los argumentos, estamos abriendo una grieta en la misma infraestructura invisible que sostiene a nuestra nación.

El deterioro del lenguaje público tiene consecuencias devastadoras porque normaliza la deshumanización del adversario, convirtiéndolo paulatinamente en un enemigo existencial al que es lícito destruir. Y un país dividido entre enemigos irreconciliables es un país paralizado, incapaz de aprobar las reformas urgentes que exige su desarrollo. La crítica firme y apasionada es absolutamente indispensable para que la democracia respire y se corrija a sí misma, pero esa intensidad jamás debe costarnos el respeto por la dignidad de la persona que tenemos enfrente. Una sociedad madura tiene que demostrarse a sí misma que puede debatir con el mayor de los fervores sobre el rumbo de la economía, sobre la educación o sobre

los derechos civiles, sin que la diferencia de criterios se convierta en odio. Recuperar esa distinción sagrada entre atacar una idea y atacar a un ser humano es esencial para preservar el pluralismo pacífico que tanto nos enorgullece como costarricenses.

El verdadero liderazgo de las próximas décadas, ya sea en la presidencia de la República, en la gerencia de una empresa, en el aula escolar o en la jefatura de un hogar, será aquel que logre reducir la temperatura del conflicto y crear espacios seguros para que germinen los acuerdos posibles. No necesitamos líderes que nos inviten a la guerra contra nuestros propios hermanos; necesitamos voces que nos recuerden constantemente lo que nos une. Y lo que nos une es mucho más profundo y más antiguo que cualquier coyuntura política: nos une la memoria de aquellos abuelos que levantaron este país descalzos, nos une el amor incondicional por esta tierra verde y bendita, nos une el deseo universal de ver a nuestros hijos crecer en paz, regresar sanos a casa y alcanzar los sueños que a nosotros se nos escaparon de las manos.

Todo este tejido humano —la dignidad innegociable, la familia como primer refugio, el rescate del barrio, el abrazo a nuestros mayores, la empatía radical y la cultura del encuentro— es el verdadero combustible de la confianza nacional. La confianza no opera de arriba hacia abajo; no nace en los ministerios para luego derramarse sobre la población. Opera exactamente a la inversa: es un eco expansivo que nace en el núcleo más íntimo de la sociedad y reverbera hacia afuera, hasta alcanzar las más altas esferas del Estado.

Si un niño crece en un hogar donde la palabra dada se cumple con honorabilidad, donde se respeta al débil y donde el trabajo honesto es motivo de orgullo, ese niño saldrá a la calle con la predisposición de confiar en sus semejantes. Si esa misma persona encuentra en su barrio una comunidad organizada, solidaria y libre de violencia, su confianza en el tejido social se fortalecerá. Y si, al convertirse en adulto, descubre que las instituciones de su país operan con esa misma lógica de transparencia, respeto y servicio que aprendió en su casa, tendremos entonces a un ciudadano pleno, dispuesto a pagar sus impuestos con gusto, a participar

en las decisiones colectivas y a defender su democracia con la vida si fuera necesario.

Esa es la cadena de la confianza, la verdadera infraestructura invisible de Costa Rica. Una cadena maravillosa pero tremendamente frágil. Si un eslabón se rompe —si la familia se desintegra en la violencia, si el barrio es tomado por el miedo, o si las instituciones traicionan su mandato mediante la corrupción—, todo el edificio social comienza a tambalearse. Por eso es que la labor de renovar nuestro pacto de convivencia no puede delegarse. No hay un salvador providencial esperando a la vuelta de la esquina. La salvación de Costa Rica somos nosotros mismos, mirándonos a los ojos, reconociendo nuestras falencias y decidiendo, en un acto supremo de voluntad colectiva, que no vamos a dejar que este país se nos deshaga entre las manos.

Al concluir este tercer capítulo, la invitación queda abierta como un abrazo que espera ser correspondido. El tejido humano de nuestra nación ha resistido tempestades económicas, desastres naturales y crisis políticas a lo largo de nuestra historia. Ha resistido porque siempre ha habido costarricenses dispuestos a zurcir las rupturas con paciencia, con amor y con trabajo. En las próximas décadas, nuestro desafío más grande no será dominar la inteligencia artificial o duplicar nuestras exportaciones, aunque todo eso sea deseable y necesario. Nuestro desafío supremo será seguir siendo humanos, seguir siendo cercanos, seguir siendo esa patria cálida donde el dolor del otro nunca nos resulta indiferente. Porque una sociedad que cuida de su tejido humano es, en definitiva, una sociedad invencible.

Capítulo 4

LA EXCLUSIÓN Y LA VIOLENCIA

"Si cada uno de nosotros dedicara tres horas de trabajo pro bono a una causa de personas que tienen una situación vulnerable, ¿cómo se transformaría este país?"

— Maris Stella Fernández, Fundadora de SIFAIS

Toda casa, por más nobles y profundos que sean los cimientos sobre los que fue erigida, sufre con el paso de los años el embate implacable de las tormentas, el desgaste de los vientos y el peso de su propia historia. Los costarricenses hemos construido, a lo largo de los siglos, una casa grande maravillosa, levantada con la madera fina de la democracia, el respeto y la solidaridad. Sin embargo, amar verdaderamente esta casa patria no consiste en sentarnos en la sala a contemplar los retratos del pasado mientras ignoramos el agua que se filtra por el techo. El amor más genuino por Costa Rica nos exige la valentía, a veces dolorosa, de encender la luz, caminar hacia los rincones más oscuros y mirar de frente las grietas que hoy amenazan con resquebrajar las paredes de nuestra convivencia pacífica.



LA URGENCIA DE RECONSTRUIR NUESTRA PAZ

Entramos así a la segunda parte de nuestra reflexión nacional. Y lo hacemos no con el ánimo destructivo del pesimista que solo sabe señalar defectos para justificar su inacción, sino con la esperanza activa del restaurador. Sabemos que las fracturas que hoy sufre nuestro tejido social —la desigualdad punzante, la exclusión silenciosa, el miedo que vacía nuestras calles y la sombra del crimen organizado— no son maldiciones inevitables del destino. Son problemas humanos que reclaman soluciones humanas. Como nos reta con tanta sensibilidad Maris Stella en la apertura de este capítulo, la transformación de este país no vendrá de una fórmula mágica dictada desde un escritorio lejano, sino de la disposición de cada uno de nosotros a cruzar la calle, a entregar una fracción de nuestro tiempo y a involucrarnos de corazón en la vida de quienes han quedado rezagados en la orilla del camino. Si logramos entender que el dolor del compatriota excluido es, en el fondo, nuestro propio dolor, habremos dado el primer gran paso para sanar a la nación.

Al asomarnos a la grieta de la desigualdad, lo primero que debemos desaprender es la costumbre de leer el sufrimiento del país únicamente a través de la frialdad de las estadísticas económicas. Es innegable que Costa Rica ha realizado esfuerzos titánicos y que los indicadores pueden mostrarnos destellos de luz. Saber que la reducción de la pobreza de hogares alcanzó un 15,2% en mediciones recientes es, sin duda, una noticia positiva que demuestra que los indicadores sociales pueden mejorar cuando hay voluntad y trabajo. No obstante, celebrar los promedios nacionales a menudo nos vuelve ciegos ante las realidades particulares que se esconden debajo de la superficie. Ese mismo país que exhibe logros admirables en sus zonas urbanas más integradas, convive con un coeficiente de desigualdad que sigue siendo una herida abierta y una preocupación relevante para la paz social.

Las brechas que separan a nuestras zonas urbanas centrales de las regiones rurales, costeras y fronterizas nos demuestran que el promedio nacional puede ocultar experiencias vitales dolorosamente distintas. Una Costa

Rica viaja a la velocidad de la fibra óptica, conectada con los mercados globales, construyendo torres de cristal y celebrando el éxito del talento bilingüe; mientras otra Costa Rica, a pocos kilómetros de distancia, camina por calles de lastre, estudia en escuelas con techos rotos y enfrenta cada amanecer con la angustia de no saber si habrá trabajo en la empacadora, en el campo o en el muelle. Esta no es una simple disparidad técnica; es un drama humano que desgarra el sentido de pertenencia a una misma bandera.

La igualdad de oportunidades, ese pilar moral que tanto nos enorgullece, no significa de ninguna manera que todos debamos obtener resultados idénticos al final del camino, pues la vida siempre premiará el talento, la disciplina y el esfuerzo individual. Lo que verdaderamente significa la igualdad de oportunidades es que el origen social, el barrio donde se nace o el código postal de una familia no determinen de manera rígida e ineludible el destino de un niño. Cuando una sociedad permite que la cuna dicte la tumba, cuando el ascensor de la movilidad social se detiene por falta de mantenimiento institucional, el pacto ciudadano se rompe. La cohesión nacional solo se fortalece y se vuelve indestructible cuando las personas, sin importar su procedencia, sienten en el alma que el progreso es posible y que las reglas del juego no están diseñadas maliciosamente para privilegiar únicamente a unos pocos.

Es fundamental que comprendamos, con una empatía que nos sacuda la indiferencia, lo que ocurre en el corazón y en la mente de un ser humano cuando se siente sistemáticamente excluido del banquete del progreso. La pobreza no es solo la falta de dinero para cubrir la canasta básica; la pobreza, en su dimensión más cruel, es la mutilación de la esperanza. Es el mensaje silencioso pero constante que la sociedad le envía a un joven diciéndole: “tú no importas, tú eres invisible, para ti no hay espacio en este proyecto de país”. Y el ser humano, por naturaleza, necesita desesperadamente pertenecer, necesita sentirse valorado, necesita una identidad y un propósito por el cual levantarse cada mañana.

Cuando el Estado se retira de los territorios más vulnerables, cuando las empresas formales no encuentran condiciones para instalarse y generar

empleo digno, y cuando los parques y centros comunales quedan en el abandono, se crea un vacío de poder y de sentido. Y en la vida social, los vacíos nunca permanecen desocupados por mucho tiempo. Es exactamente en este caldo de cultivo, abonado por la frustración y el resentimiento, donde el crimen organizado y el narcotráfico hunden sus raíces envenenadas. El narcotráfico, debemos entenderlo con absoluta claridad, no amenaza solamente la seguridad física de nuestras calles; su objetivo es mucho más perverso, pues intenta penetrar y corromper nuestras instituciones, asfixiar las economías locales y destruir las relaciones comunitarias más sagradas.

Imaginemos por un instante la realidad de un joven en uno de nuestros barrios marginados, un muchacho que ha visto a sus padres trabajar de sol a sol sin lograr salir de la precariedad, que asiste a un sistema educativo que no logra retenerlo, y que al asomarse a la calle no encuentra una sola oferta de empleo digno. De pronto, se detiene frente a él un vehículo lujoso, y una estructura criminal le ofrece dinero rápido, ropa de marca, un arma y, lo que es infinitamente más seductor y destructivo: una falsa sensación de poder, de "respeto" y de pertenencia a una "familia". Para un muchacho que se siente invisible, esa mano extendida desde la oscuridad puede parecer la única tabla de salvación en medio del naufragio social.

Este es el verdadero rostro de la tragedia que hoy enluta a tantas madres en nuestro país. La violencia asociada al crimen organizado no es una estadística policial más; se ha convertido, por mérito propio, en uno de los desafíos más graves y existenciales para la cultura de paz que históricamente ha definido a Costa Rica. Cada bala que se dispara en nuestros barrios no solo apaga una vida joven que debió estar en un aula o en una cancha de fútbol, sino que desgarra un pedazo de la infraestructura invisible de nuestra nación. Esa violencia siembra el terror, obliga a los vecinos honestos a encerrarse tras las rejas de sus casas al caer el sol, silencia a los líderes comunales por miedo a represalias y transforma espacios que alguna vez fueron de encuentro, en territorios sometidos a la intimidación y al toque de queda no declarado de las pandillas.

Nos equivocamos profundamente si creemos que este es un problema que

solo afecta a “otros”, a los que viven lejos, en los barrios periféricos o en las zonas costeras. La paz de una nación es indivisible. El miedo tiene la capacidad de filtrarse por debajo de las puertas blindadas y de escalar los muros de los condominios más exclusivos. Cuando amplios grupos perciben que el sistema está cerrado, que la legalidad es una ilusión y que la única forma de sobrevivir es mediante la fuerza, el cinismo y la desconfianza se apoderan del alma colectiva. Y un país que desconfía de sí mismo es incapaz de avanzar.

Es por ello que abordar la exclusión y la violencia no es una bandera de un partido político en particular, ni una simple discusión técnica sobre presupuestos de seguridad; es, ante todo, un imperativo moral y la batalla definitiva por el alma de Costa Rica. Necesitamos volver a sentir el dolor de nuestros compatriotas como propio, abandonar la comodidad de la indiferencia y abrazar la convicción de que la seguridad ciudadana más robusta no es la que se construye únicamente con patrullas y esposas, sino la que florece cuando un país entero decide, como un solo bloque, que no va a permitir que ninguno de sus hijos se quede atrás en la oscuridad del abandono.

Cuando caminamos por las calles de aquellos barrios donde la exclusión ha dejado sus marcas más profundas, es imposible no sentir un nudo en la garganta al ser testigos de las dificultades cotidianas que enfrentan miles de familias costarricenses. Vemos rostros cansados, manos curtidas por el esfuerzo que no siempre alcanza para llegar a fin de mes, y miradas de jóvenes que escudriñan el horizonte buscando una oportunidad que parece esquiva. Es una realidad dura, innegable, que nos golpea el alma. Sin embargo, en medio de esa adversidad, también somos testigos de una resiliencia conmovedora. Vemos a la madre que se levanta de madrugada para amasar pan y venderlo, al padre que camina kilómetros para ahorrar el pasaje del bus, y a la abuela que cuida a sus nietos con un amor infinito mientras sus hijos salen a buscar el sustento. Esa fuerza vital nos recuerda una profunda lección sobre la naturaleza humana y nuestra capacidad para enfrentar la adversidad.

Al respecto, las palabras del Doctor en Derecho, José Antonio Lozano

resuenan con una lucidez que ilumina esta reflexión:

"El dolor es inevitable, todos vamos a tener problemas en la vida, pérdidas de todo tipo siempre; en cambio, el sufrimiento es opcional. Cada uno decide si tenerlo."

Esta poderosa máxima nos invita a mirar la realidad de nuestra patria desde una perspectiva distinta. Es cierto que el dolor económico, las pérdidas materiales y las dificultades estructurales han golpeado a nuestro país, y es inevitable que, como sociedad en desarrollo, enfrentemos baches en el camino. Pero el sufrimiento, entendido como esa desesperanza crónica que nos paraliza, como esa resignación tóxica que nos convence de que no hay salida y de que la violencia o el crimen son los únicos caminos posibles, es una opción que podemos y debemos rechazar categóricamente. Y aquí es donde radica la magia del tejido humano: esa elección de no rendirse ante el sufrimiento no tiene por qué ser una batalla solitaria. Cuando una comunidad se une, cuando el Estado y la sociedad civil extienden una red de apoyo genuino, estamos ayudándole a ese joven, a esa madre, a ese vecino, a transformar su dolor en motor de superación. Le estamos diciendo: "tu dolor me importa, y juntos vamos a evitar que se convierta en un sufrimiento perpetuo".

Para que esa esperanza se materialice, debemos entender que la lucha contra la exclusión y la violencia no se libra en el aire de los discursos teóricos, sino en el suelo concreto de nuestros territorios. El territorio importa, y mucho: las políticas de Estado, el esfuerzo de las empresas y la mano solidaria del voluntariado deben concentrarse con urgencia en aquellas comunidades específicas donde históricamente se han acumulado la exclusión, la violencia y las falsas oportunidades del mundo criminal. No podemos seguir aplicando recetas genéricas para un país que tiene realidades tan diversas. Hay que ensuciarse los zapatos de polvo, hay que sudar la camisa y hay que estar presentes allí donde la necesidad aprieta con más fuerza.

Rescatar nuestros territorios significa devolverle la vida a la infraestructura social de los barrios. Durante demasiado tiempo, permitimos que el abandono apagara las luces de nuestros parques, que el óxido se comiera los juegos infantiles y que el silencio temeroso se apoderara de los salones comunales. Al retirarnos, le cedimos esos espacios sagrados de encuentro a las sombras del narcotráfico. Hoy, el acto de rebeldía cívica más grande que podemos emprender es volver a encender esas luces. La prevención real y efectiva exige muchísimo más que la simple —aunque necesaria— acción policial; exige una inversión masiva en educación, en empleo juvenil, en deporte, en cultura y en la recuperación vibrante del espacio público.

Imaginemos el impacto demoledor que tiene sobre las estructuras criminales el hecho de que un niño, en lugar de estar en una esquina ociosa aprendiendo los códigos de las pandillas, se encuentre en un centro comunal aprendiendo a tocar el violín, entrenando en una cancha de baloncesto iluminada y segura, o descubriendo la magia de la literatura en una biblioteca de barrio. Cada balón de fútbol que rueda en una plaza recuperada, cada pincelada de arte en un muro que antes estaba manchado de violencia, y cada mentoría que un adulto le brinda a un joven desorientado, son golpes certeros contra la delincuencia. Le estamos arrebatando a nuestros muchachos de las garras del crimen, no con la fuerza de las armas, sino con la fuerza invencible de la cultura, el afecto y la oportunidad.

Pero la cultura y el deporte, siendo bálsamos indispensables para el alma, deben ir acompañados de respuestas materiales concretas. No hay programa de prevención del delito que pueda sostenerse a largo plazo si no desemboca en la posibilidad real de ganarse el pan con la frente en alto. El empleo formal y digno es, sin lugar a dudas, el instrumento más poderoso de inclusión, de autonomía y de pacificación que conoce la humanidad. Cuando un joven logra insertarse en el mercado laboral formal, cuando recibe su primer salario fruto del esfuerzo honesto, no solo está llevando sustento a su mesa; está construyendo su propia identidad ciudadana. Siente que es útil, que su trabajo aporta al país y que tiene un lugar legítimo en la sociedad.

Por el contrario, la falta de oportunidades económicas es el viento que aviva las llamas de la inseguridad. Cuando amplios grupos de la población, especialmente nuestros jóvenes de las zonas costeras, rurales y urbano-marginales, perciben que el sistema económico formal es un club cerrado al que no tienen acceso, la frustración se acumula como agua en una represa a punto de reventar. Es en esa vulnerabilidad donde el crimen organizado se presenta disfrazado de "empleador", ofreciendo dinero fácil que, invariablemente, termina cobrándose con sangre y dolor.

Por ello, la alianza entre el Estado y la empresa privada es de vida o muerte para nuestra paz social. Las políticas económicas no pueden evaluarse únicamente por su rentabilidad financiera, sino por su capacidad para generar empleo donde más se necesita. Las empresas que asumen el riesgo de instalarse en zonas de menor desarrollo, que ofrecen programas de formación técnica para jóvenes sin experiencia y que abrazan la responsabilidad social no como una campaña de relaciones públicas, sino como un compromiso ético con su entorno, son verdaderos baluartes de la seguridad nacional. Cada empleo digno que se crea es una trinchera menos para la violencia y un ladrillo más en la construcción de la paz.

Finalmente, para que este andamiaje de prevención comunitaria y oportunidades económicas se sostenga, debe estar cimentado sobre una confianza absoluta en nuestras instituciones, y de manera muy particular, en nuestro sistema de administración de justicia. No hay nada que erosione más rápidamente el pacto de convivencia de un país que la percepción de que la ley es una telaraña que atrapa a los insectos pequeños pero que es destrozada por los grandes. Una justicia que es excesivamente lenta, que carece de los recursos necesarios para enfrentar al crimen organizado moderno, o que se muestra ineficaz a los ojos de la ciudadanía, se convierte, paradójicamente, en una fuente de impunidad.

Cuando el ciudadano honesto, aquel que se levanta de madrugada para trabajar y paga sus impuestos con sacrificio, observa que el delincuente que azota su barrio entra y sale de los juzgados como si las leyes fueran una broma de mal gusto, su espíritu se quiebra. Esa impunidad percibida alimenta el cinismo, debilita la confianza en el Estado de derecho y, en

el peor de los casos, empuja a las comunidades desesperadas hacia la peligrosa tentación de hacer justicia por mano propia. Defender la paz nacional exige que dotemos a nuestros tribunales y a nuestra policía de las herramientas legales, tecnológicas y presupuestarias necesarias para ser implacables contra el crimen organizado. Pero también exige que las instituciones rindan cuentas claras, que operen con transparencia y que le demuestren al ciudadano, con hechos y no con promesas, que en Costa Rica el crimen no paga y que la legalidad es el único camino.

La reconstrucción de nuestra paz cotidiana es, como hemos visto, una obra de relojería fina donde todas las piezas están conectadas. No podemos exigir seguridad si no ofrecemos oportunidades; no podemos pedir paz en las calles si toleramos la injusticia en los juzgados; y no podemos aspirar a vencer al narcotráfico si dejamos a nuestras familias y a nuestros barrios en el más absoluto de los abandonos. La lucha contra la exclusión social y la violencia es el reto supremo de nuestra generación. Nos demanda salir de nuestra zona de confort, mirar a los ojos a la Costa Rica que sufre y tender un puente de solidaridad que sea tan fuerte, tan ancho y tan resistente, que nadie, absolutamente nadie, se quede del otro lado del abismo.

En el umbral de este cierre reflexivo sobre la exclusión y la violencia, es necesario que nos detengamos a contemplar la herramienta más formidable que tiene Costa Rica para defenderse de sus demonios internos: la cohesión social. A menudo imaginamos que la defensa de la patria frente a las amenazas del crimen o la pobreza requiere armaduras y escudos de metal. Sin embargo, la historia humana, y en especial la nuestra, nos ha demostrado hasta la saciedad que el único escudo verdaderamente impenetrable es aquel que forjamos entrelazando nuestras vidas, reconociendo nuestra interdependencia y asumiendo que el bienestar de la nación es una responsabilidad compartida que no admite renuncias.

La cohesión social no es una meta abstracta para discursos de fin de año; es la fuerza gravitacional que impide que un país se desintegre. Se fortalece, de manera silenciosa pero poderosa, cada vez que una persona siente, en lo más íntimo de su ser, que el progreso económico, educativo y humano

es una posibilidad real para ella y para sus hijos. Esa certeza íntima es el oxígeno de la democracia. Por el contrario, cuando la percepción generalizada es que las reglas del juego —ya sean económicas, políticas o judiciales— han sido diseñadas con malicia para proteger los privilegios de unos pocos a expensas de la gran mayoría, la cohesión se resquebraja irremediablemente. Y un país fracturado por la desconfianza mutua es presa fácil para el populismo, la criminalidad y la desesperanza.

¿Cómo reconstruimos entonces ese tejido de confianza mutua en tiempos de tanta incertidumbre? La respuesta no yace en la magia, sino en el trabajo sostenido y coherente de todos los actores sociales. Requiere que volvamos a mirar a la educación pública con la reverencia de antaño, no como un gasto que hay que recortar, sino como la inversión sagrada que nos garantiza que el talento, y no el código postal, dictará el futuro de nuestros jóvenes. Requiere que el sector empresarial asuma su rol de motor de desarrollo con una ética impecable, entendiendo que la creación de riqueza pierde su brillo si no se traduce en salarios dignos y en oportunidades para las comunidades que los acogen. Requiere, además, que la justicia sea ágil, ciega ante el poder y contundente ante el delito, devolviéndole a la ciudadanía la certeza de que el Estado la protege y no la abandona.

Pero nada de esto será suficiente si nosotros, los ciudadanos, nos quedamos cruzados de brazos en la gradería esperando que el gobierno o las instituciones resuelvan los problemas por nosotros. La exclusión y la violencia no se combaten únicamente con leyes y presupuestos; se combaten con corazones encendidos y manos dispuestas a trabajar. Es aquí donde el llamado de Maris Stella resuena con una urgencia que no podemos ignorar: si tan solo dedicáramos una pequeña fracción de nuestro tiempo, de nuestro conocimiento o de nuestros recursos para acompañar a una persona en situación de vulnerabilidad, el impacto transformador sobre nuestra patria sería incalculable.

El trabajo pro bono, el voluntariado, la mentoría a un joven que está a punto de abandonar el colegio, el acompañamiento a una madre jefa de hogar que intenta sacar a flote su pequeño emprendimiento... estos no son simples actos de caridad; son actos supremos de construcción de nación.

Son la demostración viva de que nos negamos a aceptar la fatalidad de la pobreza, y de que estamos dispuestos a convertir nuestro dolor y nuestra indignación en acciones concretas que sanen.

Cada vez que un costarricense sale de su burbuja de comodidad para involucrarse en la realidad de un barrio marginado, está rompiendo el ciclo de la exclusión. Está tendiendo un puente sobre el abismo de la desigualdad. Y lo que es más importante aún: está recordándole a ese joven, a esa madre o a ese abuelo que han sido golpeados por la vida, que no están solos. Que su país los ve, los respeta y los necesita para salir adelante.

La paz de Costa Rica, esa paz que con tanto orgullo presumimos ante el mundo, no es una fotografía amarillenta en un álbum de recuerdos institucionales. Es una obra en construcción permanente, un edificio que demanda de nuestro sudor y nuestra inteligencia todos los días.

Frente a la sombra del narcotráfico, frente al frío de la pobreza y frente a la dureza de la desigualdad, nuestra mejor respuesta no será el miedo ni el encierro. Nuestra mejor respuesta será salir a la calle, mirarnos a los ojos con la franqueza de quienes comparten un mismo destino, y volver a confiar, de manera terca y decidida, en la fuerza invencible de nuestra gente.

Porque al final de este recorrido, cuando miremos hacia atrás y juzguemos las decisiones que tomamos en esta encrucijada histórica, no seremos medidos por las veces que nos quejamos de la oscuridad, sino por la cantidad de luces que tuvimos el coraje de encender en medio de la noche. Y esa luz, hoy más que nunca, depende de nosotros.

Capítulo 5

LA NUEVA PLAZA PÚBLICA

"Dialogar no es transigir, dialogar no es que usted me convenza a mí y yo lo convenza a usted, dialogar es escuchar y que a mí me escuchen. Nada más, eso es todo."

— José Chacón, Teólogo

Quienes ya acumulamos suficientes años y canas como para haber visto a nuestro país transformarse en repetidas ocasiones, nos enfrentamos a menudo a una tentación muy peligrosa: la de mirar el mundo moderno con el ceño fruncido, juzgando a las nuevas generaciones desde la atalaya de una nostalgia que, seamos honestos, a veces idealiza un pasado que nunca fue perfecto. Es sumamente fácil sentarse en el corredor de la casa, observar a los jóvenes con la mirada fija en las pantallas luminosas de sus teléfonos y concluir, con un suspiro de resignación, que la juventud está perdida y que los valores de nuestra Costa Rica se han evaporado en el ciberespacio. Sin embargo, a lo largo de incontables conversaciones y de escuchar a miles de compatriotas, he llegado a una convicción diametralmente opuesta. Nuestros jóvenes no están perdidos; simplemente habitan, construyen y defienden sus identidades en una nueva plaza pública que a los mayores nos resulta vertiginosa, un territorio digital donde las reglas de la convivencia se reescriben todos los días a la velocidad de la luz.



LA ERA DEL DESENCUENTRO DIGITAL

Hagamos el ejercicio de recordar cómo era nuestra plaza pública hace tan solo un par de décadas. El punto de encuentro por excelencia era físico y tangible: era el parque frente a la iglesia donde se daban las primeras miradas de cortejo, era la pulpería de la esquina donde se arreglaba el mundo entre la compra del pan y el café, era la mesa larga del domingo en la casa de los abuelos, y era la acera donde los vecinos sacaban sus sillas al final de la tarde para conversar mientras caía el sol. En esos espacios, la comunicación tenía un ritmo humano, pausado, que nos obligaba a mirarnos a los ojos. Si surgía un desacuerdo político o una diferencia de opinión sobre el rumbo del país, la propia cercanía física y el conocimiento mutuo actuaban como un freno natural contra el insulto desmedido. Sabíamos que, al día siguiente, tendríamos que volver a cruzarnos en la misma acera con esa persona, y esa simple certeza nos obligaba a mantener un piso mínimo de cortesía y respeto cívico.

Hoy, la plaza pública se ha trasladado a la palma de nuestras manos, y con ella, las dinámicas de nuestra interacción social han sufrido un sismo de proporciones históricas. Las redes sociales y las plataformas digitales no son intrínsecamente malas; de hecho, han democratizado la palabra, permitiendo que voces que históricamente fueron marginadas o silenciadas encuentren hoy un altavoz poderoso para exigir justicia, visibilizar la exclusión y organizar la solidaridad a una velocidad nunca antes vista. El problema fundamental radica en que la abundancia infinita de información que hoy consumimos no garantiza, bajo ninguna circunstancia, que estemos adquiriendo verdadero conocimiento; por el contrario, esta saturación puede coexistir perfectamente con la desinformación más cruda, con la manipulación emocional y con la pérdida absoluta de contexto. Estamos más conectados que nunca en la historia de la humanidad, pero paradójicamente, corremos el riesgo de estar cada vez más solos, más aislados en nuestras propias burbujas de pensamiento y más sordos ante el sufrimiento ajeno.

El gran drama de esta nueva plaza pública es que no está diseñada para el encuentro pausado que requiere la democracia, sino para la reacción

inmediata. Las redes sociales operan bajo lógicas y algoritmos que premian económicamente la velocidad, la indignación desbordada y la simplificación extrema de los mensajes, lo que inevitablemente termina intensificando la polarización de nuestra sociedad. El algoritmo no quiere que usted reflexione; quiere que usted reaccione, que se enoje, que comparta su furia con un clic, porque la furia retiene su atención en la pantalla. Es en este ecosistema donde la crítica política y el debate de ideas —que son tan indispensables para el progreso de cualquier nación— han comenzado a degenerar hacia la destrucción personal. En la lejanía esterilizada que proporciona el anonimato digital, resulta aterradoramente fácil deshumanizar al otro, reducir la vida entera de un ser humano a un simple titular tendencioso y lanzar la primera piedra sin tener que mancharnos las manos ni ver el rostro de dolor de quien recibe el golpe.

Este entorno digital agresivo ha comenzado a cobrarse facturas muy caras en nuestro tejido humano. Hemos visto amistades de toda una vida fracturarse irremediablemente por una discusión encendida en un grupo de mensajes; hemos visto familias enteras que ya no pueden sentarse a compartir una cena de Navidad sin que la política se convierta en una trinchera de reproches; y vemos, con profunda preocupación, cómo una parte de la juventud, cansada de presenciar este espectáculo de intolerancia adulta, opta por alejarse de la participación cívica con una mezcla de apatía y desencanto. Para sobrevivir a este asalto algorítmico contra nuestra paz mental y nuestra cohesión social, necesitamos emprender un acto de valentía y disciplina interior sin precedentes. Como lo expresa el químico y empresario Ricardo Gerli con una franqueza que golpea nuestras conciencias:

"Para llenarte de lo que vale, tenés que vaciarte de la basura. Hay que cambiar piezas desde adentro."

Esta es, quizás, la tarea más urgente que tenemos como ciudadanos en las próximas décadas: vaciarnos de la basura del odio digital, de la suspicacia enfermiza que nos hace ver conspiraciones en cada esquina, y del morbo que se alimenta de la desgracia ajena, para poder llenarnos nuevamente de la empatía, la paciencia y la lucidez que requiere la reconstrucción de nuestro país. Hay que cambiar piezas desde adentro, como bien dice Gerli, porque el pluralismo y la tolerancia no son aplicaciones que se puedan descargar en un teléfono inteligente; son virtudes humanas que exigen renuncia, humildad y un esfuerzo consciente por domar nuestros propios prejuicios. El pluralismo auténtico parte de una premisa que golpea directamente el ego humano: el reconocimiento absoluto de que ninguna persona, ningún partido, ningún sector económico ni ninguna generación posee el monopolio de la verdad política, económica o moral de una nación.

Es aquí donde el sabio concepto de diálogo que nos regala el teólogo José Chacón en la apertura de este capítulo cobra una dimensión casi curativa. Nos han hecho creer que dialogar en la esfera pública es una especie de batalla retórica donde el éxito se mide por la capacidad de humillar al adversario, de dejarlo sin palabras o de imponer nuestra visión del mundo a toda costa. Pero como él nos recuerda, dialogar no es transigir, ni es una competencia desesperada por convencer al otro; dialogar es, en su forma más pura y revolucionaria, el acto de escuchar genuinamente y de permitirnos ser escuchados. Escuchar no significa en lo absoluto renunciar a nuestras convicciones más profundas; significa tener la estatura moral para aceptar que la persona que tenemos enfrente —incluso si milita en la acera política opuesta o si pertenece a una generación distinta— merece una respuesta articulada y no una caricatura grotesca elaborada para ganar aplausos fáciles en una red social.

El desacuerdo democrático es el motor del progreso. Un país donde todos piensan igual no es una nación en paz, es un cementerio de ideas. Sin embargo, la línea que separa el desacuerdo constructivo de la guerra civil emocional es muy delgada. Para no cruzarla, el debate debe concentrarse de manera rigurosa y disciplinada en las ideas, en las evidencias palpables y en las consecuencias de las políticas públicas, jamás en el

intento sistemático de destruir las reputaciones personales de quienes no comparten nuestra visión. Cuando convertimos al opositor político en un enemigo moral, justificamos internamente cualquier medio para aniquilarlo, y en ese preciso instante, la democracia comienza a cavar su propia tumba. La Costa Rica cálida y civilista que heredamos nos exige que seamos guardianes celosos de esa frontera ética, recordando cada vez que encendemos una pantalla o tomamos un micrófono, que la palabra tiene el poder supremo de construir puentes sobre los abismos o de incendiar la casa que nos cobija a todos.

EL PUENTE INTERGENERACIONAL

Para que esa nueva plaza pública de la que hablamos no se convierta en una torre de Babel donde las generaciones adultas y las juventudes gritan en frecuencias incompatibles, necesitamos tender un puente urgente de entendimiento mutuo. Con demasiada frecuencia, los adultos caemos en la cómoda tentación de mirar a las nuevas generaciones con un aire de condescendencia, interpretando su rebeldía, sus nuevas formas de lenguaje, sus demandas ecológicas y su relación distinta con el trabajo como una simple falta de disciplina o de respeto por la tradición. Este es un error de diagnóstico monumental. Los jóvenes no están rechazando los valores fundamentales de la convivencia costarricense; lo que están haciendo es exigirnos, con la vehemencia propia de su edad, que seamos coherentes entre los discursos cívicos que les enseñamos en las aulas y las realidades injustas que observan todos los días en la vida nacional.

Las juventudes actuales portan una sensibilidad extraordinaria ante los grandes problemas globales y locales. Son profundamente críticos frente a la corrupción sistémica, experimentan una urgencia existencial ante la crisis ambiental que amenaza el planeta, y defienden con firmeza una visión de la dignidad humana mucho más amplia e inclusiva que la que conocieron nuestros abuelos. Cuando un joven alza la voz exigiendo cambios estructurales, no está intentando destruir la patria; está clamando por una patria que esté a la altura de sus sueños. Por lo tanto, el diálogo intergeneracional no puede consistir en un monótono ejercicio donde los

mayores nos limitamos a dar lecciones magistrales sobre cómo se hacían las cosas antes. El verdadero diálogo exige que los adultos abramos los oídos y el corazón para aprender de la frescura, la creatividad y el talento digital que las nuevas generaciones aportan a la mesa de la discusión nacional.

Al mismo tiempo, es indispensable que los jóvenes comprendan que la construcción de una sociedad no se improvisa a golpe de tuits ni se resuelve con la indignación momentánea de una tendencia digital. La experiencia acumulada por quienes han recorrido un camino más largo es un tesoro indispensable para evitar repetir los errores del pasado. Las transformaciones reales, esas que logran modificar la estructura de una economía o consolidar una institución democrática, exigen paciencia, tenacidad, capacidad de negociación y, sobre todo, la disposición a soportar la frustración de los procesos lentos. Cuando unimos la energía inagotable, la audacia y la visión de futuro de la juventud con la sabiduría, la templanza y la memoria histórica de los mayores, Costa Rica se vuelve invencible. No se trata de imponer una visión generacional sobre la otra; se trata de fusionar ambas fuerzas para tejer el porvenir.

En este punto es necesario detenernos a reflexionar sobre una de las ilusiones más peligrosas que ha traído la cultura digital: la creencia de que dar "me gusta" a una publicación, compartir un vídeo indignante o dejar un comentario crítico en una red social equivale a un compromiso ciudadano real. Las plataformas tecnológicas nos han convencido de que somos activistas políticos de primera línea simplemente porque pasamos horas opinando sobre los problemas del país desde la comodidad de un sillón. Esta trampa del activismo de pantalla produce una falsa sensación de participación que a menudo termina ahogando la verdadera acción cívica, aquella que exige esfuerzo físico, presencia real y sacrificio en el mundo tangible.

Es aquí donde cobra una fuerza gigantesca la reflexión que nos comparte el psicólogo Mauricio Solís, recordándonos con absoluta precisión los límites y el valor de nuestra voz ciudadana:

"Las historias no se construyen con opiniones... tu opinión en los medios de comunicación o en las redes sociales es valiosa, pero no es tan importante como tu voto."

Esta frase encapsula una verdad fundamental que debemos grabar a fuego en la conciencia de las nuevas generaciones y de la ciudadanía en general. Las opiniones digitales son efímeras; se las lleva el viento del siguiente algoritmo en cuestión de segundos. No construyen escuelas, no llevan agua potable a las comunidades, no sostienen hospitales ni eligen rumbos duraderos para la república. La verdadera historia de Costa Rica se ha escrito siempre en el terreno de las decisiones conscientes, en el esfuerzo cotidiano de las comunidades, y de manera muy especial, en ese acto solemne, secreto y poderoso que es el sufragio universal.

Cuando un ciudadano toma la papeleta electoral el día de las elecciones, está ejerciendo la forma más alta de poder político en una democracia. Está asumiendo una responsabilidad intransferible. La democracia no sobrevive con opinadores profesionales dedicados a señalar lo que otros hacen mal desde la comodidad de una pantalla; sobrevive con ciudadanos de carne y hueso que investigan, que discuten con respeto, que se informan con rigor y que luego acuden pacíficamente a las urnas para elegir a sus representantes con la convicción de que su voto es una semilla de futuro. En las próximas décadas, el gran reto educativo y cívico de nuestro país consistirá precisamente en rescatar a la ciudadanía del letargo digital, devolviéndole la fe en el poder transformador de la acción real, del trabajo comunitario y de la participación electoral responsable.

HACIA UNA CIUDADANÍA DIGITAL MADURA Y CONSCIENTE

Aceptar la llegada de la era digital y sus nuevas plazas públicas no significa, bajo ninguna circunstancia, que debamos rendirnos ante la toxicidad, la mentira y el atropello verbal como si fueran los precios inevitables del "progreso tecnológico". Del mismo modo en que una sociedad aprende a regular el tránsito en sus calles para evitar que la velocidad cause tragedias, o establece normas de sanidad para proteger la salud de sus habitantes, la

ciudadanía del siglo XXI tiene la urgencia inaplazable de desarrollar una sólida alfabetización mediática y una ética digital compartida.

Alfabetización mediática no significa censurar contenidos ni restringir la libertad de expresión, que es y seguirá siendo un pilar sagrado de nuestra democracia. Significa dotar a las personas —empezando por los niños en las escuelas y colegios— de las herramientas críticas necesarias para aprender a verificar la información, a dudar de las noticias sensacionalistas diseñadas para manipular el miedo, a reconocer los sesgos ideológicos y a diferenciar con claridad los hechos contrastables de las meras opiniones interesadas. Un ciudadano educado digitalmente es un escudo impenetrable contra la manipulación demagógica y el extremismo algorítmico.

Asimismo, es hora de que comencemos a exigirnos a nosotros mismos y a nuestros líderes públicos un estándar ético en el uso de la palabra digital. Quien ostenta un liderazgo político o social y utiliza sus redes sociales para sembrar odio, denigrar a sus adversarios o propagar falsedades deliberadas, no está ejerciendo la libertad de expresión; está violando la confianza pública y envenenando el pozo del cual bebemos todos. La nueva plaza pública digital solo madurará el día en que la propia ciudadanía, con su criterio y su rechazo categórico a la bajeza moral, comience a premiar la altura intelectual, el argumento fundamentado y la vocación de acuerdo, dejando en el aislamiento y la irrelevancia a quienes solo buscan el aplauso fácil a través de la ofensa.

EL PESO DE LA PALABRA

Frente a la inmensidad de este reto que nos plantea la nueva plaza pública digital, resulta ineludible volver la mirada hacia quienes ostentan la responsabilidad de guiar los destinos del país, de las comunidades y de las organizaciones. En tiempos de alta volatilidad emocional, el liderazgo no puede limitarse a la simple gestión administrativa o a la toma de decisiones técnicas; el liderazgo adquiere, por encima de todo, una dimensión profundamente pedagógica. Todo líder educa a través de su ejemplo, incluso cuando no tiene la intención consciente de hacerlo. Sus palabras, sus silencios, su tono de voz y la

manera en que trata a quienes se le oponen establecen un estándar de conducta que rápidamente permea hacia el resto del tejido social.

Es una tremenda ilusión óptica exigirle a nuestra juventud, o al ciudadano común, que debata con altura y respeto en las redes sociales si al encender la televisión o abrir el periódico observa a sus representantes políticos, a sus analistas o a sus figuras públicas enfrascados en una guerra de insultos, sarcasmos y descalificaciones personales. Cuando la máxima autoridad de una institución, el director de un medio de comunicación o el líder de un movimiento social utiliza el micrófono para humillar al adversario, no solo está ofendiendo a una persona en particular; está autorizando moralmente a miles de sus seguidores para que hagan exactamente lo mismo en sus espacios cotidianos. El liderazgo que utiliza la burla como arma política siembra un viento tóxico que la sociedad entera terminará cosechando en forma de tempestades de intolerancia.

Por el contrario, el liderazgo verdaderamente responsable, aquel que el país necesita con desesperación para las próximas décadas, es el que comprende que su primera y más sagrada misión es reducir la temperatura del conflicto nacional. Costa Rica clama por liderazgos constructivos, por hombres y mujeres que tengan la valentía de ser puentes en un mundo que premia a quienes cavan trincheras. En la era de la polarización algorítmica, la moderación ha dejado de ser una postura tibia o cobarde para convertirse en el acto de rebeldía intelectual más grande de nuestro tiempo. Se requiere de un coraje monumental para mantener la calma, para exigir argumentos basados en la evidencia y para invitar al diálogo reflexivo cuando la gradería entera está pidiendo sangre y espectáculo.

Esa valentía de la moderación es el único camino viable para forjar los acuerdos que nuestra patria demanda con urgencia. Los problemas estructurales que arrastramos —el desempleo, la inseguridad, la deuda fiscal, el rezago educativo— son de una complejidad tal que ningún sector político o ideológico posee la fuerza ni la sabiduría suficientes para resolverlos en solitario. Necesitamos del talento de todos. Y para que ese talento fluya, es indispensable crear espacios psicológicos y políticos seguros donde las personas puedan sentarse a negociar sin el temor a ser

aniquiladas en la plaza pública digital al primer asomo de flexibilidad.

Negociar y llegar a acuerdos en una democracia no es sinónimo de claudicación de principios ni de debilidad de carácter; es la esencia misma de la civilidad. Quien se sienta a la mesa de diálogo convencido de que su única misión es imponer el cien por ciento de su agenda sobre el otro, no está buscando un acuerdo; está buscando una rendición incondicional. Y en las sociedades libres y democráticas, nadie se rinde incondicionalmente sin que el tejido social se fracture. El verdadero arte de la política civilizada consiste en encontrar ese punto de intersección donde las aspiraciones legítimas de sectores divergentes logran un mínimo común denominador que permita al país dar el siguiente paso hacia adelante.

Para lograr esto, debemos desterrar la cultura de la "cancelación", esa práctica implacable que busca borrar del mapa social a quien comete un error, a quien expresa una opinión impopular o a quien no se alinea perfectamente con la ortodoxia del momento. Una sociedad que no perdona, que no permite la rectificación, que juzga el pasado de las personas con la superioridad moral del presente y que lapida a sus disidentes en la plaza de las redes sociales, es una sociedad que respira miedo. Y el miedo es el peor consejero posible para el desarrollo de una nación. Necesitamos cultivar un entorno donde el disenso sea celebrado como una muestra de vitalidad democrática, y donde el error sea visto como una oportunidad genuina de aprendizaje, no como una condena a muerte civil.

Sin embargo, sería un gravísimo error descargar toda esta responsabilidad ética exclusivamente sobre los hombros de los políticos, los magistrados o los grandes empresarios. La nueva plaza pública no solo está compuesta por los grandes foros nacionales; se construye todos los días en la intimidad de nuestros círculos más cercanos. Cada uno de nosotros ejerce un nivel de liderazgo fundamental en su propio entorno. El padre de familia, la madre, la maestra de escuela, el entrenador del equipo del barrio, el jefe de una pequeña oficina... todos somos líderes y todos tenemos el poder de pacificar o de incendiar nuestro pedacito de Costa Rica.

Preguntémonos con total honestidad: ¿cómo hablamos en la mesa de nuestra casa sobre las personas que piensan distinto a nosotros? ¿Qué lenguaje utilizamos frente a nuestros hijos o nietos cuando nos referimos al vecino que pertenece a otro partido político, o al ciudadano que defiende valores con los que no comulgamos? Si nuestras conversaciones de sobremesa están cargadas de veneno, de desprecio y de caricaturas crueles hacia el que piensa distinto, no nos asombremos después si nuestros jóvenes replican esa misma dinámica despiadada en las pantallas de sus teléfonos. La tolerancia y el respeto por la pluralidad no se inyectan mediante campañas publicitarias del Estado; se maman en el hogar, se observan en la conducta diaria de los adultos y se asimilan a través de la coherencia entre lo que exigimos del mundo y lo que practicamos en la sala de nuestra casa.

Si queremos sanar la plaza pública, debemos comenzar por sanar nuestras propias conversaciones. Debemos atrevernos a invitar a tomar un café a ese amigo o a ese pariente del que nos distanciamos por una acalorada discusión política durante las últimas elecciones. Debemos hacer el ejercicio consciente y deliberado de consumir información que desafíe nuestras certezas, de leer las columnas de opinión de aquellos autores con los que rara vez coincidimos, no para enojarnos, sino para intentar comprender la estructura de sus argumentos. Solo cuando rompemos el cerco de nuestra propia comodidad intelectual y nos atrevemos a mirar el mundo a través de los ojos del otro, comenzamos a desactivar la bomba de tiempo de la polarización.

EL REGRESO AL ENCUENTRO FÍSICO Y A LA HUMANIDAD COMPARTIDA

Al final del día, ninguna pantalla iluminada, ningún algoritmo de Silicon Valley y ninguna red social, por más sofisticada que llegue a ser en el futuro, podrá sustituir la magia profundamente transformadora del encuentro físico entre seres humanos. El mundo digital es una herramienta formidable, un territorio que debemos habitar con inteligencia, ética y responsabilidad, pero jamás debemos permitir que se convierta en el único escenario de nuestra existencia cívica.

Para sobrevivir a la frialdad algorítmica y agresiva del mundo virtual, Costa Rica necesita volver al calor del mundo real. Necesitamos que las calles, los parques, los teatros, las plazas de deportes y los salones comunales vuelvan a llenarse del bullicio de nuestra gente. Necesitamos vernos las caras, darnos la mano, escuchar las inflexiones de nuestras voces, percibir el dolor real en los ojos de quien sufre y celebrar con abrazos genuinos los triunfos de nuestros compatriotas. En el contacto físico, en la proximidad de los cuerpos, la deshumanización se vuelve casi imposible. Es muy fácil desearle el mal a un seudónimo anónimo en internet; es infinitamente más difícil, casi contra natura, negarle un vaso de agua o una sonrisa a la persona de carne y hueso que tenemos frente a frente.

Ese es el reto de entendernos en estos tiempos de desencuentro. La nueva plaza pública es un desafío formidable, pero no es un destino ineludible de división. Tenemos en nuestro ADN histórico la memoria de una nación que supo cambiar las bayonetas por los pupitres, que supo disolver sus mayores tensiones sociales mediante el diálogo en las mesas de negociación y que encontró en el abrazo solidario su mejor escudo contra la adversidad. Hoy, ese mismo espíritu civilista y conciliador nos llama a emprender una nueva gesta: la pacificación de nuestras palabras y la reconquista de nuestra capacidad de escucha.

El futuro de Costa Rica y la solidez de nuestra convivencia no dependerán de cuántos “me gusta” acumulemos en una red social, ni de la velocidad con la que nuestros mensajes se hagan virales. Dependerán, pura y exclusivamente, de nuestra capacidad colectiva para mirarnos de nuevo con misericordia, para perdonar las ofensas, para tolerar con gracia nuestras inevitables diferencias y para recordar, cada vez que estemos a punto de escribir una ofensa en un teclado, que del otro lado de la pantalla hay un hermano costarricense que también, a su manera y con sus propias heridas, ama profundamente a esta patria y anhela verla prosperar. Si logramos interiorizar esa verdad, habremos salvado nuestra plaza pública, y con ella, habremos salvado el alma misma de la República.

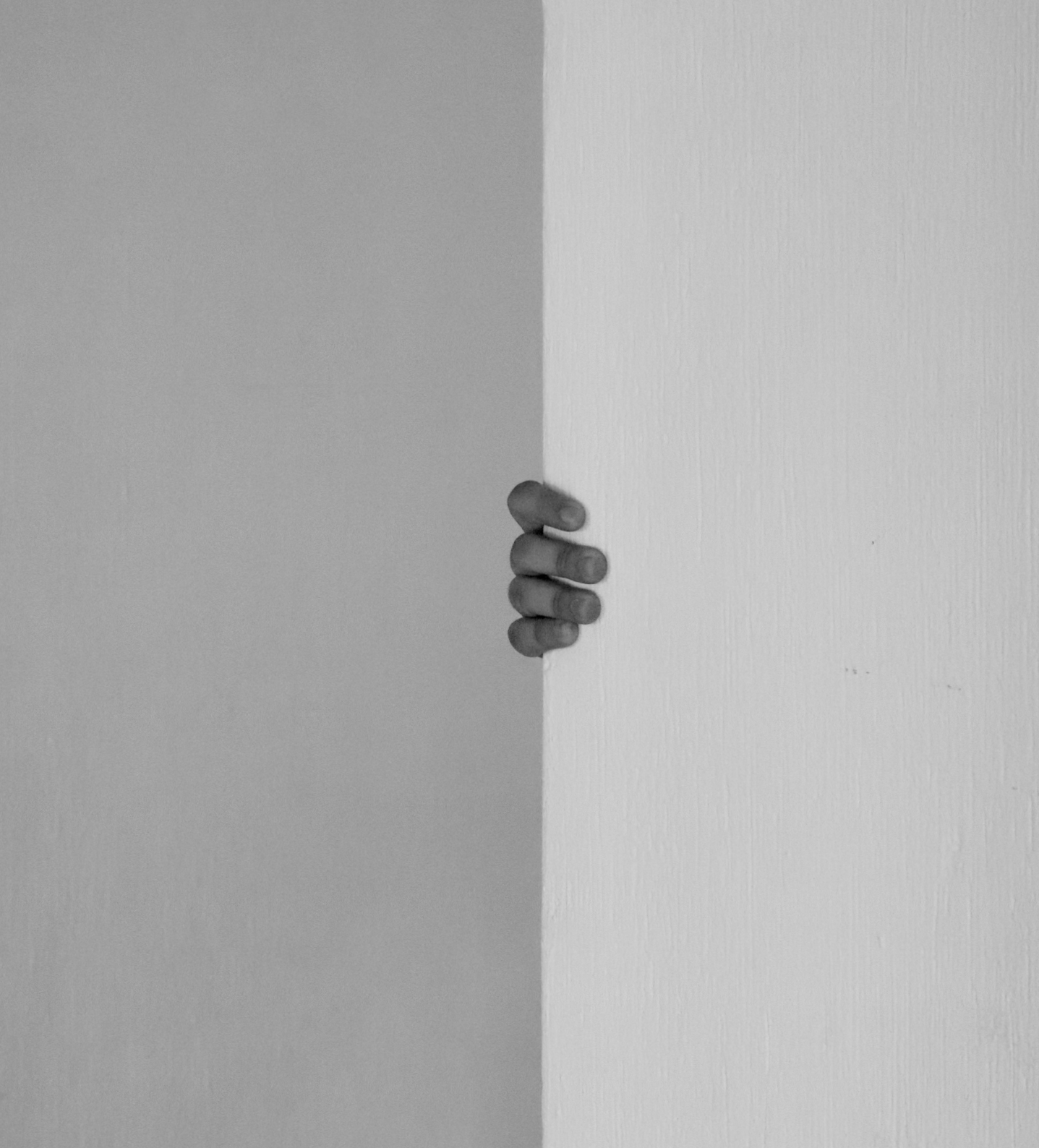
Capítulo 6

EL DÉFICIT DE CREDIBILIDAD

"Cuidemos de no confundir verdad con percepción, porque la verdad relativa no existe; existe una percepción diferente de la realidad, pero eso no cambia la realidad."

— Rolando Castro, Administrador

A lo largo de mi vida he tenido el inmenso privilegio de caminar por muchas de las aceras de nuestro país, de sentarme en las mesas de toma de decisión de los sectores público y privado, y, más recientemente, de abrir los micrófonos para escuchar las voces de cientos de compatriotas que nos han acompañado en este esfuerzo por entender los retos de nuestro siglo. Si tuviera que resumir en una sola frase el sentimiento más doloroso, repetitivo y abrumador que he recogido de todas esas conversaciones, sería una confesión que se pronuncia a veces con enojo y otras con una profunda tristeza: "Yo ya no creo". Esa breve oración encierra el que, a mi juicio, es el desafío más complejo y peligroso que enfrentamos como nación en las próximas décadas. El déficit de credibilidad en nuestras instituciones y en la vida política no es un simple malestar pasajero ni un dato frío en las encuestas de opinión; es una fractura sísmica en la infraestructura invisible de Costa Rica. Cuando el ciudadano deja de creer en quienes toman las decisiones, el puente que une al Estado con la sociedad se desploma, y sobre las ruinas de esa confianza rota, resulta imposible construir cualquier proyecto de desarrollo nacional.



EL DESGASTE DE NUESTRA FE CIUDADANA

Retomemos el concepto central que le da título a estas páginas: el reto de confiar. La confianza, como hemos reflexionado en capítulos anteriores, es el cemento emocional y operativo de cualquier democracia sana. Le entregamos el poder a un grupo de personas a través del voto, pagamos nuestros impuestos con el sudor de la frente y delegamos la administración de nuestra seguridad, nuestra salud y nuestra educación, bajo la premisa sagrada de que quienes asumen esos cargos actuarán con probidad, transparencia y un sentido inquebrantable del bien común. Sin embargo, la historia reciente nos ha dejado cicatrices profundas. Los escándalos de corrupción, la ineficiencia burocrática crónica, las promesas de campaña que se desvanecen al día siguiente de las elecciones y la desconexión evidente entre las prioridades de los despachos gubernamentales y las urgencias de los barrios, han ido vaciando la reserva moral de la República. El ciudadano de a pie, aquel que hace malabares para llegar a fin de mes, siente que el sistema ha sido secuestrado por intereses que le son ajenos y, en consecuencia, retira su fe.

Para abordar esta crisis con la madurez que la gravedad del momento exige, es vital que atendamos la advertencia de Rolando Castro cuando nos dice con agudeza: “Cuidemos de no confundir verdad con percepción, porque verdad relativa no existe; existe una percepción diferente de la realidad, pero eso no cambia la realidad”. Esta distinción es fundamental para no caer en los extremos del cinismo absoluto ni de la negación ciega. Por un lado, la clase política y dirigencial a menudo comete el gravísimo error de tratar de curar el déficit de credibilidad con campañas de relaciones públicas, argumentando que el descontento ciudadano es tan solo una “mala percepción” alimentada por la prensa o las redes sociales. Pero como bien señala Castro, la percepción no altera la verdad de los hechos. Si un puente no se construye después de años de adjudicaciones fallidas, si una cita médica llega cuando la enfermedad ya es irreversible, o si los recursos públicos se desvían impunemente hacia bolsillos privados, eso no es una percepción; es una realidad dolorosa y objetiva que destruye la credibilidad del Estado. Pretender tapar las grietas de la ética pública

con discursos vacíos es un insulto a la inteligencia del costarricense.

Al mismo tiempo, la verdad de nuestra realidad nacional exige que reconozcamos que el Estado costarricense, con todas sus enormes fallas, no es un ente monolítico de corrupción, y que la inmensa mayoría de los servidores públicos son personas honestas que intentan hacer su trabajo en medio de un entramado legal asfixiante. El problema es que las fallas éticas de unos pocos, sumadas a la ineficiencia sistémica, han contaminado la mirada con la que juzgamos el todo. Y es aquí donde debemos profundizar en el concepto de "crisis de ética", porque solemos reducir la corrupción exclusivamente al acto ilícito de robar dinero del erario público. El robo material es, por supuesto, un crimen gravísimo que debe ser perseguido con todo el peso de la ley, pero la crisis ética que padecemos es mucho más amplia, silenciosa y corrosiva.

Falta a la ética el político que, en el fervor de una tarima electoral, promete soluciones mágicas a sabiendas de que son financiera y legalmente imposibles de cumplir, jugando de manera perversa con la esperanza de los más vulnerables. Falta a la ética el funcionario que engaveta un trámite por pura desidia, paralizando el emprendimiento de una familia que ha invertido los ahorros de toda su vida para salir adelante. Falta a la ética el legislador que antepone el cálculo político de corto plazo —el miedo a perder votos en la próxima elección— a la aprobación de reformas urgentes que el país necesita para no hipotecar su futuro. Y falta a la ética, también, el ciudadano del sector privado que busca evadir sus responsabilidades fiscales o que ofrece una dádiva para saltarse la fila en una licitación, porque la corrupción es un tango que siempre se baila de a dos. Cuando todas estas pequeñas y grandes transgresiones se normalizan y quedan en la impunidad, el mensaje que recibe la sociedad es devastador: en este país, el que respeta las reglas es un ingenuo, y el que las rompe, un triunfador.

¿Cómo llegamos a este punto de distanciamiento tan profundo entre el ciudadano y sus instituciones? ¿Cómo fue que el Estado, que alguna vez fue visto como el gran motor del ascenso social y el orgullo de la nación, pasó a ser percibido por muchos como un adversario indolente? Gran parte de la respuesta radica en una desconexión histórica y humana que

ha ido creciendo en silencio. El teólogo José Chacón ilumina esta tragedia con una reflexión que, aunque formulada para un contexto global, retrata a la perfección nuestra dinámica interna:

> *"El problema que tenemos en el mundo es un problema de analfabetismo cultural, es decir, no conocemos la historia de aquellos países y ellos no conocen nuestra historia."*

Si aplicamos este "analfabetismo cultural" a nuestra realidad doméstica, descubriremos que el Estado y la ciudadanía han comenzado a comportarse como dos países extranjeros que habitan un mismo territorio, pero que ignoran por completo la historia y el idioma del otro. Por un lado, tenemos a una clase dirigencial y política que, encerrada en sus burbujas de poder, ha perdido el contacto con la historia cotidiana de la gente. Hablan en un lenguaje de acrónimos, de macroeconomía, de déficit fiscal primario y de reglamentos técnicos, olvidando que detrás de cada una de esas cifras hay historias humanas de angustia, de hambre y de sueños postergados. No conocen la historia del agricultor que pierde su cosecha por falta de crédito, ni la de la madre soltera que no puede salir a trabajar porque el Estado no le ofrece una red de cuido segura para sus hijos. Al no conocer ni sentir la historia del otro, las decisiones se toman desde una frialdad burocrática que resulta ofensiva para quien sufre las consecuencias.

Pero este analfabetismo cultural opera también en la vía contraria. Como ciudadanos, hemos ido perdiendo la memoria histórica del titánico esfuerzo que requirió construir las instituciones de las que hoy gozamos. A las nuevas generaciones se les ha privado del conocimiento profundo sobre cómo, en medio de grandes limitaciones, nuestros antepasados fundaron un sistema de salud universal, un tribunal electoral independiente o un modelo de electrificación que iluminó hasta el último rincón de nuestras montañas. Al desconocer la historia de nuestras propias instituciones, al olvidar el porqué de su existencia y el sacrificio humano que demandó su creación, nos resulta terriblemente fácil ceder a la tentación populista de querer dinamitarlas por completo ante el primer fallo, en lugar de asumir

la laboriosa y ciudadana tarea de exigir su reforma y su modernización.

El déficit de credibilidad se nutre precisamente de esta amnesia recíproca. El gobernante desconfía del ciudadano al que ve como un simple contribuyente o un número en la urna, y el ciudadano desconfía del gobernante al que percibe como un administrador de privilegios ajenos. Romper este círculo vicioso de desconfianza requerirá mucho más que nuevas leyes anticorrupción o auditorías externas; exigirá que volvamos a sentarnos en la misma mesa para alfabetizarnos mutuamente, para reconocer que el destino del despacho gubernamental está atado de manera indisoluble al destino del barrio más humilde, y que la única forma de recuperar la fe pública es mediante un ejercicio radical, constante y casi obsesivo de transparencia, coherencia y verdad institucional.

Si aceptamos que el Estado y la ciudadanía han comenzado a padecer ese peligroso analfabetismo cultural del que hablábamos, el primer paso para volver a entendernos debe ser la restauración de la transparencia. Pero es vital que saquemos la palabra "transparencia" del congelador burocrático en el que la hemos metido. Hoy en día, muchas instituciones creen que ser transparentes consiste en subir cientos de documentos incomprensibles, llenos de jerga técnica y legal, a una página de internet que nadie sabe cómo navegar. Eso no es transparencia; eso es esconder la verdad a plena vista. La verdadera transparencia no es un trámite tecnológico ni un requisito legal que se cumple a regañadientes; es, en su dimensión más profunda, el acto supremo de respeto que un servidor público le debe a sus conciudadanos. Es mirar a los ojos al agricultor, a la maestra, al emprendedor y al peón, y hablarles con la verdad clara, directa y sencilla sobre qué se está haciendo con el dinero que ellos aportan con tanto sacrificio.

Cuando una institución gubernamental oculta información, cuando los contratos públicos se negocian en las sombras, o cuando los jerarcas responden a la prensa y a los ciudadanos con evasivas, el daño que se inflige va mucho más allá del impacto financiero. Lo que verdaderamente se lastima es la dignidad del ciudadano. Al negarle la verdad, el Estado lo está tratando como a un menor de edad, como a alguien incapaz

de comprender la realidad de su propio país. Esa condescendencia alimenta de manera directa el déficit de credibilidad. El costarricense es, por naturaleza, una persona razonable; entiende perfectamente que los recursos son limitados, que no se puede construir todo de la noche a la mañana y que las crisis internacionales nos golpean. Lo que el costarricense no tolera, y con toda la razón del mundo, es que le mientan, que le disfracen los fracasos con discursos triunfalistas o que le oculten los errores bajo la alfombra del secretismo. Si queremos recuperar la fe en las próximas décadas, el Estado debe adoptar un lenguaje de honestidad radical. Un gobierno que explica con claridad meridiana los porqués de sus decisiones, que expone abiertamente las dificultades que enfrenta y que trata a sus ciudadanos como adultos corresponsables, es un gobierno que inevitablemente comenzará a cosechar la confianza perdida.

A esta transparencia auténtica debe sumarse, de forma indisoluble, una cultura genuina de rendición de cuentas. En nuestra tradición cultural, desde los tiempos de nuestros abuelos, siempre se valoró inmensamente a la persona que sabía "dar la cara". Aquel que cometía un error, que dañaba el cerco del vecino o que incumplía un trato, pero que tenía la entereza moral de pararse en el umbral de la puerta, mirar a los ojos, admitir su culpa y comprometerse a reparar el daño, no perdía el respeto de la comunidad; por el contrario, lo consolidaba. Esa humanidad, esa nobleza de reconocer la propia falibilidad, es exactamente lo que hoy sentimos que se ha evaporado de las altas esferas de la vida política e institucional.

En la actualidad, pareciera que hemos construido un sistema donde el éxito siempre tiene decenas de padres que corren a cortar la cinta inaugural para salir en la fotografía, pero el fracaso es un huérfano absoluto. Si un puente vital para la producción nacional colapsa por falta de mantenimiento, si un sistema informático de salud falla dejando a miles sin atención, o si una política de seguridad fracasa permitiendo que el crimen avance, la respuesta institucional suele ser un laberinto de excusas. Las culpas se rebotan de un ministerio a otro, de la institución central a la municipalidad, de los mandos medios a los jerarcas y de los jerarcas a la administración anterior. Nadie es responsable de nada. Esta evasión sistemática de la responsabilidad es un veneno letal para

la credibilidad democrática. Cuando nadie asume la culpa, el ciudadano concluye que el sistema entero es una farsa diseñada para proteger la impunidad de los poderosos.

Recuperar la confianza ciudadana requiere líderes que tengan el coraje de rescatar la honorabilidad de la rendición de cuentas. Necesitamos jerarcas que, cuando las cosas salen mal —y en la complejidad de gobernar, muchas veces saldrán mal—, tengan la estatura moral para convocar al país, admitir sin rodeos que se equivocaron, explicar qué falló y detallar cómo lo van a corregir. En una era dominada por la arrogancia del poder y por la obsesión de proyectar una imagen de infalibilidad en las redes sociales, la humildad de un servidor público que dice "me equivoqué y asumo la responsabilidad" tendría un efecto sanador casi milagroso sobre las heridas de nuestra confianza nacional.

Al sumergirnos en esta necesaria crítica sobre la ética política y el desgaste institucional, corremos el riesgo de cometer una injusticia monumental si generalizamos y metemos a todos los funcionarios en el mismo saco de la desconfianza. El déficit de credibilidad nos ha vuelto propensos a juzgar al Estado como un ente oscuro y abstracto, olvidando que las instituciones públicas no son edificios de concreto ni logotipos en un papel membretado; las instituciones son, ante todo, personas de carne y hueso. Y la inmensa mayoría de esas personas que hoy sostienen la arquitectura invisible de Costa Rica son ciudadanos honestos, trabajadores y profundamente comprometidos con su vocación.

Si queremos curar nuestra crisis de fe, debemos hacer el esfuerzo consciente de volver a mirar el rostro humano del servicio público. Es el rostro de la enfermera que, en medio de la precariedad de una guardia de madrugada y venciendo su propio agotamiento, sostiene la mano de un enfermo terminal para que no cruce el umbral de la vida en soledad. Es el rostro del técnico del Instituto Costarricense de Electricidad que, bajo un aguacero torrencial y arriesgando su integridad física, sube a un poste para devolverle la luz a una comunidad aislada. Es el rostro del maestro rural que cabalga horas por caminos intransitables para llegar a una escuelita unidocente y encender la chispa de la esperanza en la mente

de diez niños indígenas. Es el rostro del policía que sale a patrullar las calles de un barrio tomado por la violencia, sabiendo que su uniforme lo convierte en blanco, pero empujado por el deber sagrado de proteger a quienes no pueden defenderse por sí mismos.

Estos servidores públicos, verdaderos héroes anónimos de nuestra convivencia, son las víctimas más directas de la crisis de ética que generan los altos mandos corruptos o ineficientes. Cuando la corrupción de unos pocos acapara los titulares, el trabajo silencioso y sacrificado de la gran mayoría queda sepultado bajo el lodo de la indignación popular. Por eso, el reto de confiar exige que la ciudadanía sepa diferenciar con justicia. No podemos permitir que el cinismo nos nuble la vista hasta el punto de despreciar a quienes sirven a la patria con honorabilidad. Restablecer el prestigio de la función pública —entendida no como un botín burocrático ni como un refugio laboral, sino como el sacerdocio cívico más noble que puede aspirar un ciudadano— es indispensable para que las nuevas generaciones vuelvan a sentir el deseo patriótico de involucrarse en la administración de su país.

Finalmente, debemos enfrentar al monstruo más temible que engendra este déficit de credibilidad: el cinismo ciudadano. A lo largo de los años, conforme los escándalos se han ido acumulando y la impunidad ha parecido ganar terreno, he notado con alarma cómo una parte de nuestra sociedad ha comenzado a desarrollar una especie de callo moral. Al principio, la corrupción nos producía una rabia profunda que nos movilizaba; luego, esa rabia se transformó en un desencanto amargo; y hoy, corremos el riesgo inminente de que ese desencanto se convierta en una resignación cínica. El cinismo es esa voz tóxica que nos susurra al oído que todos son iguales, que nada va a cambiar, que la trampa es el único camino hacia el éxito y que, como dice esa frase tan terriblemente destructiva que ha empezado a popularizarse en nuestras latitudes: “que robe, pero que haga obras”.

Aceptar esa premisa es firmar el certificado de defunción del alma nacional. El día en que Costa Rica acepte la falta de ética como un mal necesario para el desarrollo, el día en que normalicemos que la honestidad

es un lujo prescindible y no el cimiento de nuestra vida en común, ese día habremos perdido el país para siempre. Porque el cinismo desmoviliza, aísla y nos convence de que no vale la pena luchar. Nos convierte en habitantes pasivos de un territorio, en lugar de ciudadanos dueños de nuestro destino.

Contra este abismo del cinismo, nuestra única tabla de salvación es mantener viva y ardiente la llama de la indignación activa. Pero no la indignación estéril que se desahoga en un grito frente a la pantalla de un televisor y se apaga a los cinco minutos, sino una indignación que se transforma en energía cívica. Significa organizarnos en nuestras comunidades para auditar el presupuesto municipal. Significa elegir a nuestros representantes ya no por la simpatía de su sonrisa o la agresividad de sus ataques, sino por la solidez comprobada de su trayectoria ética. Significa, sobre todo, no ceder ni un milímetro en la exigencia de que quienes administran los bienes sagrados de la patria deben ser, obligatoriamente, los mejores de entre nosotros, tanto en capacidad técnica como en solvencia moral.

EL PODER DE LAS PEQUEÑAS VICTORIAS

Ante un panorama que por momentos parece tan ensombrecido por la desconfianza, es natural que nos asalte la pregunta más difícil de todas: ¿cómo se reconstruye algo tan intangible, tan frágil y tan delicado como la fe ciudadana una vez que se ha roto? La respuesta, aunque pueda sonar contraintuitiva, es que la confianza nacional no se restaura mediante mega-proyectos de ley, ni esperando la llegada mesiánica de un líder providencial que, montado en un caballo blanco, prometa limpiar todas las instituciones de la noche a la mañana. La historia universal nos ha enseñado que los supuestos salvadores que prometen soluciones mágicas a crisis de credibilidad profundas, terminan, casi invariablemente, instaurando regímenes autoritarios que destruyen las libertades sin resolver jamás el problema de fondo. La verdadera confianza, esa que echa raíces profundas y resiste los embates del tiempo, se reconstruye exactamente de la misma forma en que se construye una catedral: piedra por piedra, de abajo hacia arriba, a

través de lo que podríamos llamar “pequeñas victorias cívicas”.

Una pequeña victoria cívica ocurre cada vez que un grupo de vecinos asume las riendas de una Asociación Administradora de Sistemas de Acueductos y Alcantarillados Comunales (ASADA) y logra, con absoluta transparencia, que el agua potable llegue limpia y constante a cada hogar del pueblo, demostrando en una asamblea pública en qué se invirtió hasta el último céntimo de la comunidad. Ocurre cuando una Junta de Educación, conformada por padres y madres de familia que trabajan de forma voluntaria, logra reparar el techo de la escuela local rechazando cualquier tipo de dádiva o comisión bajo la mesa. Ocurre cuando un gobierno local decide abrir completamente sus procesos de licitación al escrutinio vecinal, y la comunidad puede ver cómo la acera que tanto necesitaban se construye con materiales de calidad, a tiempo y sin sobrecostos inexplicables.

Estas acciones podrían parecer minúsculas si las comparamos con la inmensidad del aparato estatal o con los gigantescos presupuestos nacionales, pero su impacto psicológico y moral sobre la población es verdaderamente titánico. Cuando el ciudadano común y corriente observa que su tiempo, su trabajo y sus impuestos se traducen en un beneficio real y tangible para su entorno inmediato, sin intermediarios corruptos de por medio, el ciclo de la confianza vuelve a encenderse. Estas pequeñas victorias cívicas son los anticuerpos que el propio tejido social produce para combatir la infección del cinismo. Nos demuestran, con la fuerza irrefutable de los hechos, que la honestidad no es una reliquia del pasado, sino una fuerza operativa real, capaz de transformar el metro cuadrado en el que habitamos. Al multiplicar estas experiencias locales, la credibilidad comienza a capilarizar hacia arriba, exigiendo con autoridad moral que las grandes instituciones del Estado repliquen ese mismo estándar de limpieza y eficiencia.

En esta monumental tarea de depuración ética, debemos depositar una inmensa esperanza en nuestras juventudes. A menudo, las generaciones mayores miramos con recelo la impaciencia de los jóvenes, sin comprender que esa misma impaciencia es, en realidad, el motor de la renovación

moral que el país necesita con tanta urgencia. A diferencia de muchos adultos que, por desgaste o por costumbre, terminaron normalizando las pequeñas trampas del sistema o tolerando frases tan dañinas como "así es como siempre se han hecho las cosas aquí", la nueva generación posee una intolerancia casi absoluta hacia la hipocresía institucional y el doble discurso.

Nuestros jóvenes, criados en la era de la información, tienen la capacidad de contrastar datos, de verificar promesas y de organizarse a una velocidad asombrosa. No se conforman con discursos rimbombantes sobre la paz y la democracia si esos discursos no vienen acompañados de una coherencia ética intachable. Ellos exigen una política de puertas abiertas, presupuestos verdaderamente transparentes y una defensa intransigente de los derechos humanos y del medio ambiente. Este nivel de exigencia no es una amenaza para el sistema; es el salvavidas que evitará que nos hundamos en la mediocridad.

El relevo generacional no consiste simplemente en cambiar a personas de mayor edad por personas más jóvenes en los puestos de poder. Si un joven llega a la función pública para replicar exactamente los mismos vicios, el mismo secretismo y las mismas redes de clientelismo de antaño, la edad se vuelve un dato completamente irrelevante. El verdadero relevo generacional consiste en ceder el espacio a esa nueva mentalidad que se niega a negociar la integridad. Consiste en escuchar su indignación legítima frente a la corrupción y permitir que esa energía renovadora sacuda los cimientos de nuestras instituciones. Si logramos que esta juventud, con su destreza tecnológica y su alta sensibilidad ética, se enamore nuevamente de la función pública y decida involucrarse en la política, en los partidos, en las municipalidades y en las organizaciones no gubernamentales, Costa Rica experimentará un renacimiento cívico sin precedentes en las próximas décadas.

CONFIAR ES EL ACTO MÁS VALIENTE DE LA DEMOCRACIA

Para cerrar esta reflexión sobre el déficit de credibilidad y el desgaste de nuestra fe ciudadana, es imperativo que redefinamos qué significa verdaderamente confiar en los tiempos que corren. Nos han intentado convencer de que la persona que desconfía de todo, la que siempre sospecha una segunda intención y la que asume que todo el mundo es corrupto hasta que se demuestre lo contrario, es una persona astuta, inteligente y de mundo. Por el contrario, se nos ha querido vender la idea de que quien decide creer en el otro, quien confía en la palabra empeñada y quien defiende la decencia de sus instituciones, es un ingenuo que está condenado a ser engañado.

Debemos rebelarnos contra esa mentira destructiva. El cinismo es, en el fondo, la postura más cómoda, perezosa y cobarde que un ciudadano puede adoptar, porque no exige ningún compromiso; quien no cree en nada ni en nadie, jamás tendrá que arriesgarse a construir nada. Confiar, por el contrario, es el acto cívico más valiente, audaz y revolucionario que podemos ejercer. Confiar requiere un coraje inmenso porque implica hacernos vulnerables, implica aceptar el riesgo de que alguien pueda fallarnos, pero decidiendo, a pesar de ese riesgo, que la posibilidad de construir un futuro compartido vale muchísimo más que el miedo a ser decepcionados.

Nuestra Costa Rica no fue construida por cínicos ni por cobardes. Fue levantada a pulso por hombres y mujeres que tuvieron la audacia de confiar los unos en los otros. Confiaron en que el Estado naciente podría educar a sus hijos; confiaron en que el vecino les tendería la mano en tiempos de escasez; y confiaron en que el voto emitido en las urnas sería respetado escrupulosamente. Hoy, nosotros somos los herederos de esa audacia. Restablecer el contrato social y superar la crisis de ética no es una tarea que le corresponda en exclusiva a la Contraloría General de la República, al Ministerio Público o a los tribunales de justicia, por más vital que sea su labor punitiva. Nos corresponde a nosotros, a usted y a mí, en nuestra cotidianidad.

Nos corresponde cada vez que decidimos actuar con probidad cuando nadie nos está mirando. Nos corresponde cada vez que nos negamos a pagar un soborno, cada vez que denunciamos una injusticia, cada vez que elegimos a líderes intachables y cada vez que enseñamos a nuestros hijos que el único dinero que trae paz al alma es el que se gana con el sudor honrado de la frente. El déficit de credibilidad no es una condena a muerte para nuestra democracia; es una enfermedad grave de la que podemos sanar si decidimos aplicar el tratamiento correcto. Y ese tratamiento comienza con una decisión personal, firme e irrevocable: la decisión de volver a apostar por Costa Rica, de volver a creer en la fuerza de nuestra gente buena, y de asumir el reto, inmenso y hermoso, de volver a confiar.

Capítulo 7

LOS MOTORES DEL PROGRESO

"Todos podemos aportar en este gran esfuerzo educativo nacional. Nadie puede decir 'esto no es mío', todos tenemos que arrimar el hombro."

— José Joaquín Chaverri, Ministro de Educación (1950-1953)

Después de haber caminado juntos, en los capítulos anteriores, por los pasadizos más oscuros de nuestros problemas nacionales, de haber mirado de frente las grietas de la exclusión, la violencia y el desgaste institucional, es momento de abrir las ventanas de par en par y dejar que entre la luz de la mañana. Quienes verdaderamente amamos a Costa Rica sabemos que nuestra patria no es, ni será nunca, la suma de sus fracasos. Por el contrario, la esencia de este país se respira en el optimismo terco e inquebrantable de su gente. Por eso, al inaugurar esta tercera y última parte de nuestro recorrido —el territorio de los constructores—, quiero invitarlo a cambiar de marcha, a soltar por un momento la pesadez de las noticias diarias y a reconectar con la imagen más hermosa, cotidiana y esperanzadora que nos regala nuestra tierra cada amanecer.



LA TIZA, EL SUDOR Y LA NOBLEZA DE SALIR ADELANTE

Pensemos en esa escena que se repite, casi como un milagro silencioso, a lo largo y ancho de nuestra geografía cuando el sol apenas comienza a despuntar. En miles de hogares, desde las llanuras guanacastecas hasta los barrios del Valle Central, hay una madre o un padre de pie frente a una tabla de planchar, asegurándose de que el uniforme escolar de sus hijos luzca impecable. Hay un aroma inconfundible a café recién chorreado que inunda la cocina, y hay un tintineo de llaves de quienes calientan el motor de su vehículo de trabajo, preparan sus herramientas o caminan hacia la parada del autobús con el almuerzo empacado en un recipiente de plástico. En esa rutina, aparentemente ordinaria y humilde, no hay discursos políticos ni grandes teorías sociológicas; lo que hay es la expresión más pura y contundente del verdadero motor del progreso costarricense: la convicción profunda de que, mediante el estudio y el trabajo honesto, el día de hoy puede ser mejor que el de ayer, y de que nuestros hijos tendrán un horizonte más amplio que el nuestro.

Esa es la verdadera infraestructura invisible que nos mantiene a flote. Durante generaciones, el costarricense no ha necesitado que el Estado le resuelva cada aspecto de su existencia; lo único que ha pedido, con justa razón, es que la cancha esté nivelada. Hemos crecido bajo un pacto social bellísimo, una promesa no escrita pero grabada en el alma nacional, que nos susurraba desde la cuna: “si usted se esfuerza, si usted se levanta temprano, si usted suda la camiseta con honradez y si usted aprovecha los libros que se le ponen enfrente, su futuro y el de su familia estarán garantizados”. El mérito, el sudor y la tiza han sido las grandes vías tradicionales a través de las cuales este país pasó de ser una provincia olvidada a convertirse en una nación de clase media, de profesionales brillantes y de trabajadores incansables. Recordar y revitalizar la magia de esa promesa es el primer paso indispensable para volver a confiar.

Para entender la magnitud de esta promesa, debemos volver la mirada hacia el lugar donde ocurre la alquimia más poderosa de nuestra sociedad: el aula de clases. La educación pública en Costa Rica nunca fue concebida como un simple trámite burocrático para expedir títulos; fue diseñada

como el gran igualador social, el santuario laico donde se nivelaban las oportunidades. Cuando un niño proveniente de un hogar con enormes limitaciones económicas cruza el umbral de su escuela, se sienta en su pupitre y abre un cuaderno, está rompiendo, en ese preciso instante, las cadenas invisibles de la pobreza heredada. En ese espacio mágico, rodeado de mapas, de números y de letras, ese niño deja de estar definido por las carencias de su barrio y pasa a estar definido exclusivamente por el tamaño de sus sueños y su capacidad de asombro.

Nuestra historia está repleta de estas epopeyas familiares que nos llenan los ojos de lágrimas de orgullo. Todos conocemos la historia del hijo del peón agrícola que, gracias a una beca y al esfuerzo sobrehumano de sus padres, logró graduarse como médico cirujano y hoy salva vidas en un hospital regional. Todos hemos escuchado la historia de la hija de la costurera que se convirtió en una ingeniera destacada y hoy diseña soluciones tecnológicas para el mundo entero. Esos saltos cuánticos, que permitieron a familias enteras transitar de la agricultura de subsistencia a la excelencia profesional en el lapso de una sola generación, son nuestro mayor trofeo nacional. Son la prueba irrefutable de que, cuando el esfuerzo personal encuentra eco en una educación de calidad, no hay barrera socioeconómica que no pueda ser derribada.

Sin embargo, frente a los inmensos retos de las próximas décadas, este motor educativo necesita una afinación profunda. Como nos advierte José Joaquín Chaverri, con una claridad que resuena como un llamado a la acción colectiva: “Todos podemos aportar en este gran esfuerzo educativo nacional. Nadie puede decir ‘esto no es mío’, todos tenemos que arrimar el hombro”. La educación ya no puede ser vista como un problema exclusivo del Ministerio de Educación Pública o del gremio docente; es una urgencia nacional que nos involucra absolutamente a todos. Las empresas, los profesionales consolidados, las organizaciones comunales y, por supuesto, las familias, debemos involucrarnos activamente en la mentoría, en el apoyo a las escuelas de nuestros barrios y en la creación de entornos donde aprender vuelva a ser la aventura más fascinante en la vida de

un joven.

Dentro de este renacer del espíritu educativo, hay una herramienta particular, silenciosa y revolucionaria, que hemos ido dejando relegada en medio del frenesí de las pantallas digitales y la inmediatez de los videos cortos: el hábito de la lectura profunda. A menudo, cuando se habla de educación, los debates se centran en la infraestructura, en los presupuestos, en la conectividad a internet o en el dominio de un segundo idioma, elementos que son indiscutiblemente vitales para la competitividad. Pero corremos el enorme riesgo de olvidar que la educación tiene una misión superior a la de simplemente entrenar mano de obra calificada para el mercado laboral; su misión suprema es formar ciudadanos libres, con criterio propio, capaces de empatía y de pensamiento crítico. Y no hay mejor vehículo para esa formación del espíritu humano que la lectura.

A lo largo de mis años, he comprobado una y otra vez la inmensa sabiduría que encierra la observación de José Joaquín Chaverri cuando nos invita a reflexionar sobre el poder de los libros:

"Quien lee mejor conversa mejor; quien conversa mejor podrá aprender a dialogar con más intensidad y con más sentido constructivo."

Esta reflexión es un faro de luz en medio de la tormenta de ruido y polarización que hoy nos ensordece. Cuando una persona lee un buen libro —ya sea una novela, un texto histórico, una obra de filosofía o un relato sobre la naturaleza—, está ejercitando la forma más alta de la empatía humana. Al leer, nos vemos obligados a habitar la mente de otro, a caminar en los zapatos de personajes que viven realidades diametralmente opuestas a las nuestras, a comprender el dolor ajeno, los miedos y las alegrías de culturas o épocas que jamás habríamos conocido de otra manera. La lectura nos saca del aislamiento cómodo de nuestras propias opiniones y nos demuestra que el mundo es vasto, complejo y rico en matices.

Es precisamente ese ensanchamiento del alma lo que nos permite regresar a la plaza pública —ya sea física o digital— con una disposición radicalmente distinta. Quien ha cultivado el hábito de la lectura pausada no cae fácilmente en la trampa del grito fácil, ni se deja manipular por los titulares sensacionalistas. Quien lee comprende que las grandes respuestas a los problemas de una nación casi nunca caben en un eslogan de tres palabras. Por lo tanto, incentivar la lectura en nuestros niños y jóvenes no es un simple capricho académico ni un pasatiempo elegante; es la estrategia de defensa más sofisticada que podemos implementar para proteger nuestra paz social. Un país que lee es un país que reflexiona; y un país que reflexiona es un país capaz de dialogar, de perdonar, de alcanzar acuerdos y de construir una convivencia verdaderamente civilizada y próspera.

Si la educación es la semilla que sembramos en la mente de nuestros niños, el trabajo es el campo fértil donde esa semilla germina, florece y da sus mejores frutos a lo largo de la vida adulta. En nuestra idiosincrasia costarricense, el trabajo nunca ha sido visto como un simple castigo divino o como una mera transacción económica para garantizar la supervivencia material; el trabajo ha sido, desde los albores de nuestra historia republicana, la principal fuente de identidad, de orgullo y de dignidad personal. Cuando un costarricense se presenta ante los demás, rara vez empieza enumerando sus títulos nobiliarios o sus posesiones materiales, cosas que nunca encajaron con nuestro carácter igualitario. Por el contrario, solemos presentarnos a través de nuestro oficio, de lo que sabemos hacer con nuestras manos, con nuestra mente o con nuestro talento. Esa es nuestra verdadera carta de presentación ante el mundo y ante nosotros mismos.

Hay una nobleza profunda, casi sagrada, en el acto de ganarse el pan con el sudor de la frente. Es una nobleza que habita por igual en las manos curtidas del agricultor que madruga para labrar la tierra en las faldas de nuestros volcanes, en la precisión del operario que ensambla dispositivos médicos de alta tecnología en una zona franca, en la paciencia de la costurera que da puntadas hasta altas horas de la noche, y en la creatividad del joven programador que diseña soluciones digitales desde una pequeña oficina.

A pesar de las inmensas diferencias en la naturaleza de sus oficios, todos ellos comparten un rasgo invisible pero indestructible: la paz de espíritu que produce regresar a casa al final de la jornada con el cuerpo cansado, pero con la conciencia absolutamente tranquila. Ese salario ganado con honradez, por modesto o abundante que sea, tiene un sabor distinto, tiene un peso moral diferente; es un dinero que bendice el hogar, que alimenta a los hijos sin dejar un rastro de vergüenza y que le permite al ser humano mirar a sus vecinos a los ojos sin tener que bajar la mirada.

En las próximas décadas, frente a las tentaciones de una cultura global que a menudo glorifica la inmediatez, el dinero fácil y el atajo ilícito, Costa Rica tiene el inmenso deber de volver a colocar el trabajo honesto en el pedestal más alto de su escala de valores. Debemos recordar y enseñar a nuestras nuevas generaciones que el esfuerzo sostenido no es un síntoma de falta de astucia, sino la máxima expresión del carácter humano. La cultura del atajo nos miente cruelmente al prometernos éxito sin sacrificio, olvidando que aquello que se obtiene sin esfuerzo suele evaporarse con la misma rapidez con la que llegó, dejando a su paso un vacío existencial profundo. En cambio, aquello que construimos a base de perseverancia, de madrugadas, de ensayos, de errores corregidos y de disciplina, se convierte en una parte indisoluble de nuestro ser. El verdadero patrimonio que le heredamos a nuestros hijos no son las cuentas bancarias ni las propiedades; el patrimonio más valioso es el ejemplo vivo de unos padres que jamás se rindieron ante la adversidad y que encontraron en el trabajo diario su mayor acto de amor por la familia.

Ahora bien, para que ese esfuerzo individual y esa nobleza del trabajo honesto no se estrellen contra el muro de la frustración, necesitamos construir un ecosistema nacional que recompense el mérito y multiplique las oportunidades. No podemos exigirle a nuestra juventud que estudie con gran dedicación y que trabaje con empeño si, al salir al mercado, se encuentran con las puertas cerradas de una economía estancada o de un sistema que no sabe cómo aprovechar sus talentos. Es aquí donde la arquitectura de nuestro desarrollo nacional exige una cirugía mayor, una transformación audaz en la forma en que concebimos la relación entre quienes generan el conocimiento y quienes producen la riqueza.

Para arrojar luz sobre este desafío estructural, las palabras de José Joaquín Chaverri resultan de una pertinencia absoluta, señalando un norte claro y probado por la historia universal:

"El gran éxito de las naciones después de la Segunda Guerra Mundial fue unir las universidades con la empresa privada, y eso también puede ser una solución para Costa Rica."

Esta visión, que parece tan lógica y natural, representa sin embargo uno de nuestros mayores retos culturales. Durante demasiado tiempo en nuestro país, el mundo académico y el mundo empresarial han tendido a mirarse con cierta distancia, cuando no con abierto recelo. Las universidades, en su noble afán por proteger su independencia intelectual y su rigor académico, corren a menudo el riesgo de encerrarse en torres de marfil, produciendo investigaciones extraordinarias que rara vez logran traducirse en beneficios tangibles para la economía real. Por su parte, la empresa privada, presionada por las exigencias inmediatas de la competitividad y la rentabilidad, a veces olvida que el conocimiento profundo y la innovación científica son los únicos motores capaces de garantizar su supervivencia a largo plazo en un mercado globalizado.

El salto al desarrollo que Costa Rica anhela y merece solo será posible el día en que derribemos, de una vez por todas, ese muro invisible que separa a la academia del sector productivo. Necesitamos que los laboratorios universitarios y los centros de investigación se conviertan en los departamentos de innovación de nuestras empresas, especialmente de las pequeñas y medianas empresas que conforman el corazón de nuestra economía y que no cuentan con recursos propios para investigar. Y de forma recíproca, necesitamos que las empresas abran sus puertas de par en par a los estudiantes y docentes, para que los planes de estudio no se diseñen basándose en teorías desfasadas, sino en las necesidades reales y palpitantes de una sociedad que está en constante transformación tecnológica.

Ahora, visualicemos la potencia arrolladora de un país donde estos dos mundos, el del saber y el del hacer, trabajan en perfecta sincronía. Imaginemos un modelo de educación dual expandido y robustecido,

donde un joven estudiante de colegio técnico o de universidad alterna sus días entre el aula de clases —donde adquiere los fundamentos teóricos y humanísticos— y la planta de producción o la oficina de una empresa —donde se enfrenta a los problemas reales, aprende la disciplina laboral, comprende la dinámica del trabajo en equipo y experimenta la satisfacción de ver sus ideas aplicadas en la práctica—. Este joven no se graduaría únicamente con un diploma bajo el brazo, sino con una experiencia vital invaluable, con una red de contactos establecida y, en la gran mayoría de los casos, con un empleo asegurado.

Esta unión estratégica entre las universidades y la empresa privada es, como bien apunta Chaverri, la fórmula maestra que permitió a las naciones devastadas por los conflictos mundiales levantarse de sus cenizas y alcanzar niveles de prosperidad inimaginables. En nuestro caso, afortunadamente, no partimos de las cenizas de una guerra bélica, pero sí enfrentamos el desafío monumental de superar el estancamiento, de vencer la exclusión en nuestras costas y zonas rurales, y de dar el salto hacia una economía del conocimiento que genere empleos de altísima calidad. Contamos con un sistema universitario público y privado de gran prestigio, y poseemos un sector empresarial dinámico, valiente y resiliente. Lo único que nos falta es la voluntad política y ciudadana de sentar a estos actores en la misma mesa, despojados de prejuicios ideológicos, para diseñar juntos el futuro productivo de la nación.

Cuando la empresa privada invierte recursos en las universidades para investigar nuevas formas de agricultura sostenible, nuevos tratamientos médicos o soluciones de energía limpia, no está haciendo un acto de caridad; está realizando la inversión más inteligente posible para su propia rentabilidad y para el bienestar de la sociedad que la alberga. Y cuando la universidad orienta parte de su inmenso talento investigativo a resolver los cuellos de botella del sector productivo nacional, no está traicionando su vocación académica; está cumpliendo con su deber supremo de devolverle a la patria, en forma de progreso y bienestar social, la confianza y los recursos que los contribuyentes han depositado en ella.

Al final, todo este engranaje institucional e intersectorial tiene un único objetivo humano y moral: asegurar que la promesa del mérito costarricense

siga siendo una verdad incuestionable. Volvemos así al punto de partida de nuestra reflexión. Queremos que ese padre y esa madre que se levantan de madrugada para planchar un uniforme escolar, sepan con absoluta certeza que el esfuerzo de sus hijos valdrá la pena. Queremos que el joven que decide rechazar el espejismo del dinero fácil en las calles para dedicar sus noches al estudio y sus días al trabajo, encuentre un ecosistema que lo reciba con los brazos abiertos, que premie su honradez y que le brinde las herramientas para volar tan alto como su capacidad se lo permita.

El reto de confiar en el ámbito del progreso económico consiste en restaurar esa alianza inquebrantable entre el esfuerzo individual y la oportunidad estructural. Es un llamado a la acción para que todos —empresarios, académicos, políticos y ciudadanos— asumamos nuestro papel de constructores. El trabajo honesto y la educación de excelencia han sido siempre nuestros motores más fiables, aquellos que nunca nos han dejado botados en el camino. Si logramos lubricar esos motores con la fuerza de la cooperación, con la audacia de la innovación conjunta y con un profundo respeto por la dignidad de cada trabajador, no habrá meta de desarrollo que la Costa Rica de las próximas décadas no sea capaz de alcanzar y superar con creces.

APRENDER A SER HUMANOS ANTES QUE PROFESIONALES

Llegados a este punto de nuestra reflexión, siento la necesidad profunda de hacer una pausa. Hemos hablado de universidades, de empresas, de productividad y de alianzas estratégicas. Todo ello es vital, sin duda alguna, para que el país avance materialmente. Pero si nos quedamos únicamente en el lenguaje de los rendimientos, de las tasas de graduación y de la competitividad internacional, corremos el gravísimo riesgo de olvidar la pregunta más importante de todas: ¿para qué queremos progresar? El desarrollo de una nación no puede medirse exclusivamente por la cantidad de rascacielos que logre levantar, ni por la sofisticación de sus exportaciones. Si al final del día esas herramientas materiales no nos sirven para ser más plenos, más compasivos y más felices, habremos construido un cascarón vacío. Por eso, me gustaría invitarlo a que cerremos por un momento las hojas de cálculo, apaguemos

los monitores de los indicadores económicos y volvamos la mirada hacia el territorio más misterioso, complejo y hermoso que existe: el paisaje interior del ser humano.

Cuando enviamos a nuestros hijos a la escuela, solemos preocuparnos inmensamente por las calificaciones que traerán en su boleta. Nos angustia saber si dominan las matemáticas, si aprendieron la lección de ciencias o si logran pronunciar correctamente las palabras en un segundo idioma. Y es natural que así sea, pues queremos verlos triunfar. Pero en la intimidad de nuestros hogares, en el silencio de la noche cuando los vemos dormir, la verdadera pregunta que debería desvelarnos no es si serán profesionales exitosos, sino si serán, ante todo, personas buenas. La educación, en su sentido más humanista y profundo, no es una fábrica de la cual salen empleados diseñados para encajar en el mercado laboral; es el taller artesanal donde se forja el carácter, donde se pule la sensibilidad y donde se siembra la compasión. Necesitamos ingenieros brillantes que construyan puentes que no se caigan, por supuesto, pero necesitamos con la misma urgencia que esos ingenieros posean un alma lo suficientemente ancha como para conmoverse ante el dolor del que sufre, para maravillarse ante la belleza de un atardecer o para entender el valor de una lágrima ajena.

Esa es la razón por la cual el arte, la música, la filosofía, la poesía y la literatura no pueden ser vistos jamás como "materias de relleno" o lujos prescindibles en la formación de nuestros jóvenes. Son el oxígeno del espíritu. Cuando un muchacho aprende a tocar un instrumento musical, está aprendiendo sobre la armonía, sobre la importancia de escuchar al otro para no desentonar y sobre la belleza que nace de la disciplina. Cuando una niña se sumerge en las páginas de una novela y llora por la tragedia de un personaje que nunca existió, está expandiendo su capacidad de amar y de empatizar con los demás en el mundo real. La verdadera movilidad social que anhelamos para Costa Rica en las próximas décadas no debe ser únicamente ascendente en términos económicos; debe ser también una movilidad hacia la profundidad del ser, hacia una ciudadanía que comprenda que la vida es un misterio sagrado y que nuestro paso por este mundo adquiere sentido únicamente cuando somos capaces de dejarlo un poco más cálido de lo que lo encontramos.

En esta mirada humanista, la concepción misma del trabajo adquiere un brillo distinto. Hemos estado condicionados a aplaudir y a reconocer casi exclusivamente el éxito visible: el de la persona que acumula riqueza, la que ocupa grandes portadas de revistas o la que alcanza los más altos puestos de poder. Sin embargo, la verdadera grandeza de nuestro país descansa sobre los hombros de millones de compatriotas cuyas vidas transcurren en el más absoluto y noble de los anonimatos. Pensemos en la persona que dedica sus días a cuidar a un familiar enfermo, entregando su tiempo, su energía y su juventud en un acto de amor puro por el cual no recibe salario alguno. Pensemos en el artesano que talla la madera con una paciencia infinita, no para hacerse millonario, sino por el orgullo íntimo de crear algo bello. Pensemos en quien barre nuestras calles de madrugada para que, al despertar, encontremos la ciudad limpia.

A los ojos de una economía estrictamente utilitarista, algunas de estas labores podrían parecer insignificantes o poco productivas. Pero a los ojos del humanismo, estas personas son gigantes. Están sosteniendo el cielo sobre nuestras cabezas. El valor de un ser humano jamás puede ser tasado por el tamaño de su cuenta bancaria ni por el prestigio social de su profesión. La dignidad es un derecho de nacimiento que se ejerce en cada acto hecho con amor y con esmero. Cuando comprendemos esto, la forma en que nos relacionamos con los demás cambia para siempre. Ya no vemos "recursos humanos"; vemos almas, vemos historias vivas, vemos a hermanos de patria. Empezamos a tratar con el mismo respeto reverencial al conserje que nos abre la puerta del edificio que al gerente general que nos recibe en su oficina, porque ambos, desde sus trincheras, están librando la batalla hermosísima de ganarse la vida y proteger a los suyos.

Y en esta batalla que es la vida, hay una verdad ineludible que a menudo intentamos esconder bajo la alfombra de nuestras apariencias: todos, absolutamente todos, nos equivocamos y caemos. En nuestra cultura, a veces hemos sido muy duros con el fracaso. Hemos construido una narrativa que exige la perfección constante y que castiga con el señalamiento cruel a quien no logra sus metas al primer intento. El emprendedor cuyo negocio quiebra, el estudiante que reprueba un año, la persona cuyo matrimonio

se disuelve o aquel que comete un error grave de juicio, suelen sentir sobre sus espaldas el peso asfixiante de la mirada inquisidora de la sociedad. Esta intolerancia al fracaso es profundamente deshumanizante, porque nos obliga a vivir detrás de máscaras de invulnerabilidad, aterrorizados de que los demás descubran que estamos rotos por dentro.

Pero la visión humanista nos ofrece un consuelo y una sabiduría infinitamente superiores. Nos enseña que el fracaso no es lo opuesto al éxito, sino una parte fundamental de él. El fracaso es el gran maestro de la vida, el cincel con el que se esculpe la humildad en el corazón humano. Quien nunca ha fracasado es, casi con toda seguridad, alguien que nunca se ha atrevido a intentar nada grande, que nunca ha amado con intensidad o que nunca ha salido de la seguridad aburrida de su propia orilla. El mérito costarricense del que tanto nos enorgullecemos no consiste en no caerse jamás; el verdadero mérito, la hazaña real, consiste en la capacidad de recoger los pedazos rotos de nuestra vida, juntarlos con paciencia, pedir perdón si es necesario, perdonarnos a nosotros mismos, y volver a ponernos de pie con la frente en alto.

En algunas culturas orientales existe una práctica maravillosa llamada kintsugi, que consiste en reparar las vasijas de cerámica rotas utilizando un barniz mezclado con polvo de oro. En lugar de ocultar las grietas, esta técnica las resalta, porque se entiende que la pieza, al haber sufrido daño y haber sido reparada, se vuelve mucho más fuerte, valiosa y hermosa de lo que era antes de romperse. Como sociedad costarricense, necesitamos aplicar el kintsugi a nuestras vidas. Necesitamos dejar de avergonzarnos de nuestras cicatrices, ya sean económicas, emocionales o profesionales, porque esas cicatrices son la prueba de que fuimos valientes, de que peleamos, de que sobrevivimos.

Cuando aprendemos a mirar nuestras propias caídas con misericordia, automáticamente nos volvemos más compasivos con las caídas de los demás. En lugar de señalar con el dedo al vecino que quebró su pequeña empresa, le ofrecemos un café y nuestro hombro. En lugar de juzgar implacablemente al joven que se equivocó de camino, le extendemos la mano y le decimos: “aquí estamos para ayudarle a levantarse”. Esa es la verdadera red de seguridad de una nación. No es un decreto gubernamental

ni un subsidio económico; es el abrazo cálido y perdonador de una comunidad que entiende que nadie es perfecto y que todos necesitamos, en algún momento de nuestras vidas, una segunda, una tercera y hasta una cuarta oportunidad.

Los motores del progreso, en su forma más pura y definitiva, no están hechos de engranajes metálicos, de fibras ópticas ni de capitales financieros. Están hechos de carne, de hueso, de lágrimas, de risas, de esperanza y de vulnerabilidad compartida. Y mientras mantengamos viva la convicción de que cada vida importa, de que cada esfuerzo es noble y de que siempre habrá una mano dispuesta a levantarnos cuando caigamos, la Costa Rica que amamos seguirá avanzando, invencible y profundamente humana, hacia su destino de luz.

Capítulo 8

LA ÉTICA EN ACCIÓN

"El hombre sin visión perece. El que no sabe a dónde va, todos los caminos son buenos, todo es un mundo de improvisación."

— Ricardo Gerli, Químico

Al cerrar nuestra reflexión anterior con una mirada profunda hacia el interior del ser humano, hacia la aceptación de nuestras cicatrices y el valor incalculable de nuestras caídas, dejamos preparado el terreno para la pregunta que inevitablemente surge cuando logramos ponernos nuevamente de pie: ¿hacia dónde caminamos ahora? Porque sanar nuestras heridas individuales es apenas el comienzo del viaje. Un ser humano sano, empático y consciente de su propia dignidad necesita, por naturaleza, proyectar esa luz hacia afuera, hacia su entorno, hacia su comunidad. Es en este punto exacto de nuestra travesía donde las palabras del químico y empresario Ricardo Gerli resuenan con una sabiduría que nos sacude del letargo: "El hombre sin visión perece. El que no sabe a dónde va, todos los caminos son buenos, todo es un mundo de improvisación". Esta advertencia, tan breve como contundente, encierra el secreto de la verdadera trascendencia humana y nacional.



EL ROSTRO HUMANO DE NUESTRA VOCACIÓN PRODUCTIVA

La improvisación es, a fin de cuentas, la forma más triste de gastar el milagro de estar vivos. Cuando caminamos por la vida sin un norte claro, cuando nuestras decisiones responden únicamente al impulso del momento, a la urgencia económica del día a día o al deseo superficial de acumular por acumular, terminamos atrapados en un laberinto de insatisfacciones. Y lo que es cierto para el individuo, es doblemente cierto para una nación entera. Si Costa Rica no define con valentía cuál es su visión para las próximas décadas, si no decidimos colectivamente qué tipo de sociedad queremos dejarle a nuestros nietos, cualquier viento nos parecerá favorable, pero ninguno nos llevará a puerto seguro. La visión no es un plan estratégico redactado en un lenguaje corporativo incomprensible; la visión es un acto de amor por el futuro, es la brújula del alma que nos recuerda que no estamos aquí solamente para sobrevivir, sino para construir juntos una casa donde todos podamos florecer.

Esta construcción colectiva nos lleva irremediablemente a replantear la forma en que entendemos nuestro rol dentro de la sociedad. A lo largo de la historia reciente, fuimos desarrollando una cómoda y peligrosa dependencia psicológica, convencidos de que las grandes soluciones a nuestros problemas de convivencia, de progreso y de paz debían provenir invariablemente de las oficinas gubernamentales. Nos acostumbramos a mirar hacia arriba, esperando que el Estado, como un padre omnipotente, nos resolviera desde la seguridad de los barrios hasta la generación de la riqueza. Pero la realidad de nuestro tiempo nos exige despertar de ese espejismo. Es aquí donde la visión humanista y constructiva de Elena María Fonseca nos marca el verdadero camino a seguir:

"No podemos dejar todo en manos del Estado, tenemos que sacar adelante esta sociedad... la empresa y la familia tenemos un protagonismo que es necesario."

Asumir este protagonismo es el acto de madurez cívica más hermoso que podemos emprender. Significa reconocer que el Estado es una herramienta indispensable para garantizar derechos, administrar justicia y proteger a los más vulnerables, pero que la fuerza vital, el corazón palpitante y la energía creadora de la nación residen exclusivamente en nosotros: en las familias que educan y en las empresas que producen. Cuando comprendemos que la responsabilidad de sacar adelante a Costa Rica es indelegable, la desesperanza se esfuma y le cede su lugar a la acción. Nos damos cuenta de que el milagro de la recuperación nacional no ocurrirá en un decreto legislativo, sino en la mesa de nuestra casa y en el mostrador de nuestros negocios.

Hablemos, entonces, de ese espacio fascinante y a menudo incomprendido que llamamos "empresa". En el debate público contemporáneo, el lenguaje se ha vuelto tan frío y tecnocrático que solemos referirnos al "sector productivo" o a la "iniciativa privada" como si estuviéramos hablando de maquinarias sin alma, de hojas de cálculo o de frías estadísticas de exportación. Incluso, en ciertos sectores dominados por ideologías polarizantes, se ha intentado construir una narrativa injusta que pinta a la empresa privada como una entidad egoísta por naturaleza, cuyo único fin es la extracción despiadada de ganancias. Semejante caricatura no solo es falsa, sino que nos roba la oportunidad de apreciar la inmensa belleza humana que se esconde detrás del acto de emprender.

¿Qué es, en su esencia más pura, una empresa? Una empresa no es el edificio que la alberga, ni los vehículos que la transportan, ni el capital que la financia. Una empresa es, simple y llanamente, un grupo de seres humanos que han decidido unir sus talentos, sus sueños y sus horas de vida para resolver un problema de la sociedad o para crear algo que antes no existía. Desde la señora que se levanta a las tres de la mañana para hornear pan y venderlo en su pequeña panadería de barrio, pasando por el taller mecánico donde tres amigos se ensucian las manos de grasa para devolver a la vida el motor de un vehículo, hasta llegar a la compañía tecnológica que exporta servicios al mundo entero; todas, sin excepción, son cristalizaciones del espíritu humano. Son actos de fe. Quien funda una empresa está apostando por el futuro, está asumiendo riesgos que

muchas veces le quitan el sueño, y está asumiendo la responsabilidad sagrada de llevar el sustento a su propia mesa y a las mesas de las familias de sus colaboradores.

Cuando logramos mirar a la empresa privada con estos ojos humanistas, descubrimos que es uno de los espacios de encuentro social más formidables que existen. En una empresa conviven a diario personas de diferentes credos, de distintas simpatías políticas, de diversas edades y de orígenes sociales muy dispares. Durante ocho o más horas al día, estas personas dejan de lado sus diferencias para concentrarse en un propósito común. Aprenden a tolerarse, a trabajar en equipo, a celebrar los éxitos del grupo y a poner el hombro cuando las metas no se alcanzan. La empresa, cuando es liderada con visión y compasión, se convierte en una verdadera escuela de ciudadanía y en una segunda familia para muchos de sus integrantes. Por lo tanto, el sector productivo no es un ente externo a la sociedad; es la sociedad misma, organizada para crear valor, para dignificar a través del trabajo y para tejer lazos de solidaridad que trascienden lo puramente económico.

Para que este rostro humano de la iniciativa privada alcance su máxima expresión y se convierta en el gran regenerador de nuestra confianza nacional, debe estar cimentado sobre una base innegociable: la ética en acción. A menudo cometemos el error de confinar la ética a las aulas de filosofía o a los densos códigos de conducta que adornan las paredes de las oficinas, olvidando que la ética es una fuerza viva, ruidosa y profundamente práctica. La ética no es la ausencia de errores; es la presencia constante de la voluntad de hacer lo correcto, incluso, y sobre todo, cuando nadie nos está mirando y cuando hacer lo correcto resulta más caro o más difícil.

En el mundo del trabajo y la producción, la honestidad y la legalidad no deben ser vistas como pesadas cadenas que limitan el crecimiento, sino como los rieles que permiten que el tren del progreso avance a toda velocidad sin descarrilarse. Cuando un empresario decide pagar salarios justos a sus trabajadores, respetando todas las garantías sociales que nos enorgullecen como país, no está haciéndoles un simple favor; está reconociendo la dignidad infinita de esas personas y está garantizando

la paz en sus hogares. Cuando un comerciante decide pagar todos sus impuestos con transparencia, no está perdiendo su dinero; está contribuyendo a que el hijo de su vecino pueda asistir a una escuela pública digna o a que un hospital tenga los insumos para salvar una vida. Y cuando un productor respeta escrupulosamente las normativas ambientales, cuidando nuestros ríos y nuestros bosques, está demostrando un amor profundo e inquebrantable por las generaciones de costarricenses que aún no han nacido.

Esa es la ética en acción. Es el entendimiento de que el fin nunca justifica los medios, y de que el dinero acumulado a costa del sufrimiento ajeno, de la explotación de la naturaleza o del engaño, es un dinero triste, vacío, que jamás podrá comprar la verdadera paz del espíritu. La confianza, ese tesoro nacional que estamos decididos a recuperar, se alimenta de estos actos cotidianos de integridad. Cada vez que una empresa cumple su palabra con un cliente, cada vez que un producto es de la calidad que promete, y cada vez que una relación comercial se basa en la buena fe, estamos depositando ladrillos de oro en la reconstrucción de nuestro país. El mercado no tiene por qué ser una jungla despiadada donde sobrevive el más astuto; puede y debe ser un ecosistema humano donde la prosperidad de uno se traduzca, inevitablemente, en el bienestar de muchos.

Y es precisamente en este afán por humanizar la producción y por democratizar la riqueza donde Costa Rica ha brillado con luz propia ante el mundo. No nos hemos conformado con copiar modelos económicos extranjeros que fraccionan a la sociedad entre ganadores absolutos y perdedores olvidados. Fieles a nuestra esencia de cercanía y de abrazo fraterno, a lo largo de nuestra historia fuimos capaces de soñar y de materializar formas de organización productiva que llevan la solidaridad impregnada en su propio ADN. Hemos sido pioneros en demostrar que es perfectamente posible ser eficientes en los negocios sin perder la ternura del corazón, y que la unión de las manos humildes puede levantar gigantes económicos capaces de competir de tú a tú en los mercados más exigentes.

Cuando exploramos la historia de cómo los costarricenses hemos decidido ganarnos la vida y generar riqueza, nos encontramos con

una verdad maravillosa que a menudo pasamos por alto en medio de nuestras preocupaciones diarias. A diferencia de otras latitudes donde el desarrollo económico se forjó bajo la fría premisa de que el pez grande inevitablemente debe devorar al pez chico, en nuestra tierra siempre ha existido una resistencia casi instintiva, una rebeldía del alma, frente a esa lógica de la exclusión. El costarricense, moldeado por la cercanía de sus valles y la horizontalidad de sus orígenes, intuyó desde muy temprano que el progreso que deja al vecino hundido en la miseria no es verdadero progreso, sino el preludio de una fractura social. Por eso, al enfrentarnos a los inmensos desafíos de modernizar nuestra agricultura, llevar electricidad a nuestras montañas y competir en mercados más grandes, no nos limitamos a copiar manuales extranjeros; decidimos inventar y adaptar modelos productivos que tuvieran nuestro propio rostro, modelos donde la generación de riqueza no estuviera divorciada del abrazo solidario.

La expresión más sublime de esta filosofía es, sin lugar a dudas, el movimiento cooperativo costarricense. Para dimensionar su grandeza, le invito a que cierre los ojos por un instante y viaje mentalmente a cualquiera de nuestras zonas rurales. Pensemos en el pequeño productor de café, aquel que cultiva unas cuantas hectáreas heredadas de sus abuelos. Si este hombre estuviera solo frente al mundo, si su única opción fuera enfrentarse individualmente a los grandes compradores internacionales o a los intermediarios despiadados, su destino estaría sellado por la vulnerabilidad. Sería una hoja arrastrada por el viento de las fluctuaciones del mercado. Sin embargo, la genialidad de nuestro espíritu colectivo le ofreció una alternativa revolucionaria: unirse. Al entrelazar sus manos con las de cientos, o miles, de pequeños productores como él, ese agricultor humilde se convierte en dueño de su propio destino. Juntos, logran construir el beneficio para procesar su cosecha, juntos negocian precios justos en el extranjero, juntos acceden a créditos que de otra forma les serían negados, y juntos fundan clínicas, supermercados y programas de becas para que sus hijos puedan asistir a la universidad.

Esta es la magia innegable de la cooperación. En una cooperativa, la dignidad de la persona se coloca muy por encima del peso del capital. Cuando los asociados se reúnen en asamblea general para tomar las

decisiones que definirán el futuro de su empresa, ocurre un milagro democrático que deberíamos celebrar todos los días: el voto del pequeño parcelero vale exactamente lo mismo que el voto del productor más grande de la región. En ese salón comunal, bajo un techo de zinc y con olor a tierra húmeda, se ejerce la forma más pura de la igualdad ciudadana aplicada a la economía. No gobierna el dinero; gobierna la voz humana, el consenso y el interés colectivo. Ese es un acto de confianza en su máxima expresión. "Yo entrego mi cosecha, mi esfuerzo de todo el año a esta organización, porque tengo la certeza absoluta de que la organización somos todos, y de que mis vecinos no me van a traicionar".

El impacto de esta confianza compartida ha transformado literalmente la geografía y la luz de Costa Rica. Recordemos las epopeyas de la electrificación rural cooperativa. En aquellas décadas en que las grandes empresas consideraban que no era "rentable" llevar el tendido eléctrico hasta los pueblos más alejados de nuestras zonas norte, sur y guanacasteca, fueron las propias comunidades las que se organizaron, aportaron sus ahorros, sudaron abriendo huecos en la tierra para colocar los postes y, con la fuerza de la unidad, encendieron los bombillos que iluminaron el futuro de sus hijos. El cooperativismo nos enseñó que la pobreza no es un destino inevitable cuando existe la voluntad férrea de asociarse, y que la riqueza más grande que posee este país no yace en yacimientos de oro bajo la tierra, sino en la capacidad inagotable de nuestra gente para organizarse en torno a un propósito común, demostrando al mundo que la rentabilidad económica y la ternura social pueden caminar de la mano.

Junto a esta fuerza cooperativa rural y urbana, el alma costarricense fue capaz de concebir otro invento extraordinario, una joya de la ingeniería social que nació en nuestra tierra y que hoy es un ejemplo para el mundo: el solidarismo. Para comprender la magnitud de esta invención, debemos retroceder a mediados del siglo XX, una época en la que el mundo entero estaba siendo partido en dos por la Guerra Fría. Los discursos de la época, importados desde realidades muy distintas a la nuestra, intentaban convencernos de que la única relación posible entre un trabajador y su patrono era la guerra. Nos decían que el capital y el trabajo eran enemigos irreconciliables por naturaleza, y que la justicia social solo se alcanzaría a través del conflicto perpetuo, la huelga constante y la destrucción del

adversario. Era una visión basada en la desconfianza absoluta, en la sospecha y en la división de clases.

Frente a ese panorama oscuro, pensadores visionarios de nuestra tierra, con Alberto Martén a la cabeza, se atrevieron a desafiar esa lógica de confrontación con una propuesta que desbordaba humanismo, sensatez y paz. Se preguntaron: ¿qué pasaría si, en lugar de fomentar el odio, creamos un sistema donde el trabajador y el empresario unan sus ahorros en un mismo fondo compartido? ¿Qué pasaría si, en lugar de verse como enemigos en un campo de batalla, se reconocen como aliados indispensables en el mismo barco productivo, entendiendo que si la empresa se hunde, ambos pierden, y que si la empresa prospera, ambos deben gozar de los frutos de ese éxito? De esa chispa de genialidad, de ese rechazo profundo a la violencia como método de reivindicación, nació el movimiento solidarista.

El solidarismo es, en esencia, la institucionalización de la confianza mutua dentro del lugar de trabajo. Cuando un trabajador decide aportar voluntariamente un porcentaje de su humilde salario mes a mes, y su patrono responde aportando un porcentaje equivalente al fondo de cesantía, ambos están firmando un pacto moral de enorme trascendencia. Están diciendo: "creemos el uno en el otro". Esta bolsa común, administrada conjuntamente y de forma democrática por los propios trabajadores, se convierte en el escudo protector de miles de familias. Pensemos en lo que esto significa en la vida real. Significa el préstamo con intereses justos que le permite a un operario de fábrica dejar de pagar alquiler y comprar su primera casa propia. Significa el crédito ágil para pagar la operación médica urgente de un hijo, sin tener que recurrir a las garras de los prestamistas usureros. Significa el alivio de contar con útiles escolares al inicio del curso lectivo, o la paz mental de saber que existe un fondo de retiro que dignificará los años de vejez.

Al sentar a los representantes de los trabajadores y a los gerentes de la empresa en la misma junta directiva para administrar esos fondos, el solidarismo logró algo que las grandes teorías sociológicas consideraban imposible: humanizó las relaciones laborales. En esa mesa de sesiones,

el operario de la máquina y el director de finanzas descubren que, más allá de sus cargos y salarios, comparten las mismas angustias humanas, los mismos anhelos por ver a sus hijos graduarse y el mismo deseo de que la empresa crezca. Las jerarquías se diluyen frente al peso de la responsabilidad compartida. Se genera un diálogo directo, transparente y profundamente constructivo que previene los conflictos antes de que estallen, convirtiendo los centros de trabajo en verdaderas escuelas de paz social. Costa Rica le demostró al mundo que no es necesario incendiar la fábrica para lograr justicia; basta con iluminarla con la luz del respeto mutuo y de la responsabilidad compartida.

Si analizamos con detenimiento ambos modelos —el cooperativismo y el solidarismo— nos daremos cuenta de que su valor trasciende con creces el impacto meramente financiero. Son, en realidad, los pulmones a través de los cuales respira y se oxigena nuestra democracia cotidiana. A menudo nos lamentamos de que la ciudadanía participe cada vez menos en la política tradicional, y nos preocupamos por la apatía que vacía los centros de votación. Sin embargo, no siempre reparamos en que la vocación democrática del costarricense sigue latiendo con una fuerza arrolladora en estas organizaciones de la economía social.

Cuando un asociado asiste a la asamblea de su cooperativa rural o a la reunión de su asociación solidarista, está ejerciendo una ciudadanía activa de altísima calidad. Allí debate, escucha informes financieros, cuestiona a sus dirigentes, propone soluciones y vota de manera secreta y directa por quienes administrarán su patrimonio. En esos espacios, la persona aprende las virtudes cívicas más complejas: aprende a perder una votación y a respetar el mandato de la mayoría sin recurrir a la violencia; aprende a fiscalizar el uso de los recursos colectivos; y descubre que el poder no es un cheque en blanco para el beneficio personal, sino un encargo temporal que exige rendición de cuentas. Es decir, mientras que en la esfera política nacional a veces sentimos que la confianza se resquebraja, en estas organizaciones de la economía solidaria, la confianza se reconstruye, se amasa y se hornea todos los días.

De cara a las próximas décadas, el gran reto que enfrentamos no es simplemente preservar estas joyas de nuestra historia como si fueran piezas de museo. El verdadero desafío es inyectar este mismo ADN de solidaridad, participación y bien común en las nuevas formas de emprendimiento y en las empresas tecnológicas del siglo XXI. El progreso que nos espera, impulsado por la inteligencia artificial, los servicios globales y la automatización, corre el riesgo de volverse profundamente deshumanizante si no le imprimimos nuestra huella genética. Necesitamos que las nuevas generaciones de empresarios y emprendedores comprendan que el éxito financiero individual, aunque es legítimo y necesario, alcanza su verdadera grandeza moral únicamente cuando se convierte en un vehículo para la prosperidad compartida.

La empresa privada en todas sus formas —la tradicional, la cooperativa y la que abriga al solidarismo— es el escenario donde debe gestarse la reconciliación nacional. Es allí donde demostramos que la ética no es un freno para el desarrollo, sino el único motor capaz de garantizar que el viaje valga la pena. Cuando elegimos el camino del trabajo honrado, del respeto por el colaborador y del compromiso genuino con la comunidad, estamos rechazando la improvisación y la ceguera de la que nos advertía Ricardo Gerli. Estamos eligiendo un norte claro. Estamos declarando, con la fuerza invencible de los hechos, que en Costa Rica el crecimiento económico tiene rostro humano, que nadie sobra en la mesa del desarrollo, y que la confianza, esa infraestructura invisible que sostiene a nuestra patria, se forja con el sudor, la inteligencia y la nobleza de todos y cada uno de nosotros.

Hablemos, entonces, de la verdadera naturaleza de la riqueza. En el lenguaje frío de la economía tradicional, la riqueza suele medirse exclusivamente a través de los estados financieros, los márgenes de ganancia y los balances a final de mes. Sin embargo, para la visión humanista que ha moldeado históricamente el carácter de Costa Rica, esa definición resulta dolorosamente incompleta. De poco o nada sirve que una empresa acumule cifras extraordinarias en sus cuentas bancarias si, al asomarnos por las ventanas de sus oficinas, lo que observamos es un paisaje de miseria, desigualdad y desesperanza. La riqueza que se encierra

entre cuatro paredes y no logra derramarse sobre la comunidad que la rodea es, en el fondo, una riqueza triste, un espejismo de prosperidad que tarde o temprano será consumido por la inestabilidad social. En nuestra patria, siempre hemos intuido que la verdadera abundancia no consiste únicamente en cuánto logramos acumular, sino en cuánto bienestar somos capaces de distribuir y compartir con quienes nos acompañan en el viaje de la vida.

Esta idea de la "riqueza compartida" no es un llamado a la caridad condescendiente ni un ataque al legítimo derecho de generar utilidades. Todo lo contrario. Es la comprensión profunda de que las empresas más exitosas, perdurables y amadas por la sociedad son aquellas que logran alinear su éxito financiero con el progreso de su entorno. Cuando un emprendimiento florece y sus dueños deciden, por convicción íntima, reinvertir una parte de esos frutos en mejorar las condiciones de sus trabajadores, en capacitar a las nuevas generaciones o en proteger el ecosistema local, están activando la fuerza más transformadora del universo social. Están demostrando que el capital, cuando es guiado por una brújula ética y un corazón compasivo, deja de ser un instrumento de dominación para convertirse en un motor de liberación humana. En esa mesa compartida del desarrollo, el empresario y el trabajador descubren que no son antagonistas disputándose las migajas de un pastel, sino aliados indispensables capaces de hornear, juntos, un futuro mucho más grande para todos.

Esa es la razón por la cual la responsabilidad social no puede, bajo ninguna circunstancia, ser reducida a un simple departamento corporativo, a una campaña de relaciones públicas para limpiar la imagen de una marca, o a un folleto satinado que se reparte a final de año para cumplir con un requisito burocrático. La responsabilidad social auténtica, esa que verdaderamente regenera la confianza de una nación, nace de una convicción moral inquebrantable que atraviesa todas y cada una de las decisiones del negocio. Es la ética en estado puro, latiendo en las venas de la organización. Es la conciencia de saber que el río que pasa detrás de las instalaciones de la fábrica es exactamente el mismo río del cual beberán nuestros nietos; que el aire que respira la comunidad vecina no puede ser

envenenado en nombre de la reducción de costos; y que la salud mental y física de quienes operan las maquinarias es infinitamente más sagrada que cualquier cuota de producción. Cuando el liderazgo empresarial asume esta visión de forma genuina, la empresa se transfigura: deja de ser una simple maquinaria de hacer dinero para convertirse en un pulmón vital de la comunidad, en un vecino entrañable al que todos quieren cuidar y proteger porque saben que su éxito es el éxito de todos.

Si recordamos las profundas heridas de exclusión y violencia que abordamos en capítulos anteriores, comprenderemos que el sector productivo tiene en sus manos una de las herramientas de sanación más poderosas que existen, una que el Estado jamás podrá igualar por sí solo: la creación de oportunidades reales para quienes han sido marginados. Pensemos por un instante en los jóvenes que habitan en aquellos barrios estigmatizados por la delincuencia, muchachos y muchachas que envían decenas de currículos todos los meses y que a menudo son rechazados simplemente por el código postal que aparece en su dirección. Para ese joven que se siente invisible, que está a punto de rendirse ante la desesperación y que es acechado por las falsas promesas del crimen organizado, la oportunidad de un primer empleo formal es mucho más que un contrato laboral; es un salvavidas lanzado en medio de un naufragio existencial.

Cuando una empresa decide, con audacia y empatía, abrirle las puertas a ese joven sin experiencia, brindarle capacitación y confiar en su potencial, está realizando un acto supremo de pacificación nacional. Ese primer salario ganado con el sudor de la frente es el escudo más impenetrable contra las balas de las pandillas. Le otorga al muchacho una identidad, un sentido de pertenencia, una rutina digna y, sobre todo, le devuelve la fe en sí mismo y en su país. Le demuestra que la sociedad no lo ha descartado y que el esfuerzo honesto sí rinde frutos. Ningún programa gubernamental de prevención de la violencia tiene la capacidad de transformar una vida, y por extensión a toda una familia, con la contundencia con la que lo hace un empleo digno. En este sentido, los empresarios, comerciantes y emprendedores que se atreven a contratar y a formar a nuestros jóvenes vulnerables son, sin lugar a dudas, los verdaderos constructores de la paz en las próximas décadas. Son héroes cívicos que, desde el silencio de sus

talleres, oficinas y comercios, están librando la batalla más importante por el alma de Costa Rica.

Pero para que las empresas puedan cumplir con este rol heroico y transformador, es imperativo que la sociedad y el Estado las respalden, eliminando la telaraña de trámites absurdos, cargas desproporcionadas y trabas burocráticas que a menudo asfixian la iniciativa privada. Si como país hemos reconocido que necesitamos de la empresa y de la familia para sacar adelante a nuestra sociedad, como bien nos recordaba Elena María Fonseca, entonces debemos ser coherentes y crear un entorno donde emprender deje de ser un vía crucis para convertirse en una celebración de la creatividad. Necesitamos un Estado que confíe en sus emprendedores, que asuma la buena fe del ciudadano que desea abrir un pequeño negocio, y que castigue la trampa sin paralizar al honesto. La confianza debe fluir en ambas direcciones: el empresario confiando en que el Estado garantizará las reglas del juego y la seguridad jurídica, y el Estado confiando en que el empresario será el mejor aliado para erradicar la pobreza y llevar bienestar a cada rincón del territorio.

Al contemplar la inmensidad de los retos que se perfilan en el horizonte de las próximas décadas, es fácil sentirse abrumado. La revolución tecnológica, las crisis climáticas globales y las tensiones geopolíticas pondrán a prueba la resiliencia de nuestro modelo de convivencia. Sin embargo, al observar la fuerza indestructible de nuestro tejido productivo humanista, la maravilla de nuestro cooperativismo solidario, la paz que se respira en nuestras asociaciones solidaristas y la valentía de miles de pequeñas y medianas empresas que se niegan a rendirse ante la adversidad, la única respuesta lógica y moralmente aceptable es la esperanza. No una esperanza pasiva que espera sentada a que las cosas mejoren por arte de magia, sino una esperanza militante, una esperanza de mangas arrolladas y botas puestas, lista para salir a trabajar desde la primera luz del alba.

El reto de confiar es, en última instancia, una invitación apasionada a que todos nos reconozcamos como constructores de este gran edificio llamado Costa Rica. Ya no hay espacio para los espectadores cínicos que se sientan en la gradería a criticar el esfuerzo de los demás. Hoy, la patria nos exige

a todos, sin excepción, que bajemos a la arena. Le exige al empresario que dirija su compañía con la misma ternura y rigor con la que dirige su propio hogar; le exige al trabajador que entregue su mejor esfuerzo, sabiendo que en cada tarea bien hecha está dignificando su nombre y el de su familia; y le exige a la sociedad entera que vuelva a abrazar la cultura del esfuerzo, del mérito y de la honradez como las únicas monedas de cambio válidas para comprar nuestro pasaje hacia el futuro.

La riqueza más grande que podremos legarle a las generaciones venideras no será un país libre de problemas, pues eso es una utopía inalcanzable. El legado más hermoso que podemos dejar será una nación donde la confianza mutua sea tan profunda y tan sólida, que ningún problema, por gigantesco que parezca, tenga la capacidad de fracturarnos. Será un país donde el dolor de uno sea el dolor de todos, y donde el éxito de una empresa se celebre en las calles del barrio como un triunfo de la comunidad entera. Hacia esa visión caminamos, guiados por la certeza inquebrantable de que, cuando los costarricenses decidimos unir nuestro talento, nuestra ética y nuestro corazón en un propósito común, no hay fuerza en la historia capaz de detenernos.

Capítulo 9

EL PACTO INTERGENERACIONAL

"Perder la esperanza es lo peor que le puede pasar al ser humano, porque perder la esperanza nos hace perder la última de nuestras fortalezas interiores para enfrentar el futuro."

— Dr. José Antonio Lozano, Doctor en Derecho

Cuando las tardes caen sobre nuestros valles y el cielo se tiñe con esos arreboles rojizos que parecen pintar un cuadro distinto cada día, es casi imposible no guardar silencio y sentir una gratitud inmensa por el simple milagro de haber nacido en esta franja de tierra bendita. A lo largo de estas páginas hemos transitado por caminos difíciles, hemos mirado a los ojos a nuestras deudas sociales, a nuestras fracturas institucionales y a los dolores que aquejan a nuestro tejido humano. Pero al cruzar el umbral de esta última parte de nuestra reflexión —el puente que nos conecta con la Costa Rica de las próximas décadas—, debemos hacerlo despojados de cualquier rastro de amargura. Y es aquí donde las palabras del Dr. José Antonio Lozano se clavan en el centro exacto de nuestra conciencia: perder la esperanza no es simplemente un estado de ánimo pasajero; es una claudicación del espíritu, es entregar las llaves de nuestro futuro antes de haber dado la batalla. La esperanza, entendida no como un optimismo ingenuo que ignora los problemas, sino como esa fortaleza interior indomable de la que habla el doctor Lozano, es la única fuerza capaz de sostener el puente por el cual transitarán nuestros hijos.



LA ESPERANZA COMO EL PUENTE HACIA EL MAÑANA

Esta esperanza activa y militante nos exige plantearnos el desafío moral más grande, misterioso y hermoso que puede asumir una generación: la firma de un pacto sagrado con personas que todavía no conocemos. A lo largo de la historia, los seres humanos hemos aprendido a firmar acuerdos de paz con nuestros adversarios, a sellar pactos sociales con nuestros vecinos y a negociar contratos con nuestros pares comerciales. Todos estos acuerdos tienen algo en común: los firmamos con personas que podemos mirar a los ojos, personas que pueden reclamarnos si incumplimos la palabra empeñada. Pero el pacto intergeneracional es de una naturaleza infinitamente superior y mucho más exigente. Nos obliga a comprometernos, desde lo más profundo de nuestra ética, con el bienestar, la salud y la libertad de aquellos costarricenses que aún no han nacido. Los hijos de los hijos de nuestros nietos no están aquí hoy para sentarse a la mesa de negociaciones; no pueden votar en las próximas elecciones, no pueden marchar por nuestras avenidas exigiendo sus derechos, ni pueden levantar la voz para defender el territorio que un día habitarán. Su única línea de defensa, su única garantía de que heredarán un país habitable, somos nosotros.

Para comprender la inmensidad de este pacto con el futuro, a veces es necesario hacer el ejercicio inverso y volver la mirada hacia el pasado. Quienes peinamos canas recordamos con una nostalgia que nos aprieta la garganta la Costa Rica de nuestra infancia. Recordamos el olor inconfundible a tierra mojada que anunciaba los primeros aguaceros de mayo, devolviéndole el verdor a los potreros sedientos. Recordamos la transparencia de aquellos ríos en los que aprendimos a nadar, ríos que cruzaban nuestros pueblos sin el asedio de la contaminación, ofreciendo sus pozas como el principal centro de recreo para las familias enteras. Recordamos los patios de las casas de nuestras abuelas, verdaderos santuarios de vida donde siempre había un árbol de mango o de guayaba regalando sombra, y donde el canto de los yigüirros era la única alarma que necesitábamos para despertar.

Nuestros abuelos y bisabuelos, en su inmensa mayoría, no fueron a

las grandes universidades a estudiar ecología, ni conocían términos sofisticados como "sostenibilidad", "cambio climático" o "huella de carbono". Y, sin embargo, poseían una sabiduría ancestral, un sentido común ligado a los ciclos de la naturaleza, que los hacía comprender con absoluta claridad que la tierra no les pertenecía; ellos pertenecían a la tierra. Sabían que no se podía talar el árbol que protegía la naciente de agua, porque hacer eso equivalía a condenar a sus propios hijos a morir de sed. Sabían que el suelo requería descanso, que las semillas debían guardarse con reverencia para la próxima siembra y que los animales del monte cumplían una función en el equilibrio perfecto de la montaña. Ellos, sin redactar grandes tratados internacionales, firmaron con sangre y sudor el pacto intergeneracional que nos permitió a nosotros disfrutar de los parques nacionales, de los bosques nubosos y de la biodiversidad que hoy presumimos ante el mundo con tanto orgullo.

La pregunta que hoy golpea las puertas de nuestra conciencia con una urgencia que no admite más demoras es abrumadora: ¿Seremos nosotros, la generación que tiene a su disposición más información, más tecnología y más recursos en toda la historia de la humanidad, capaces de honrar ese mismo pacto? ¿O seremos recordados en los libros de historia de las próximas décadas como la generación que, embriagada por el consumo desmedido y la inmediatez, decidió hipotecar la casa grande, talar el último árbol y secar el último río para satisfacer los caprichos del presente? El territorio que habitamos, nuestras costas bañadas por dos océanos, nuestras llanuras fértiles y nuestros imponentes volcanes, no son simplemente un decorado de fondo para nuestras actividades económicas. Son la cuna de nuestra identidad. Si permitimos que se destruya nuestro entorno natural, no solo perderemos una fuente incalculable de riqueza biológica y turística; perderemos el paisaje que moldea el alma del costarricense.

Es fundamental que dejemos de hablar de "medio ambiente" como si fuera un ente abstracto, técnico y separado de nuestra vida cotidiana, y comencemos a hablar de "nuestra casa", de la geografía de nuestros afectos. Cuando un agricultor ve cómo la sequía prolongada agrieta la tierra que su familia ha labrado por generaciones, no está enfrentando un problema

climático en el vacío; está viendo cómo se marchitan sus recuerdos y cómo se evapora el sustento de sus hijos. Cuando una comunidad costera observa aterrorizada cómo el mar, enfurecido por los cambios globales, amenaza con tragarse sus viviendas y su pequeña escuela, no estamos ante una estadística de elevación del nivel del océano; estamos ante el llanto de una madre que no sabe a dónde llevar a dormir a sus niños esta noche. El dolor de la tierra se traduce, de manera inevitable y cruel, en el sufrimiento de los más vulnerables.

Por eso, el abrazo ecológico que le debemos a las futuras generaciones es, en el fondo, el mayor acto de amor y de solidaridad comunitaria que podemos ejercer. No se trata únicamente de proteger a la rana de ojos rojos, a los jaguares o a las tortugas marinas, aunque su conservación sea un deber ético incuestionable. Se trata de proteger el derecho humano fundamental de que el niño costarricense que nazca en el año 2040 pueda respirar aire limpio al salir de su casa para ir a la escuela. Se trata de asegurarnos de que la muchacha que decida emprender un proyecto agrícola en las próximas décadas encuentre una tierra fértil y un clima que no haya enloquecido por completo debido a nuestra irresponsabilidad. Y se trata, por encima de todo, de poder mirarnos en el espejo durante el ocaso de nuestras propias vidas y sentir la paz profunda de haber sido guardianes fieles del tesoro que se nos prestó por un breve instante en la inmensidad del tiempo.

El pacto territorial que necesitamos renovar nos exige, además, repensar la forma en que habitamos nuestros espacios urbanos. Hemos construido ciudades que a menudo nos asfixian, que nos separan con muros de concreto y que han expulsado a la naturaleza hacia los márgenes, priorizando el ruido de los motores sobre el encuentro humano. Y sin embargo, en lo más profundo de nuestro ser, seguimos siendo un pueblo que anhela el verdor. Anhelamos desesperadamente aceras donde podamos caminar bajo la sombra de los robles sabana, parques de barrio donde los niños puedan correr sobre el zacate y no sobre el asfalto ardiente, y espacios públicos que inviten a la contemplación y al diálogo, no al encierro. Reconectar nuestras ciudades con la vida natural no es un lujo estético; es una necesidad urgente para sanar nuestra salud mental, para pacificar

nuestros espíritus acelerados y para devolverle a nuestras comunidades esa escala humana y cálida que la velocidad del mundo moderno nos ha intentado arrebatar.

LA PAZ QUE BROTA DE LA TIERRA

Si observamos con el corazón atento y nos permitimos leer entre las líneas de nuestra propia historia, descubriremos que la vocación pacifista de Costa Rica —ese civilismo del que tan justamente nos enorgullecemos— no nació únicamente de los decretos firmados por nuestros gobernantes, sino que brotó, de manera natural y misteriosa, de nuestra relación íntima con el paisaje. Existe una conexión profunda, casi espiritual, entre la geografía de un país y el carácter de su gente. No es casualidad que un pueblo que creció rodeado de montañas verdes que abrazan los valles, arrullado por el sonido constante de los ríos y bendecido por una tierra que agradece cada semilla con una cosecha abundante, haya elegido el camino del diálogo por encima del estruendo de los cañones. La paz social de nuestra nación siempre ha sido, en su forma más elemental, un reflejo de la paz de nuestro entorno natural. Y es precisamente por esta razón que la destrucción del medio ambiente representa una forma de violencia que termina, inevitablemente, desgarrando nuestro propio tejido humano.

A menudo caemos en el error de pensar que la violencia solo se manifiesta cuando hay armas o confrontaciones físicas en las calles. Sin embargo, hay una violencia silenciosa y devastadora en el acto de secar una naciente de agua que abastece a toda una comunidad para satisfacer la sed desmedida de un proyecto sin planificación. Hay una violencia profunda en contaminar los mares donde el pescador artesanal busca el sustento diario para sus hijos, y hay una agresión innegable cuando permitimos que la avaricia tale en un solo día el bosque primario que a la naturaleza le tomó siglos levantar. Cuando agredimos a la tierra con esa furia extractiva, cuando la tratamos no como la casa grande que nos cobija sino como una bodega de recursos infinitos a la cual podemos saquear sin consecuencias, estamos introduciendo el veneno del despojo en el alma de la sociedad. Un país que se acostumbra a maltratar su geografía, tarde o temprano se

acostumbra a maltratar a su propia gente, porque quien pierde el respeto por el milagro de la vida en la naturaleza, inevitablemente termina perdiendo el respeto por la dignidad de la vida humana.

Por el contrario, el acto de conservar, de proteger y de restaurar nuestros ecosistemas es, en el fondo, un ejercicio supremo de construcción de paz comunitaria. Pensemos en el inmenso valor social que tiene un río limpio cruzando un pueblo. Ese río no es solo una corriente de agua; es la plaza pública más antigua que conocemos. Es el lugar donde las familias se reúnen los domingos, donde los niños de distintos barrios, sin importar si sus padres son ricos o pobres, se lanzan a la misma poza compartiendo las mismas risas bajo el mismo sol. Cuando rescatamos un río, cuando reforestamos una cuenca o cuando limpiamos una playa comunal, estamos rescatando el escenario mismo donde ocurre el encuentro humano. Estamos defendiendo la infraestructura invisible de la confianza, porque es en esos espacios de disfrute colectivo, bajo la sombra generosa de los árboles, donde los costarricenses nos reconocemos como iguales y donde recordamos que la patria es un patrimonio que nos pertenece a todos por igual.

En este esfuerzo por honrar el pacto con las generaciones venideras, la naturaleza se convierte además en la gran maestra que nuestro tiempo acelerado necesita con tanta desesperación. Vivimos en la era de la inmediatez, de los resultados para mañana, del consumo rápido y del descarte instantáneo. La tecnología nos ha condicionado a frustrarnos si una página de internet tarda más de tres segundos en cargar o si un mensaje no es respondido al instante. Esta impaciencia crónica se ha filtrado peligrosamente en nuestra vida política y social, llevándonos a exigir que los problemas históricos del país se resuelvan por arte de magia en cuestión de meses, y empujándonos al cinismo cuando comprobamos que las verdaderas transformaciones toman tiempo.

Frente a este frenesí agotador, el territorio nos impone su propio ritmo, un ritmo sabio, milenario y profundamente sanador. La tierra no sabe de redes sociales, ni de encuestas de popularidad, ni de ciclos electorales cortos. La naturaleza nos enseña, con la contundencia de sus ciclos, que

todo lo que verdaderamente vale la pena en este mundo exige paciencia y respeto por los tiempos de maduración. Un árbol de guanacaste no alcanza su majestuosidad de la noche a la mañana; requiere de décadas de sol, de lluvia paciente, de resistir los embates del viento y de hundir sus raíces en la oscuridad de la tierra antes de poder extender sus inmensas ramas para regalar sombra a los viajeros. Del mismo modo, la regeneración de un bosque destruido no se decreta por ley; es un proceso dolorosamente lento que demanda el esfuerzo constante de una comunidad entera a lo largo de varias generaciones.

Esta es exactamente la misma paciencia estratégica que requiere la reconstrucción de la confianza y el progreso en Costa Rica. Si queremos heredar un país sólido, pacífico y próspero para las próximas décadas, debemos abandonar la infantil ilusión de las soluciones mágicas de corto plazo y abrazar la madurez de los procesos largos. Debemos aprender a sembrar hoy, con el sudor de nuestra frente, sabiendo que los frutos más dulces de nuestro esfuerzo quizás no los saboreemos nosotros, sino aquellos que vendrán a ocupar nuestro lugar cuando ya no estemos. Esa es la esencia pura del pacto intergeneracional: es la renuncia voluntaria al egoísmo del presente en favor del bienestar del futuro.

Existe un proverbio antiguo y bellísimo que dice que una sociedad alcanza su verdadera madurez cuando las personas ancianas plantan árboles bajo cuya sombra saben, con absoluta certeza, que nunca se llegarán a sentar. Qué imagen tan poderosa y tan necesaria para la Costa Rica de hoy. En un mundo que nos empuja constantemente a buscar el beneficio propio, el reconocimiento público y la gratificación inmediata, el acto de cavar un hoyo en la tierra, depositar una pequeña semilla, regarla con cuidado y protegerla, sabiendo que el árbol solo será majestuoso cuando nosotros ya seamos polvo, es quizás la mayor declaración de amor que un ser humano puede hacerle a la vida.

Es un acto de fe. Es decirle al universo que creemos rotundamente en el futuro. Que confiamos en que habrá niños corriendo por esos campos en las próximas décadas, y que deseamos, con toda el alma, que el sol no los queme y que el viento les traiga el canto de los pájaros. Cuando asumimos

nuestra responsabilidad ecológica y espacial, no lo hacemos simplemente para cumplir con una meta estadística de reducción de emisiones o para quedar bien en los foros internacionales. Lo hacemos porque el amor por nuestra descendencia nos lo exige desde lo más hondo de las entrañas. Lo hacemos porque queremos que la historia de esta pequeña gran nación llamada Costa Rica no termine con nosotros, sino que continúe escribiéndose con letras verdes sobre el lienzo de un territorio sano.

El reto de confiar, que ha sido el hilo conductor de todas estas reflexiones, encuentra en la tierra su prueba de fuego. Requerimos confiar los unos en los otros para frenar la destrucción de nuestros recursos; requerimos confiar en el conocimiento científico para adaptar nuestras formas de producción; pero, sobre todo, requerimos confiar ciegamente en que el sacrificio que hagamos hoy, la comodidad a la que renunciemos en el presente para no contaminar y la valentía con la que defendamos nuestros ríos y montañas, se convertirán en el abrazo invisible con el que acogeremos a los costarricenses del mañana. Ellos, los que aún no nacen, son los verdaderos dueños de este paraíso. A nosotros solo se nos concedió el inmenso honor de ser sus cuidadores. Y el éxito de nuestra generación no será medido por la cantidad de cemento que logremos verter sobre nuestros valles, sino por la devoción con la que logremos mantener viva la última de nuestras fortalezas interiores, esa esperanza inquebrantable de la que nos habla el doctor Lozano, resguardando la fertilidad de la tierra para que la vida, en toda su espléndida diversidad, pueda seguir abriéndose paso en el corazón de América.

EL PAISAJE COMO ESPEJO DEL ALMA NACIONAL

Si nos detenemos a contemplar con detenimiento nuestra forma de ser, nuestra manera de hablar y hasta el ritmo con el que caminamos por la vida, descubriremos que el costarricense es, en su esencia más íntima, una obra esculpida por su geografía. No somos simplemente un grupo de personas que habitan sobre un pedazo de tierra por un accidente del destino; somos tierra que respira, somos agua que piensa, somos el reflejo exacto del paisaje que nos rodea. Nuestra identidad cultural no se forjó en los fríos pasillos de

los palacios imperiales europeos ni en las inmensas planicies desérticas, sino en la intimidad de los valles, en el abrazo apretado de la neblina sobre las montañas y en la exuberancia de una selva que se desborda de vida a cada paso. Esa frase tan nuestra, el "pura vida", que hoy tristemente a veces se reduce a un simple eslogan para vender paquetes turísticos, nació originalmente como una respuesta profundamente filosófica ante la abundancia de nuestro entorno. Era el reconocimiento humilde del campesino que, al asomarse por la ventana, comprobaba que la tierra le seguía regalando el milagro de la germinación.

Por esta razón fundamental, cuando defendemos nuestros ecosistemas no estamos protegiendo únicamente un inventario biológico de flora y fauna; estamos defendiendo el alma misma de la nación. La pérdida de nuestros espacios naturales trae consigo una pérdida silenciosa pero letal de nuestra memoria cultural. Si permitimos que el cemento devore el último rincón verde de nuestros barrios, no solo perderemos frescura y sombra; perderemos el escenario donde nacieron nuestras leyendas, perderemos la inspiración de nuestra música tradicional y perderemos esa conexión mística con la creación. Nuestra relación con el entorno es casi un lenguaje secreto, una aventura trascendental donde alguna vez aprendimos a escuchar la sinfonía de los bosques y el canto de las aves, no como simples ruidos de fondo, sino como voces sabias que nos revelan los misterios de nuestra propia existencia y nos conectan con algo mucho más grande que nosotros mismos. Un país que olvida cómo interpretar ese lenguaje primigenio de la naturaleza, es un país que se queda mudo ante la vida.

En las próximas décadas, el mayor peligro que enfrentamos no es que el progreso económico nos alcance, sino que ese progreso se construya dándole la espalda a nuestra esencia. Si para convertirnos en un país "desarrollado" tenemos que sacrificar la pureza de nuestros acuíferos, si tenemos que encerrarnos en torres de cristal donde no entra el viento y donde no conocemos el nombre de nuestro vecino, entonces ese desarrollo es una estafa monumental. El verdadero desafío del futuro de Costa Rica es demostrarle a la humanidad que la modernidad y la tecnología no tienen por qué ser los verdugos de la naturaleza. Podemos tener una economía

vibrante, servicios globales de primer mundo y un sistema de transporte altamente eficiente, pero todo ello debe estar entrelazado armoniosamente con el respeto sagrado por nuestro territorio, asegurando que el progreso tenga siempre el inconfundible aroma a tierra nuestra.

Este pacto intergeneracional y ecológico que estamos llamados a firmar con las generaciones venideras es, en definitiva, el puente más importante que debemos construir. Es el puente que nos permitirá cruzar desde esta época de incertidumbre, polarización y desconfianza, hacia una era de madurez cívica renovada. Pero este puente no se sostiene con cables de acero ni con pilares de concreto armado; se sostiene con la fuerza invisible de la ética, con la ternura de nuestra compasión y con la valentía de nuestras convicciones. Exige de nosotros la humildad de aceptar que somos aves de paso en este mundo, y que la única forma de alcanzar la inmortalidad es dejando un legado de vida, de paz y de belleza para aquellos que ocuparán nuestras sillas cuando nuestra voz se haya apagado.

A lo largo de este libro hemos escarbado en las raíces de la desconfianza nacional. Hemos visto cómo la exclusión, el déficit de credibilidad, la polarización de la plaza pública y el abandono de nuestros barrios han ido abriendo grietas en la casa grande. Pero también hemos redescubierto la fuerza invencible de nuestros constructores: la familia como primer refugio, la comunidad organizada, el trabajo honesto, la educación, el cooperativismo y la empresa con rostro humano. Todas estas son herramientas formidables que tenemos a nuestra disposición. No somos un país que deba empezar de cero. Tenemos los cimientos intactos, tenemos la memoria histórica de lo que somos capaces de lograr cuando nos unimos, y tenemos, sobre todo, un amor profundo, casi doloroso, por este pedacito de tierra.

Recuperar la confianza —el gran reto de nuestro siglo— no significa que debamos estar de acuerdo en todo, ni que mágicamente desaparecerán nuestros problemas y diferencias. Confiar significa, simplemente, tener la certeza de que el costarricense que camina a nuestro lado, por más distinto que sea su origen o su pensamiento, comparte con nosotros el deseo fundamental de ver prosperar a sus hijos bajo este mismo cielo.

Cuando interiorizamos esa verdad, el miedo se disipa y la esperanza se abre paso. Y al hacerlo, nos damos cuenta de que el puente hacia el futuro no es un lugar lejano al que debemos llegar, sino que es algo que estamos construyendo bajo nuestros pies con cada decisión justa, con cada abrazo solidario y con cada árbol que sembramos con paciencia en el presente.

Con esta certeza en el corazón, nos acercamos al final de nuestra travesía reflexiva. Nos preparamos ahora para extraer de todo este recorrido las lecciones definitivas, esas grandes síntesis operativas y espirituales que nos servirán como faro indiscutible para navegar las aguas de las próximas décadas y entregarle a nuestros nietos la Costa Rica grande, justa y luminosa que todos sabemos, en lo más profundo de nuestra alma, que podemos llegar a ser.

Capítulo 10

EL NUEVO PUENTE

"El pacto social no se hereda intacto; se conquista y se renueva cada día. La Costa Rica del futuro será el resultado exacto del diálogo, la responsabilidad y la confianza que estemos dispuestos a sembrar hoy."

— Jorge Woodbridge

Hemos llegado al final de esta travesía compartida. Al mirar hacia atrás y contemplar el camino que hemos recorrido juntos a lo largo de estas páginas, es natural sentir una mezcla profunda de emociones. Hemos tenido la valentía de encender la luz y caminar por las habitaciones más oscuras de nuestra casa grande; no hemos apartado la mirada ante la dureza de la exclusión social, ante el frío de nuestras instituciones desgastadas, ni ante la amenaza del miedo que a veces paraliza a nuestros barrios. Reconocer esas grietas duele, porque a nadie le resulta indiferente ver sufrir la tierra y a la gente que ama. Sin embargo, este recorrido nunca tuvo el propósito de hundirnos en la desesperanza ni de redactar un inventario de lamentos. Todo lo contrario. Ha sido una exploración necesaria para encontrar el punto exacto desde el cual debemos impulsarnos para volver a emerger.



EL INVENTARIO DEL ALMA

En la historia de las naciones, al igual que en la biografía íntima de cada individuo, los momentos de mayor turbulencia suelen ser los precursores de los renacimientos más extraordinarios. Nuestra historia nacional es, en el fondo, una aventura trascendental; un viaje donde cada generación es llamada a enfrentar sus propios demonios para redescubrir el sentido de su existencia. Es aquí donde las palabras del doctor José Antonio Lozano nos ofrecen un consuelo que trasciende la simple teoría para tocar el núcleo mismo de nuestra condición humana:

"Los seres humanos que han enfrentado la tragedia y el dolor y lo han superado, resulta que son mucho más desarrollados, más maduros, pero sobre todo más felices que los que no lo han pasado."

Esta poderosa afirmación es la brújula emocional con la que debemos leer el momento histórico de Costa Rica. La crisis de confianza que padecemos, la violencia que nos asedia y la desigualdad que nos duele son nuestra tragedia contemporánea. Es una pérdida de la inocencia, sin duda. Pero si decidimos, como un solo cuerpo cívico, enfrentar este dolor de frente, sin evadir nuestra responsabilidad y abrazando a quienes han quedado rezagados, el país que surgirá del otro lado de la tormenta no será la misma Costa Rica de antes; será una nación infinitamente más madura, más profunda y más consciente de su propia fortaleza. La verdadera felicidad de un pueblo no se encuentra en la ausencia de problemas —una ilusión que no existe en este mundo—, sino en la certeza absoluta de poseer la capacidad colectiva para superarlos. Las cicatrices que nos dejen estas crisis serán, en el futuro, el testimonio imborrable de que fuimos una generación que se negó a rendirse y que supo transformar su dolor en la levadura de un nuevo amanecer.

Frente a la inmensidad de este reto, la tentación de nuestra época tecnocrática sería cerrar este libro con un listado de políticas públicas, un decálogo de reformas legales o un manual de instrucciones económicas con fechas de vencimiento. Pero a estas alturas de la vida, y después de haber escuchado a tantos compatriotas abrir su corazón, tengo la

convicción de que las leyes y los presupuestos, aunque necesarios, son estructuras vacías si no están habitadas por el espíritu correcto. Lo que Costa Rica necesita con urgencia para construir el puente hacia su futuro no es un listado de acciones burocráticas, sino un verdadero inventario del alma.

Es la sabiduría de Maris Stella la que nos regala, con una claridad deslumbrante, los materiales exactos con los que debemos edificar este puente, cuando nos confiesa desde su propia trinchera de lucha diaria:

"Me empecé a dar cuenta que habían cuatro actitudes básicas principales para poder transformar una sociedad: confianza, constancia, locura y ternura."

Detengámonos con reverencia ante cada una de estas palabras, porque en ellas reside el secreto de nuestro pacto social renovado.

La primera es la confianza.
Ha sido el latido constante de este libro y es el cimiento sobre el cual descansa todo lo demás. La confianza es el acto de rebeldía cívica más grande que podemos ejercer en la era de la polarización. Es la decisión valiente de bajar nuestras defensas, de mirar al vecino a los ojos y de creer en la honestidad de su esfuerzo. Sin confianza, el Estado es una cárcel, la empresa es una selva y el barrio es una trinchera. Recuperarla nos exige cumplir nuestra palabra, rendir cuentas con transparencia y recordar todos los días que el compatriota que piensa distinto a nosotros no es nuestro enemigo, sino un compañero de viaje que observa el mismo paisaje desde una ventana diferente.

La segunda es la constancia.
Es la virtud silenciosa de los constructores. Es el sudor del agricultor que no espera que la cosecha brote al día siguiente de haber sembrado la semilla; es la disciplina del maestro rural que repite la lección con infinita paciencia; es el esfuerzo del emprendedor que vuelve a levantar la cortina de su negocio después de haber quebrado. La constancia nos vacuna contra la enfermedad del cinismo y contra la ilusión de los mesías políticos

que prometen atajos mágicos. Nos recuerda que la patria se zurce todos los días, puntada a puntada, y que el amor verdadero por nuestro país se demuestra en la terquedad luminosa de no abandonar la obra cuando el sol calienta demasiado o cuando arrecia la tormenta.

La tercera es la locura.
No la locura de la insensatez, sino la locura de la audacia. Es esa chispa de genialidad mitológica que a lo largo de nuestra historia nos hizo creer que un país diminuto, sin grandes riquezas minerales, podía asombrar al mundo aboliendo su ejército para invertir en cuadernos y escuelas. Es la misma locura hermosa que nos llevó a declarar que la luz eléctrica debía llegar a cada montaña a través de cooperativas campesinas, y que nos impulsó a proteger nuestros bosques cuando el resto del mundo los talaba en nombre del progreso. Para construir la Costa Rica de las próximas décadas necesitamos recuperar esa audacia imaginativa. Necesitamos soñadores incorregibles, hombres y mujeres que se atrevan a pensar fuera de los límites de lo posible, que desafíen los pronósticos pesimistas y que tengan el atrevimiento de imaginar una sociedad donde la prosperidad y la justicia bailen al mismo ritmo.

Y finalmente, como la argamasa que lo une absolutamente todo, está la ternura.
En un mundo obsesionado con la dureza, la competitividad implacable y el sarcasmo digital, reivindicar la ternura es un acto de coraje superior. La ternura es la empatía radical puesta en movimiento; es la mano que se extiende para levantar al que tropezó, es la voz que consuela al que llora en silencio, es el respeto sagrado por el abuelo que camina lento y es el instinto protector frente al bosque y al agua que nos dan la vida. Una sociedad que pierde su ternura se convierte en una máquina eficiente pero despiadada. Es la ternura la que garantiza que, en nuestro afán por avanzar hacia el futuro, jamás olvidemos que el verdadero indicador del desarrollo es la calidez con la que tratamos al más vulnerable de nuestros hermanos.

Este inventario del alma —confianza, constancia, locura y ternura— conforma el nuevo puente por el que estamos llamados a transitar. Como advierte el epígrafe que abre este capítulo, ese pacto social que nos heredaron nuestros abuelos no es un monumento de piedra que podamos simplemente contemplar en un museo; es un organismo vivo que respira y que se marchita si no lo alimentamos, que se conquista y se renueva cada mañana en la acera, en el aula, en la fábrica y en la mesa de nuestros hogares.

Al entregarle estas reflexiones, mi mayor anhelo es que usted, al cerrar este libro, no sienta el peso abrumador de la responsabilidad, sino la ligereza y la alegría profunda de saberse acompañado. No estamos solos en esta tarea inmensa. En cada rincón de este país hay miles, millones de costarricenses que comparten este mismo sentimiento, que se levantan de madrugada para hacer el bien, que lloran con las mismas tragedias y que sueñan con las mismas alboradas. A pesar del ruido ensordecedor que a veces intentan imponernos, la inmensa mayoría de nuestra gente sigue teniendo un corazón noble, las manos limpias y el espíritu dispuesto.

La Costa Rica que habitaremos en las próximas décadas no está predeterminada por las estadísticas ni condenada por nuestros errores del pasado. Será, simple y llanamente, la obra de arte que nosotros decidamos pintar hoy. Por lo tanto, salgamos de nuestras casas con la frente en alto. Miremos de nuevo a los ojos de nuestros vecinos con la franqueza de quienes saben que habitan la misma barca. Atrevámonos a soñar con locura, a trabajar con constancia, a abrazar con ternura y, sobre todo, a realizar el acto humano más valiente, sanador y revolucionario que existe: atrevámonos a volver a confiar. Ese es nuestro destino, y juntos, con la fuerza invencible de nuestra gente, lo vamos a conquistar.


TQRCG

El Reto de la Confianza: La Infraestructura Invisible de Costa Rica

Por: Jorge Woodbridge González


CIUDADANOS COMPROMETIDOS
RETO
SIGLO
21
CON COSTA RICA

¿Cómo recuperamos la fe en nuestro país cuando las grietas de la desconfianza parecen dividirnos? Lejos del pesimismo, este libro explora nuestra "infraestructura invisible": la familia, el barrio, el esfuerzo honesto y la empresa solidaria.

Tras una vasta trayectoria como Ministro de Economía y de Competitividad, Jorge Woodbridge vuelca aquí su experiencia con una voz profundamente humana. El autor nos invita a abandonar el cinismo y a tender un nuevo puente que restaure nuestro pacto social, recordándonos que el acto cívico más valiente para sanar a la nación es, sencillamente, atrevernos a volver a confiar.

COSTA RICA:
RETO SIGLO 21

